

COVADONGA  
O'SHEA



EN BUSCA  
DE LOS  
VALORES

Coherencia, fidelidad, generosidad, valentía...

*Una apuesta para una vida con sentido*



COVADONGA  
O'SHEA



EN BUSCA  
DE LOS  
VALORES

Coherencia, fidelidad, generosidad, valentía...

*Una apuesta para una vida con sentido*



# **EN BUSCA DE LOS VALORES**

COVADONGA O'SHEA

# **EN BUSCA DE LOS VALORES**

**Coherencia, fidelidad, generosidad,  
valentía...**

**Una apuesta para una vida con sentido**

la esfera  de los libros

# Primera edición: mayo de 2006

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© Covadonga O'Shea de Artiñano, 2006

© La Esfera de los Libros, S. L., 2006

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Teléf.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06

Pág. web: [www.esferalibros.com](http://www.esferalibros.com)

Diseño de cubierta: Rudesindo de la Fuente

Ilustración de cubierta: Getty Images

ISBN: 84-9734-483-9

Depósito legal: M-17.274-2006

Fotocomposición: I.R.C., S.L.

Fotomecánica: Star Color

Impresión: Anzos

Encuadernación: Martínez

Impreso en España-*Printed in Spain*

# ÍNDICE

<a href="#">Agradecimientos</a> .....	9
<a href="#">Introducción. Una apuesta por el ser humano</a> .....	11
<a href="#">1. Coherencia. Lo extraordinario de ser «normal»</a> .....	23
<a href="#">2. Honradez. Ser personas de una pieza</a> .....	41
<a href="#">3. Generosidad y magnanimidad. Aliadas inseparables de un alma grande</a> .....	55
<a href="#">4. Humildad. Fortaleza de los débiles</a> .....	71
<a href="#">5. Fidelidad. La solidez de un compromiso</a> .....	87
<a href="#">6. Compasión y comprensión. Misericordia en el día a día</a> .....	101
<a href="#">7. Coraje y valentía. Grandes apoyos para llegar a buen puerto</a> .....	121
<a href="#">8. Sentido común. ¿El menos común de todos los sentidos?</a> .....	141
<a href="#">9. Buen humor y alegría. Necesidades en la vida corriente</a> .....	159
<a href="#">10. Armonía y equilibrio. Claves para lograr el sentido estético</a> .....	177
<a href="#">11. Educación. Las buenas maneras se ponen de moda</a> ...	195
<a href="#">12. Serenidad. Utopía en un mundo estresado</a> .....	209
<a href="#">13. Dignidad, señorío y templanza. Pilares del verdadero liderazgo</a>	

.....	227
<a href="#"><u>14. Familia. Un valor seguro</u></a> .....	245
<a href="#"><u>15. Religiosidad. Su sentido más audaz: «Dios es Amor»</u></a> .....	263

# AGRADECIMIENTOS

**E**n la primera página de este libro sobre los valores quiero dejar constancia de mi enorme agradecimiento a quienes, junto a mis padres y hermanos, me enseñaron a disfrutar, desde muy pequeña, de lo bueno y lo bello de la vida: desde nuestra querida abuela María a la inolvidable Margarita, una joya de mujer que venía de casa de mi abuela, a Tomás Aguirre, aquel chófer sabio con el que tuve largas conversaciones, a mis profesores del colegio y de la universidad, así como a todos los que me disteis lecciones importantes en esa otra universidad de los años que van acuñando la propia biografía.

Todos sois protagonistas importantes de lo que he vivido.

Quiero, además, dedicar un recuerdo muy especial a mis amigas y mis amigos de aquellos años inolvidables «del pueblo», sin pasar por alto a tantos y tan estupendos que he encontrado después, en distintas partes del mundo, con los que he compartido momentos únicos. Me gustaría nombraros uno a uno, pero necesitaría miles de páginas para no dejar fuera a ninguno.

A todos y a cada uno os dedico este libro, con enorme cariño, como pago de una deuda por lo que me habéis aportado. Sin vosotros no tendría nada o casi nada que contar. ¡Gracias!

# INTRODUCCIÓN

## UNA APUESTA POR EL SER HUMANO

### 15 fórmulas para ganar

**N**o hay que inventar la pólvora ni descubrir de nuevo el átomo para apostar a fondo perdido por un mundo mejor. Todos pensamos que tiene que existir una forma de vivir mucho más humana que la que nos envuelve, y somos también numerosos, aunque quizás menos bullangueros, quienes tratamos de desempolvar, de poner en pie, unos principios que nos lleven a vivir este turbulento arranque del siglo xxi recobrando la sonrisa. Es mucha la gente de bien que siente una nostalgia infinita por recuperar un esquema de valores, de los de siempre, tan maltratados hoy a nivel mundial.

Pese a esta realidad tan destructiva -muertes violentas, atentados, atracos o terribles insultos- con la que tropezamos cada mañana, mientras desayunamos, al leer los titulares de los periódicos, son muchas las personas de bien que no sólo comparten y añoran un serio respeto por un tipo de vida que se desarrolle dentro de unos esquemas lógicos, sino que recuerdan con melancolía esos trazos, desdibujados en el conjunto de la sociedad, pero admirados al máximo cuando encontramos a alguien que los tiene y que, sin hacer alardes, hace mucho más atractiva la vida, más fácil la convivencia y, ante cualquier incidencia, por dura y trágica que sea, es capaz de asumirla sin dramatismos. Se nota la carencia y la necesidad de volver a la armonía, la honradez, el coraje, el sentido del compromiso, la compasión, la constancia, la lealtad o el buen humor. Se trata de valores, virtudes o hábitos que pocas veces son noticia de las que abren un telediario, pero que existen, y representan, por supuesto, el gran reposo del guerrero en este frente de batalla del vivir, por más que parezcan el sueño de una noche de verano.

En este libro no se abordan, de forma directa, los asuntos que suelen ser titulares de periódicos, ni las guerras y disparates que nos cuentan desde la pequeña pantalla. No se trata de anunciar o presagiar un día sí y el siguiente también la Tercera Guerra Mundial, ni de poner sobre la mesa problemas tan serios como el aborto, la eutanasia o la clonación, aunque es casi imposible apostar por el ser humano sin hacer una mención, para rechazarlas, a esas políticas que promueven la destrucción del hombre. Tampoco voy a dar más vueltas a los terribles problemas del terrorismo, los tsunamis, el sida o los niveles de pobreza y de injusticia que asolan a una parte considerable del planeta y nos amenazan como si fuesen las modernas plagas de Egipto. Si alguien se desilusiona, lo comprendo, pero quien avisa no es traidor: mi punto de vista puede sonar menos actual, pero no me importa. No es ésta una crónica periodística. Lo que trato de transmitir y defender en estas páginas, las ideas que aquí se plantean, son mucho más radicales y duraderas que la portada efímera de un medio de comunicación. Esta vuelta a los valores es un empeño renovado de bucear en la raíz más profunda, en los porqués más complejos de lo que ocurre en nuestro mundo, para tratar de mostrar lo bueno que cada uno llevamos dentro y que, sumado, daría como resultado un vuelco a lo que sucede hoy.

Es evidente que algo muy serio está ocurriendo en la biosfera que rodea a nuestro planeta: se contamina la atmósfera y se originan cambios bruscos e inesperados que provocan en la tierra fenómenos implacables, y en buena medida desconocidos, que nos dejan paralizados e indefensos. Es urgente -y así lo hacen- que se reúnan expertos en estas materias para estudiar los motivos de lo que ocurre, tratando de encontrar soluciones eficaces que permitan prever y dominar, en la medida de lo posible, estos accidentes naturales que cada año provocan desgracias irreparables en tantos puntos de la tierra.

En paralelo, todos somos conscientes de que también en el mundo moral se producen, en progresión frecuente, atrocidades que nos hacen temblar y repetir con voz débil y poca esperanza que ¡así no podemos seguir viviendo!

Si nos abruma un ambiente humano enrarecido, si el mundo se vuelve inhóspito, si cada día es mayor el pánico a lo que se nos viene encima, si ya nadie se detiene en la calle para ayudar a un desconocido, a un pobre hombre que está perdido y quiere que le orientemos, por miedo a ser atacado, es porque la triste realidad nos ha enseñado y, en cierto modo, nos obliga a desconfiar de quienes nos rodean.

A fuerza de reírnos y de pisotear los principios éticos fundamentales, o de negar la existencia de la ley natural que arranca de la distinción entre el bien y el mal, o por culpa del terrible relativismo que se empeña en negar la existencia de verdades absolutas y se atrinchera con el latiguillo que todo lo permite de «para mí esto no tiene importancia», chocamos, a la luz del día y en la puerta de nuestra propia casa, con las consecuencias del «todo vale», pasos previos y muy cercanos a la ley de la selva.

Sin ir más lejos, y la desgracia es que cada uno de los lectores recordará de inmediato algo muy parecido, una historia de ese estilo le ocurrió a una persona a la que conozco y quiero mucho; algo que sería incomprensible en un mundo simplemente normal. Es una de esas mujeres -por suerte también hay muchas, pero éstas no salen en los medios- de las que sólo se pueden contar cosas positivas, porque vive con la conciencia clara de que su misión en el mundo es hacer la vida más agradable a quienes la rodean. Tiene ochenta y cinco años y una energía, acumulada en su día a día de trabajo y de desvelo por su familia, verdaderamente envidiable. Viuda y madre de familia numerosa a quien hijos y nietos adoran, se desvive por cada uno de ellos y sólo piensa en echar una mano a todo el que lo necesite. En vísperas de la última Navidad fue al banco, a dos metros de su casa, en pleno Madrid, al mediodía, es decir con luz natural, a sacar dinero para «el aguinaldo» de cada uno de los suyos. Amigos, parientes y colaboradores caben en su órbita a la hora de hacerles felices con un detalle. No sé cuánto llevaba encima, pero seguramente se trataba de un buen paquete de euros que, con la máxima precaución, metió en un bolso bandolera, seguro... en apariencia. Alguien, preparado para el asalto a un ciudadano indefenso, inició desde la puerta la estrategia repugnante: el chivatazo a otro quinquí para que siguiera a esta mujer y la atacara. Así lo hizo: la siguió hasta que abrió la puerta de su casa; allí, por detrás, como actúan siempre los cobardes, le dio un empujón bestial, la tiró de bruces contra una escalera de piedra, le arrancó el bolso y salió huyendo. Podría haberla desnucado o roto varios huesos; podría haber destrozado a otra familia de las tantas que han sufrido una situación tan lamentable. Acabó en urgencias, tuvieron que darle varios puntos en una rodilla y, para que nadie se sintiera chafado por culpa del ladrón, se las apañó para reproducir a menor escala sus regalos. ¡Que nadie se quede sin este recuerdo de una Navidad que es Amor, algo de mucha más importancia que mi rodilla, mi clavícula o mi dinero!

¿En qué radica la distancia, casi infinita, entre una persona que no abdica de sus principios ni en momentos de pánico, de dolor físico y moral, que mantiene la dignidad y la sonrisa incluso en tales episodios, del desalmado capaz de hacer por un puñado de

euros semejante disparate? Todos somos capaces de dar la respuesta. Esta mujer ha hecho, a lo largo de su existencia, una apuesta muy seria por la dignidad del ser humano. Y una vez más ha ganado la apuesta.

La solución, ante «la que está cayendo» (si de verdad queremos que todos, chicos y grandes, volvamos a ser personas cabales), no tiene más secreto que una puesta al día, con sello de urgencia, de una serie de valores básicos necesarios para vivir y convivir. Es incluso prioritario que se produzca la discusión de los graves problemas éticos que hoy se debaten, y sobre los que también debemos adoptar posiciones bien argumentadas. Se trata de mantener una postura firme y consecuente, que no se quede aparcada en un cementerio de elefantes por tratarse de una teoría sublime, sino de una actitud firme, resuelta, activa, hasta reconstruir una sociedad a la deriva en la que, como punto de partida, se apueste a fondo perdido por el ser humano.

En este tercer milenio, que arrancó con muy mal pie por el terrible ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001, y que siguió con otras atrocidades demoledoras, es urgente, muy urgente, recuperar y poner de moda los valores auténticos hasta abolir los contrarios. Si se han desatado conflictos internacionales muy desgraciados por miedo a las armas de destrucción masiva, mucho más deberíamos declarar una guerra incruenta pero real, contra quienes se han propuesto minar los fundamentos de la fe, de la moral y de la convivencia humana hasta convertir al ser humano en un pobre desorientado que no sabe el porqué ni el para qué de su vida.

Como dijo C. S. Lewis en *La abolición del hombre*, uno de sus grandes ensayos acerca de la educación: «Fabricamos hombres sin corazón y esperamos de ellos virtud y magnanimidad. Nos reímos del honor y nos sorprendemos de encontrar traidores en medio de nosotros». Frente a esas predicciones, reales pero un tanto pesimistas, hay que empeñarse por tomar el camino opuesto. ¿Cómo? Para llegar a buen fin, dice el proverbio chino, hay que dar un paso cada día, que será el primero para llegar a la meta.

Todos los campos de la ciencia y el saber humanos están sometidos a controversias, muchas veces por su complejidad y por las consecuencias en la conducta individual y social que en muchos casos tiene el hecho de mantener una línea ética determinada. Existe un punto de partida básico del que no se puede uno desviar si pretende ser honrado y llegar a buen puerto. Hay en nuestra historia, en la literatura, en la vida en general, ejemplos magníficos que irán moldeando el carácter de quienes se empeñen en

encontrar la verdad y en vivir de acuerdo con ella.

Esto es lo que ocurre con los valores. Si una persona tiene bien asentados unos cuantos principios morales, fundamentales para saber dónde está el bien y el mal, estará inmensamente mejor preparada para afrontar con argumentos válidos los problemas que van surgiendo en el día a día de su vida.

Quiero dejar muy claro que mantener estos principios universales de conducta no tiene nada que ver con posturas políticas. En otro aspecto a nadie se le ocurre que un buen código de circulación sea un tema de conservadores o de liberales, sino simplemente un texto que prescribe unas normas necesarias para evitar el caos en una ciudad. Sobra la explicación, pero me gusta repetir que los diez mandamientos, es decir, la ley natural grabada en el corazón del hombre por su Creador, no son de izquierdas ni de derechas ni de centro; no tienen tintes conservadores ni progresistas; no los ha inventado ni un sabio, ni un santo, ni un líder ni un demagogo. Seguro que nos suena, y no es un cuento chino por muy en alza que esté este gran país de Oriente, el relato del Génesis en el que se nos cuenta la creación del hombre; y en el libro del Éxodo aparece descrita con detalle la entrega por Dios a Moisés de las tablas de la Ley.

Para sacar el máximo partido a este libro, yo invito al lector a dejar de lado los prejuicios y las ideologías partidistas y hacer un proceso de inmersión en ese campo en el que la sociedad necesita zambullirse: el de lograr recuperar para el ser humano una personalidad rica en valores eternos y no sujeta a la decisión de la mayoría. La moral no se vota a mano alzada, porque no es democrática. La ley verdadera y universal es obra de la Sabiduría divina. Lo explica muy bien Tertuliano, cuando dice en su Apología contra los gentiles:

El hombre es el único entre todos los seres animados que puede gloriarse de haber sido digno de recibir de Dios una ley. Animal dotado de razón, capaz de comprender y de discernir, de regular su conducta disponiendo de su libertad y de su razón, en sumisión al que le ha entregado todo.

En el extremo opuesto tampoco podemos admitir que unas ideas políticas, de cualquier signo, oscurezcan o traten de suprimir por decreto ley o por votación popular la fuerza de unos valores inherentes al ser humano. Como protagonistas de nuestro tiempo, es muy seria la responsabilidad que tenemos de defender, mantener y transmitir esos valores a nuestros hijos si queremos forjar en ellos una personalidad fuerte y recta;

unos valores básicos, necesarios para toda persona de cualquier origen social, étnico, religioso o político. Son principios elementales que les van a explicar su origen y el fin último de su existencia en un plano mucho más esencial y trascendente que el de la raza o el sexo. Son cuestiones inherentes a cada uno de los que poblamos la tierra, como actores de nuestra propia trayectoria moral.

Hoy se habla mucho de valores y de lo importante que es tenerlos, pero hay quien lo proclama a bombo y platillo, como si se tratara de piezas más o menos valiosas para un decorado. Nos vendría bien cambiar de chip para no equivocarnos. Hay que dar una vuelta a la tuerca hasta asentar bien estos conceptos en torno a la moralidad y a las virtudes, a ese *savoirfaire*, que dicen los franceses, no como algo que nos vendría bien conseguir, como quien compra un buen cuadro, sino como piezas insustituibles, fundamentales para el buen funcionamiento de la naturaleza humana: no tanto como algo externo que se posee sino como algo que cada uno de nosotros es.

Este punto de vista choca con el relativismo actual, según el cual el concepto de verdad absoluta y de moral natural quedan ensombrecidos frente a algunas posturas de un increíble pasotismo intelectual, que raya en la ignorancia y destruye la más genuina realidad de la vida y del hombre.

Mi pretensión es conseguir, además, un libro que aporte a quien lo lea una buena dosis de ánimo positivo. Estamos sometidos sin control a impactos y a noticias demoledoras, destructivas. Hay que remontar esa realidad complicada y dura a base de ir a la búsqueda no del tiempo perdido, como Proust, sino de conceptos y convicciones que jamás deberíamos perder de vista, que nos ayuden a situarnos frente a lo mejor de nosotros mismos. Como escribió hace poco más de veinte siglos san Pablo en una de sus Cartas a los Filipenses: «Cuanto hay de verdadero, de honorable, de justo, de íntegro, de amable y de encomiable; todo lo que sea justo y digno de alabanza, tenedlo en estima».

Con ese objetivo he dedicado varios meses a recordar anécdotas, entrevistas y hechos más o menos relevantes que me han ocurrido a lo largo de mi ya larga vida profesional; conversaciones con personas singulares o con gentes normales y corrientes, de las que tanto se aprende, para hilar un entramado que dejara patente la importancia de devolver toda su grandeza al ser humano.

Tengo la gran suerte de ser periodista, con lo que esta profesión lleva consigo de vivir con las antenas desplegadas a todo lo que ocurre, tratando de ponerme siempre al

día con una curiosidad, pienso que sana, y un afán de aprender que aumenta con los años. Es algo bastante parecido, que va en paralelo a la adicción a la buena literatura. Como añadido, tengo que sumar a esta trayectoria, que tanto me ha enriquecido, la enorme suerte de tener que viajar mucho por mi profesión, de conocer nuevas culturas y gente muy variada, siempre en busca de lo diferente, de lo insólito, que, pese a la globalización en la que estamos inmersos, se descubre tanto en las grandes capitales como en los pueblos más recónditos de la tierra. Pienso que ese empeño por descubrir algo nuevo se mete en la cabeza de quienes, por profesión, tenemos que contar lo que vemos. Yo puedo asegurar que he tratado de observar el mundo con el afán de asimilar lo que he visto y oído, de la mejor manera posible, para contarlo a los lectores de periódicos, de revistas y, como en este caso, de un libro. Es la forma de hacer disfrutar con mis descubrimientos a quienes me rodean (o me soportan) y, en este caso, a los lectores. Además de apoyarme en mi propia experiencia, he acudido a fuentes literarias, filosóficas, teológicas, que guardan entre sus páginas pensamientos de gran calidad, se dirigen a la parte más profunda del individuo, al sentido más espiritual, al alma de cada persona.

Fue Aristóteles quien dejó escrito que los hábitos buenos adquiridos en la juventud son los que marcan la diferencia. Soy muy consciente de que fueron mis padres, cada uno con su forma muy peculiar de ser, pero siempre sumando sus virtudes para transmitírselas a los hijos, quienes me inculcaron lo más importante de lo que hoy pretendo contar en torno a una serie de valores por los que vale la pena gastar la vida. Ellos así lo hicieron y yo traté de grabar a fuego a lo largo de los años lo que iba captando a su lado.

Lo digo porque me parece una cuestión básica de justicia, de agradecimiento casi infinito y de estímulo para todos los padres que se enfrentan a la apasionante, pero, en ocasiones, compleja tarea de educar a sus hijos. Para empezar, el ejemplo es básico en esa educación moral, que se convierte en costumbre, en lo que ahora se aplica a la moda al decir que todo es un life style, un estilo de vida en el que se conjugan de forma natural estos valores y virtudes. No hay nada que marque más la vida de un hijo que la fuerza del ejemplo cotidiano y sereno. Para que un niño se enfrente a la vida en serio, en el terreno de las virtudes, de los valores y de la moral, tiene que tener alrededor adultos que se tomen también la vida en ese sentido. Si queremos que nuestros hijos, que las nuevas generaciones, adquieran esos trazos firmes, profundos, de un carácter sólido, de madurez, se los tenemos que ir grabando con el ejemplo, con la lectura, con la vida de

quienes se labraron una existencia llena de esos mismos valores.

Cada capítulo de este libro recoge, además, una serie de citas y de datos que avalan la realidad de que, a lo largo de la historia, quienes han dejado una huella positiva e imborrable entre nosotros son esos personajes, sabios algunos, santos muchos, personas buenas y normales -¡qué gran adjetivo!- que, movidos por grandes ideales llevados al día a día de su existencia, han forjado sus vidas sobre estos ideales y estas virtudes sin los que el hombre se degrada y la humanidad sufre una crisis muy peligrosa. Pero quiero terminar estas primeras páginas con una idea que pretendo que sea el hilo conductor de todo el libro: ¡vale la pena apostar por el ser humano!

Ojalá los próximos capítulos nos aporten algunas pistas para ganar el gran desafío de la vida.

# 1

## COHERENCIA

### Lo extraordinario de ser «normal»

**C**onocí, no hace mucho tiempo, a una de esas personas que apuestan por una vida digna del ser humano y nos hacen respirar hondo pese al clima de tensión que reina. Las noticias, cada vez más, se han reducido a malas noticias, cargadas de sensacionalismo, de tragedias, de un clima enrarecido e insoportable; la palabra «crispación» se ha convertido en un tema casi obligado en una tertulia. A todos nos asusta lo que ocurre, y las noticias con que nos bombardean de la noche a la mañana y de la mañana a la noche nos dejan, como mínimo, un poso negativo.

Como consecuencia de ello, lo contrario, es decir lo lógico y tradicional, acaba siendo lo más parecido a un cuento de Las mil y una noches. Y, sin embargo, cuando topamos con ello, nos entran unas ganas locas -a mí por lo menos- de gritarlo a los cuatro vientos para levantar un poco el ánimo y la moral colectiva que, «con la que está cayendo» -frase que se ha convertido ya en un clásico de nuestro idioma-, está bajo mínimos en los últimos tiempos. Pues bien, en medio de la que está cayendo, he descubierto a una mujer extraordinaria, cuyo valor añadido es ser normal. La sencillez, he dicho mil veces, es patrimonio de los genios, y esta persona lo es. Tiene veinticinco años y uno de los mejores expedientes académicos de una escuela de negocios francesa, gracias al que consiguió, recién terminada la carrera, un estupendo primer trabajo en una consultora internacional. El guión de la película de su vida no podía arrancar mejor. Un día, el director de Recursos Humanos llamó a los dos últimos empleados que se habían incorporado a la empresa -ella y un chico un poco mayor, de unas características profesionales muy parecidas- y les dijo a las claras que debían hacer una reducción de personal y que uno de los dos tenía que marcharse, pero que él no tenía ni valor ni razones para dejar en la calle a ninguno de ellos. Esta mujer lo decidió sobre la marcha,

sin dudar ni un momento, por una razón que en su opinión era indiscutible: su compañero estaba recién casado y esperaba su primer hijo, por lo que era evidente que necesitaba el trabajo y el sueldo de cada mes para sacar adelante a su familia. Era, pues, lógico dejarle vía libre para que disfrutase en paz y tranquilo de esos momentos tan importantes de su vida.

Y como no quería marcarse un tanto de heroína de novela, convenció a todos sus amigos y compañeros que la situación suponía una gran oportunidad también para ella: a su padre le habían diagnosticado un cáncer y le vendría muy bien quedarse en casa para atenderle como Dios manda. Con el dinero de la indemnización, para no perder el tren de las oportunidades, «haré un máster en algo relacionado con la moda y la empresa. Después, seguro que encuentro el trabajo de mi vida en ese campo que me apasiona», comentó, sin darse la menor importancia. Y se matriculó en el Instituto Superior de Empresa y Moda de Madrid.

Al escuchar su historia me vinieron mil ideas a la cabeza. Una de ellas, la que tanto repetía Ghandi, ese gran personaje: «Cuidar las relaciones humanas es y debería ser el objetivo ideal para el hombre. Algo tan importante como su propia realización personal». Sin ningún lugar a dudas, ése tendría que ser el empeño de nuestra sociedad, o más exactamente, de los individuos que la componen. Llegar a una entente cordial, humana y efectiva entre el ámbito laboral y el privado es uno de los principios que se enarbolan como objetivos prioritarios y se repiten con verdadero frenesí en épocas preelectorales, con grandes promesas de armonía y equilibrio, sobre todo para la mujer, que sabe por experiencia que, a la hora de la verdad, todo queda en palabras y compromisos vacíos.

«La inteligencia social es un aspecto que nos permite comprender las necesidades ajenas y actuar sabiamente en las relaciones humanas, por lo que constituye un elemento fundamental a tener en cuenta a la hora de valorar el coeficiente de inteligencia de una persona», publicó en Harper's Magazine un sociólogo americano.

Quiero traer también el relato de Shoshona Zuboff, una psicóloga del Harvard Business School, que llegó a una conclusión básica para poder funcionar en una línea más humana, esa que supone un cambio de mentalidad que se está pidiendo a gritos desde distintos ámbitos de la sociedad:

En este siglo las empresas han experimentado una verdadera revolución, una revolución que ha transformado nuestro paisaje emocional. Hubo un largo tiempo

durante el cual la empresa premiaba al jefe manipulador, al luchador que se movía en el mundo laboral como si se hallara en la selva. Pero en los últimos años esta rígida jerarquía comenzó a descomponerse bajo las presiones de la globalización y de las tecnologías de la información. La lucha en la selva representa el pasado de la vida corporativa, mientras que el futuro está simbolizado por la persona experta en las habilidades interpersonales.

El liderazgo, hoy y siempre, no tiene nada que ver con el control de los demás sino con el arte de persuadirlos para colaborar en la construcción de un objetivo común. Y, en lo que tiene alguna relación con nuestro propio mundo interior, es esencial considerar nuestros sentimientos más profundos, que nos indicarán qué hacer para estar más satisfechos con nuestro trabajo y, sobre todo, con nuestra vida.

La solidaridad, el señorío que encierra un gesto como el de esta mujer de la que he hablado, enciende una chispa de optimismo y despliega sobre nuestra cabeza unas cuantas ideas básicas, un enorme paraguas para protegernos de lo contrario. Tengo que decir, para seguir en mi empeño de levantar el ánimo colectivo, que esta mujer terminó su master y ha encontrado un trabajo mil veces mejor que el que cedió con esa grandeza de alma. Está entusiasmada con él, va ascendiendo a la velocidad del sonido y, siempre que la veo, la distingo entre mil porque nunca deja de sonreír. Es una persona coherente, de una pieza, que está encantada de la vida y con la vida.

Fue Pascal quien dejó claro que «el corazón tiene razones que la razón ignora». Se puede aplicar a todas las circunstancias por las que transcurre la existencia de cada uno, y más en momentos de crisis como los actuales, en los que casi nadie está libre de lo que nos puede ocurrir.

Comprobamos, a base de distintas experiencias propias y ajenas, que lo que en verdad nos espanta y nos desalienta no son por sí mismos los acontecimientos exteriores, sino la manera en que pensamos sobre ellos. La auténtica felicidad siempre es independiente de las circunstancias externas. Sólo puede hallarse en el interior. Un pensamiento que puede considerarse como uno de los fundamentos básicos de la moderna psicología del autocontrol, que nos pide con firmeza: «Valora tu mente, aprecia tu razón, mantente fiel a tu propósito».

Ser coherente siempre

El mes de marzo de 2004 nos dejó en España el terrible trauma de un atentado terrorista que ha quedado registrado en el libro negro de la historia como el 11-M, a la altura del 11-S americano y de los atentados de Londres, también en otro día 11 marcado por el odio, la muerte y el dolor. Como pudimos vivir todo en tiempo real gracias a los medios de comunicación, estuviésemos más o menos cerca del lugar exacto de la tragedia, nunca olvidaremos el pánico, la angustia y la sensación de impotencia que todos sufrimos en aquellos días, en los que se mezclaron historias conmovedoras, porque encontramos la grandeza del ser humano entre los escombros de la miseria.

Con qué razón nos explica Aristóteles en su *Ética a Nicómaco* que

la actividad del hombre es una cierta vida y ésta es una función del alma y de unas acciones razonables. El hombre bueno añade el hacer esas cosas bien y hermosamente, y cada uno llega a plenitud gracias a esa capacidad de actuar rectamente, con virtud. Resulta pues, de todo esto, que el bien de la persona es una actividad del alma que responde al concepto de virtud y, si se dan diversas virtudes, de acuerdo con la que sea mejor y más perfecta y, esto durante toda su existencia, porque ni una golondrina ni un solo día hacen verano, como tampoco una sola jornada o instante son suficientes para hacer venturosos.

La respuesta ciudadana y la sensibilidad de tanta gente frente al dolor y a la brutalidad que se han puesto de manifiesto en todas estas tragedias, hacen creer que ante momentos extraordinarios el hombre saca del fondo de su vida lo mejor de sí mismo. Quien está capacitado para llevar a cabo acciones que rayan en lo sobrehumano está casi obligado a hacerlo. El alcalde de Nueva York remató su paso por el ayuntamiento de aquella ciudad con una entrega muy por encima de lo que había hecho hasta ese momento, como también le ocurrió al alcalde de Madrid y al primer ministro británico. Además del repetido «nobleza obliga», se podría decir que actuaron de forma impecable en cumplimiento de su deber.

Junto a la obligación de quienes, por su cargo y situación, tienen en sus manos los medios para buscar la mejor solución al desastre con el que se enfrentan, aparecen los mil pequeños detalles de tanta gente extraordinaria que conmueven profundamente. En una calle cercana a las Torres Gemelas había una buena mujer que tenía una panadería a la que nadie entraba desde aquel martes de septiembre. Ella deseaba ayudar, dar cariño a quienes sufrían la angustia, la desolación y el caos. Desde la puerta de su tienda sólo veía pasar ambulancias y bomberos destrozados. Al día siguiente del brutal atentado pensó

que quizás podrían valorar un detalle que ella sí podía darles: una de sus especialidades, que todos en el barrio conocían, era una tarta de manzana que los trabajadores solían pasar a comprar muy pronto, casi de madrugada, al ir al trabajo. Se puso manos a la obra, hizo una buena cantidad de ellas y puso en la puerta de su establecimiento un cartel invitando a sus héroes a parar, tan sólo un minuto, para comer un pastel de manzana caliente que ella había preparado con mucho cariño. Sin perder tiempo, ya que era imposible en aquellas circunstancias, muchos fueron los que hicieron un alto en el terrible camino hacia el lugar del atentado para responder a aquella llamada cargada de ternura. En media hora no le quedaba ni un solo pastel. «Todos me han dicho que era lo que necesitaban para afrontar lo que les esperaba allá abajo», comentaba. Más de uno le dijo emocionado que le había recordado a un postre de su madre y que se había llenado de fuerza para su tarea... En conclusión, hay que estar dispuesto a dar lo mejor de uno mismo sin esperar a esos momentos en los que una catástrofe nos remueve hasta los cimientos del alma.

El filósofo griego Epicteto nos regaló dos máximas en las que deja claro que parte de la felicidad a la que puede aspirar el hombre es una consecuencia que se deriva de hacer lo que es correcto: «Define claramente la persona que quieres ser, como primer paso». Y como consejo para tener una vida coherente animaba a «preferir la satisfacción duradera a la gratificación inmediata». Estaba menos preocupado por lograr comprender el mundo que por identificar los pasos específicos que había que dar en la persecución de la excelencia moral. Ese término, «moral», no tiene que ver con lo que nosotros entendemos, por ejemplo, por «moral cristiana», sino que su etimología -mos-moris (conducta, costumbre)- remite a la significación del término griego echos, origen de la palabra «ética». De hecho, parte de la genialidad de Epicteto radica más en el énfasis puesto en el progreso moral que en la búsqueda de la perfección moral.

La receta de este filósofo para lograr lo que él llamaba «buena vida» -nada que ver con lo que muchos identifican con pegarse la vida padre- se centraba en tres asuntos principales: dominar el deseo, cumplir con el deber y aprender a pensar con claridad sobre uno mismo y sus relaciones en el marco de la gran comunidad de los seres humanos. Al igual que Sócrates, Epicteto no dejó escritos filosóficos, pero por fortuna su discípulo Flavio Arriano preservó los principales aspectos de su filosofía para las generaciones futuras. Alumno suyo fue también el emperador Marco Aurelio, que en sus Meditaciones plasmó las enseñanzas recibidas. Algunas de las máximas de su manual de vida son las siguientes:

- «Cuando algo acontece, lo único que está en tu mano es la actitud que tomas al respecto; tanto puedes aceptarlo como tomarlo a mal».
- «Sé fiel a tus verdaderas aspiraciones pase lo que pase a tu alrededor».
- «Mantente fiel a tus ideales espirituales aunque seas objeto de burla por parte de aquellos que abandonan los ideales por la aceptación social o la comodidad».
- «Querer agradar siempre a los demás es una trampa peligrosa».

Sin embargo, ya que tenemos por delante el día a día de esa historia cotidiana que hacemos entre todos, pienso que recordar aquella época puede ayudarnos a tratar de superar algo tan inexplicable con el empeño de ser coherentes, de vivir en la línea de ese programa que nos plantearon aquellos filósofos de la Antigüedad y que jamás pasarán de moda.

Sin duda, la sombra del 11-M invita a pensar que algo positivo tiene que surgir del dolor de tanta gente que ha sufrido demasiado, de tantos que siguen con el alma desgarrada por la angustia o la soledad, de quienes perdieron a sus seres queridos, a sus amigos, a esa persona con la que se encontraba cada mañana en el mismo tren o en la misma estación de metro desde hace años.

Cuando ocurren estas desgracias se repite, como algo que hay que volver a conquistar, un eslogan utilizado de mil formas que exige a voz en grito libertad, con el convencimiento de que constituye la única meta que merece la pena en la vida. Es a lo que se recurre, sin distinción de partidos o de colores, cada vez que salimos a la calle con un mismo empeño; necesitamos sentirnos libres para seguir adelante. Con esas palabras resonando en mi interior, recordé a uno de los grandes pensadores del siglo xx, el doctor Victor Frankl (creador, junto con Freud y Adler, de la tercera escuela psiquiátrica de Viena), que en cierta ocasión me recibió en su casa de la capital austriaca en pleno mes de julio, un día que lucía un sol bastante poco frecuente en esa parte de Europa. Acababa yo de leer *El hombre en busca de sentido*, uno de los libros de mayor éxito mundial, que no ha defraudado a ninguno de sus millones de lectores, y llevaba a cuestras miles de preguntas para hacer a este personaje que había superado el horror de dos campos de concentración -Dachau y Auschwitz- durante la persecución nazi. Con un agravante: al salir de aquel espanto se encontró solo. Sus padres, sus hermanos y su mujer, con quien se acababa de casar cuando fueron detenidos, habían muerto en aquel

infierno.

Hablamos mucho. Aquella conversación me viene miles de veces a la cabeza. Me niego a no compartir lo que escuché aquella tarde, en la que comprendí en profundidad lo que significa ser coherente y tener una gran rectitud. De entrada, me sorprendió la forma de ser de este hombre, optimista, jovial, acogedor, que a sus setenta y tres años, y con semejante pasado a sus espaldas, no se cansaba de repetir ideas básicas, radicales, sobre la dignidad del ser humano y su capacidad de ser libre, en cualquier circunstancia, si mantiene firme sus principios morales, o su carácter espiritual. «¡Hay que ser coherente con uno mismo!», insistía, y lo decía de muchas formas diferentes, no repitiendo la idea como parte del programa de una asignatura. Describía su propia experiencia al decir que «la libertad del hombre no es una libertad de condicionamientos, sean biológicos, psicológicos o sociológicos. No es de ninguna manera libertad de algo, sino "libertad para algo", libertad para tomar una posición ante todos esos elementos externos. Si el hombre es infinitamente más importante que un animal, es precisamente porque es libre».

Frankl explicaba, sin la menor huella de resentimiento, que en los campos de concentración, que eran un banco de pruebas siniestros, observaba y comprendía que entre sus camaradas unos reaccionaban como animales heridos y otros como héroes o santos. El hombre tiene dentro de sí ambas posibilidades, y de sus decisiones, no de sus condiciones, depende por cuál de ellas transcurrirá su vida. «Nuestra generación es realista porque hemos llegado a saber un poco más lo que es el hombre: un ser que ha inventado las cámaras de gas, sí, pero también un ser que ha entrado a ellas con la cabeza erguida y musitando una oración, el Shema Yisrael (Frankl era judío) o el Padrenuestro. Al hombre se le puede arrebatar todo salvo la libertad».

De pronto hizo un parón y, en el mismo tono de toda la entrevista, mezcla de desenfado y metafísica, afirmó: «La libertad es sólo una cara de la moneda. La otra es la responsabilidad. Cuando no se tiene en cuenta esta realidad, la libertad corre el peligro de acabar en libertinaje. Es la razón por la que llevo diciendo al mundo que la Estatua de la Libertad que preside la costa Este de los Estados Unidos tendría que compensarse con otra dedicada a la responsabilidad en la costa Oeste».

Nadie pone en duda la tesis de la libertad. Los poetas le dedican sus mejores versos, los políticos centran en su idea los programas electorales, muchos han dado su vida en

guerras sangrientas, tantas veces incomprensibles desde nuestro punto de vista, por defenderla para ellos y para los sin embargo, ¿quién tiene claro lo que entraña este valor y lo que exige cuando somos capaces de comprometernos con ella?

«La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y se debe aventurar la vida». Es nuestro escritor Cervantes quien pone en boca de don Quijote esta magnífica loa a la libertad, virtud que han enaltecido los mejores novelistas de todas las épocas.

En la famosa obra de Shakespeare titulada julio César, cuando éste teme ser asesinado y decide no ir al Senado, resuelve la situación en un diálogo con Decio casi cortante:

-Id, y comunicad que César no irá.

-Poderosísimo César -le suplica Decio-, dejadme alegar alguna causa para que no se burlen de mí cuando lo anuncie.

¡La causa es mi voluntad! ¡Que no iré!

Lo que mejor define la libertad, la coherencia y, en definitiva, la rectitud es la facultad de marcarse un objetivo en la vida y hacer todo lo posible por conquistarlo, tratando de ser consecuente con las propias decisiones. En cada acto libre entran en juego las dos facultades superiores del hombre: la inteligencia, que conoce y distingue entre el bien y el mal, y la voluntad, que tiende al bien, nunca de forma necesaria, sino después de toda una deliberación entre lo que se nos presenta para elegir. Y esto es lo que se desprende de la contestación de César: «La causa es mi voluntad».

El hombre, por su condición racional, es necesaria y radicalmente libre. Ser una persona inteligente, capaz de conocer y no poder elegir sería una tortura insufrible. Lo importante es saber qué queremos hacer con nuestra vida. Tenemos que empeñarnos por asimilar lo que opinan estos genios de todos los tiempos y apuntarnos a la mejor opción.

La vida no es un carnaval

En uno de mis vuelos trasatlánticos con muchas horas por delante, cayó en mis

manos una revista americana con un largo reportaje en el que se relataban las reflexiones del jefe de una tribu en una isla perdida del Pacífico. Me resulta imposible recordar su nombre, pero sus impresiones tras un viaje por Europa y América no tenían desperdicio.

Asombrado por el género de vida de los hombres blancos, como les califica sin más adornos a lo largo de varias páginas, este hombre hace un panegírico de su Samoa natal, lanzando de forma subliminal una serie de improperios contra la locura colectiva que ha descubierto en los occidentales. Uno de los aspectos que más sorprendían al samoano era nuestro modo de vestir. Para él todos los del primer mundo, por importantes que nos creamos, vamos disfrazados a base de superponer en nuestro cuerpo prendas y atuendos que a él le resultan una serie de incoherencias sucesivas, que convierten el paisaje en un carnaval constante.

Me hizo bastante gracia su descripción y me dio tema para pensar un rato. «¿Tendrá o no tendrá su parte de razón?», me preguntaba, mientras contemplaba desde la ventanilla mínima del avión nubes de las formas más sorprendentes, que con el sol iban cambiando de color en una sucesión de matices fantásticos que me ayudaron a discurrir un poco.

Es verdad que los hombres, por aparentar, tenemos cierta tendencia a disfrazarnos casi de forma permanente en un empeño que raya en lo irracional. Tratamos incluso de maquillar nuestro modo de ser y nuestras circunstancias por los motivos más tontos, desde parecernos a un/una elegante reconocida en las listas más cotizadas en el sector, o a tener el estilo y el look de uno de los ídolos cantantes, o del deportista estrella del momento. Lo grande del caso es que el mal del mimetismo no tiene límites de edad ni por arriba ni por abajo. Quizás por eso aquel samoano no entendía qué pasaba en nuestro continente.

Daba vueltas a la manija de lo que nos llega a influir el entorno y me acordé de una tarde que pasé en Pamplona, firmando ejemplares de un libro en un rastrillo. Apareció por allí una amiga mía con uno de sus hijos, que tendría cuatro o cinco años como mucho. Venía con su pelo pincho, engominado, muy gracioso, pero bastante chocante para su tamaño. Su cabeza, poco mayor que un pomelo grande, tenía esa decoración que en un niño resultaba surrealista. Segura de que «la obra de arte» había sido un capricho de su madre, le comenté que admiraba su paciencia para hacer semejante trabajo. Muerta de risa, me contestó que había ido a la peluquería y se había llevado a su hijo para no dejarle solo en casa, y que él se había conquistado a la persona que peinaba a su madre

para que le pusiera el pelo «como a Ronaldo». Y, en efecto, así apareció disfrazado. Estuvimos riéndonos un buen rato mientras el niño se paseaba con aires de triunfador, convencido, me imagino, de que de un momento a otro le iban a pedir un autógrafo o que acabarían fichándolo para el Real Madrid.

Esta forma de actuar, divertida en un enano, se repite de forma impresionante no sólo en niños precoces y adolescentes, que parecen fabricados en serie, sino en hombres y mujeres con bastantes años en las espaldas que ocultan su verdadera personalidad en un mimetismo pasmoso. Hay quien piensa que si imitan a los famosos/as que inundan las revistas del corazón o que han escalado puestos hasta llegar a las cortes europeas, la vida puede abrirles alguna puerta insospechada. No invento nada si cuento que una cadena de tiendas de gran éxito a nivel internacional, la semana siguiente a la primera aparición en público de nuestra Princesa de Asturias, colocó en una parte importante de sus establecimientos un perchero con una serie de trajes de chaqueta blancos, como el que había llevado doña Letizia Ortiz el día de su petición de mano. Aunque suene a invento, sé de primera mano que en aquellos meses tuvieron que renovar varias veces el stock. ¿Eran todas aspirantes al título de Princesa de Asturias o les daba seguridad parecerse a ella en su forma de vestir?

Sea lo que sea tampoco es nuevo el invento. Hace ya dos décadas, otra noticia que tuvo en vilo al mundo fue la boda de Carlos de Inglaterra con la pobre Lady Di. Nadie sospechaba el horrible final de aquel cuento de hadas, y más de una novia de su generación hizo verdaderas tesis en torno a su boda, desde las joyas hasta los zapatos, para tratar de igualarse en categoría a quien fue un icono en su momento.

Una chica fantástica de un pequeño pueblo de Burgos que trabajaba en mi casa protagonizó una historia de ese tipo. Se casaba cuatro meses después que los príncipes de Gales y me pidió que le acompañara a un establecimiento que yo conocía para que le hiciesen el traje más parecido al de Diana, con la larguísima cola incluida. Por más que traté de convencerle de que ella medía bastante menos que Diana Spencer, y que yo estaba dispuesta a encontrarle un vestido mucho más favorecedor, no hubo forma de convencerla. Su ilusión era recorrer los veinte metros que separaban su casa de la iglesia arrastrando la cola entre piedras y polvo, como si fuese a entrar en la catedral de Londres. Los aplausos de sus vecinos se siguen oyendo porque revivieron por un día lo que había ocurrido en la capital del Imperio británico.

Este modo de actuar, con visos de caricatura, refleja que «el ser» ha dejado paso en muchas ocasiones «al aparentar», a los valores de imagen o a los económicos, mucho más que a otros más sólidos. Lo peor del caso es que este virus ha calado en gran parte de la humanidad. Sé de un ejecutivo americano, joven, que a fuerza de sumar talento, trabajo y constancia había recorrido toda la escala profesional desde cero a lo máximo. El hombre, preocupado por estar a tono con el nivel conseguido con el sudor de su frente, acudió a un asesor de imagen para que le diese fórmulas eficaces para mejorar su físico al mismo ritmo que su carrera meteórica. Es decir, su obsesión era que su aspecto externo, su forma de actuar, moverse y vestir no delatara su origen sencillo. Quería no sólo ser, sino ser considerado como un yuppie de toda la vida y, a renglón seguido, salir entre los vips de la alta sociedad.

Quien le aconsejó era un asesor agudo, inteligente, honrado y conocedor de la verdad más profunda del ser humano. Su consejo, en principio, dejó un poco descolocado al aspirante a ser un tipo importante: para mejorar su propia imagen era imprescindible conocerse bien y darse a conocer tal cual era. Sólo después de ese ejercicio previo de autenticidad sería necesario potenciar los rasgos positivos de su personalidad y limar los negativos. «¡Sea usted auténtico, una persona de una pieza, coherente!».

Aquel consejo le pareció demasiado obvio, pero como era un tipo realmente listo lo siguió. A la larga, su forma de ser, hecha de naturalidad y sencillez, le abrió las puertas del éxito.

Claro que esa carrera por llegar a ser nosotros mismos puede parecernos un absurdo. Para empezar hemos de comprobar si tenemos un disfraz permanente que nos impide vernos con la cara de nuestra personalidad recién lavada. Hay que quitarse la máscara - en este mundo tan falso muchas veces- si nos ilusiona llegar a ser nosotros mismos y dar a nuestra vida un sentido mucho más genuino que el del disfraz o la apariencia. Acepto que, inmersos en el día a día de la vida, puede parecer un empeño inútil pararnos a reflexionar unos minutos de vez en cuando, para dar una vuelta de timón y enderezar el rumbo en caso de desvío. La prisa perpetua y el ritmo enloquecido de las mil cosas que no podemos dejar de hacer son la coartada perfecta para no pensar en el porqué y en el para qué de la propia vida. Me lo decía un amigo mío, ayudante de un conocido psiquiatra cuya consulta está llena de personas que no tienen más meta que el viejo «comamos, pues, y bebamos que mañana moriremos».

Es vital aprender a pensar con claridad. Mediante un pensamiento claro somos capaces de dirigir la voluntad, ser fieles a nuestro auténtico propósito y descubrir los vínculos que nos unen a los demás y los deberes que resultan de dichas relaciones. Vuelvo al mismo del avión y a lo que decía sobre el carnaval, que, al final, es una alegoría de la vida: la renovación después de una situación irreal, la humanidad que se desprende de sus máscaras, con las que actúa en este gran teatro del mundo, para volver a ser ella misma.

Y vuelvo también al filósofo de la Antigüedad que, lleno de sabiduría, nos ponía en guardia de lo que puede llegar a ser un desdoblamiento de nuestra personalidad: «Cuidado con las compañías: el mundo está lleno de semejantes agradables y con talento. La clave es asociarse sólo con personas que te eleven, cuya presencia saque lo mejor de ti mismo».

## 2

# HONRADEZ

## Ser personas de una pieza

**S**er honrado quiere decir ser genuino, auténtico, de una pieza. Lo contrario a una persona honrada y quizás así entendamos de forma más gráfica el gran valor de quien lo posee- es el que finge y engaña, el que es deshonesto, falso, ficticio, falsario o falsificador; buena retahíla de adjetivos que nos horrorizaría llevar colgados en la espalda (ni como broma pesadísima para el día de los inocentes).

Ser una persona noble, honrada, supone tanto ser respetable como respetar a los demás. Quien no lo es no respeta a nadie ni a nada. La honradez llena la vida con amplitud de miras, confianza y sencillez; está hecha, en buena medida, de espontaneidad. La persona honrada expresa una actitud transparente, se la ve capaz de vivir a plena luz; los que carecen de honradez se mueven entre sombras, actúan a escondidas, como si les gustaran mucho más las tinieblas que los días despejados.

Quien busca la verdad con honradez está también dispuesto a cambiar de idea. Si alguien, por inteligente que sea, sólo quiere tener razón en la vida, ni es muy inteligente ni llegará a construir nada sólido. La meta de cada uno debería ser la de vivir para buscar la verdad, no para tener razón. Los que no escuchan los argumentos contrarios son gentes inseguras y tozudas; las palabras de los que no piensan como ellos les confunden. Por el contrario, los grandes hombres son siempre sencillos y se alegran por lo bueno que hacen los demás. No impiden que quienes les tratan superen sus propios niveles de conocimiento y de eficacia; no piensan que son indispensables.

He tenido la suerte inmensa de conocer y de tratar a uno de los mejores profesionales de nuestro país, conocido y reconocido a nivel internacional. Es uno de esos personajes que superan los esquemas normales de talento, de auténtico saber hacer no sólo en su

vida de trabajo diario, sino en todos los ámbitos. Es un lujo considerarse uno de sus amigos porque nunca falla y, aunque por su trabajo pase mucho tiempo fuera de España, por arte de magia y por su capacidad de interesarse por los demás siempre responde cuando se le necesita. Es de los señores que si está «en una reunión» (¿quién no está «reunido» la primera vez que se le llama por teléfono?), lo primero que hace al terminar lo que tiene entre manos es devolver la llamada, el correo electrónico o el mensaje que se le deja en el teléfono; lo puedo asegurar por propia experiencia. Nunca da la llamada por respuesta. Y si alguna vez se le localiza en el móvil, cuando se le hace la pregunta lógica, para no molestar, de «¿te pilló en buen momento o te llamo más tarde?», su respuesta es, casi siempre, «¡No, encantado de hablar contigo!», como si fuese lo único que tiene que hacer, y bien sabemos lo que hace a diario y lo que lleva ya hecho en su vida.

En un encuentro sectorial de los que organizamos en el Instituto Superior de Enseñanza y Moda (ISEM), vino a dar una de las conferencias; mucha gente se apuntó al curso al ver su nombre en el programa. Vino con otro directivo de su compañía, excelente profesional también, pero con algunos años menos de experiencia. La presentación que hizo, dando paso todo el tiempo a quien le acompañaba, haciendo resaltar su valía y casi cediéndole el protagonismo, fue la máxima lección que muchos aprendimos en aquella jornada. Me comentaba no hace mucho tiempo el director general de una compañía textil que participó en este encuentro, también de enorme valía personal y profesional, que no olvidaría jamás ese gesto de honradez, sólo posible en una persona con empeño por destacar a los que vienen detrás. Es algo que no se aprende ni en las mejores universidades del mundo.

Pero ¿hay alguien en la tierra que se plantease no ser honrado? En el siglo xvü, el gran novelista irlandés Jonathan Swift, en Los viajes de Gulliver, va dejando caer con su terrible ironía esa pregunta a sus lectores. La respuesta la dará él mismo en distintos libros, pero sobre todo se centra en este tema en un cuento, «El viaje a la tierra de los Houynnhms», un lugar habitado por unos seres tan radicalmente racionales que no podían aceptar, porque no les cabía en su cerebro, ni la más remota idea de lo que suponía la deslealtad. Como uno de ellos explica a Gulliver, el uso del lenguaje es un arma para hacernos entender unos a otros y para recibir información de lo que está pasando. Ahora, si a alguno se le llegase a ocurrir la idea de decir algo que no fuera verdad (para estos personajes, la vulgar mentira ni siquiera tenía un nombre), todo el sistema de comunicación se vendría abajo.

La falsedad, el fraude o la mentira no tendrían nada que hacer en un mundo poblado por seres con ese rigor mental, pero está claro que en esta tierra quien más quien menos tiene algo de irracional -es el discurso que mantenía Swift- porque a la vista están los impulsos torcidos y las tendencias de los seres humanos que no se encuentran en armonía plena con la razón.

Es urgente mantener y difundir ideas claras sobre el bien y el mal, poner al día las convicciones más profundas que nos hacen ser más humanos, mejores personas, gentes íntegras llenas de buena voluntad.

La honradez es, desde la antigüedad más remota, de una importancia capital. En la *Iliada*, esa obra maestra de Homero escrita en el siglo VIII a.C., Aquiles grita con angustia: «Odio, como a las puertas de la muerte, al hombre que dice una cosa pero esconde otra diferente en su corazón». Y desde entonces, o mejor, desde que Adán y Eva en el paraíso empezaron a confundir la verdad con la mentira y el bien con el mal, cualquier actividad, cualquier empresa humana que pida a los hombres que actúen con rectitud se viene abajo cuando las personas no obran con honradez entre ellas. Ya no se trata sólo de decir la verdad, sino de esa honradez de cada día, de siempre, con la que se cuenta para sacar adelante cualquier empeño, por duro, difícil o arduo que aparezca. Lo que de verdad hace imposible una hazaña es la falta de honestidad.

El recientemente fallecido Julián Marías, un gran escritor, pensador prolífico y de una integridad moral que sin duda hubiese congeniado con su colega irlandés, publicó en noviembre de 2001 en ABC -donde escribió una extraordinaria serie de «terceras»- un artículo que tituló «Impunidad de la mentira», del que extraigo algunas líneas que tienen el rigor de un pensador extraordinario, con tal agudeza que parecen escritas en el momento de publicar este libro:

En la actualidad la mentira es demasiado frecuente y demasiado inquietante. No me refiero a los errores, que en principio se pueden aceptar, aunque por supuesto se pueden evitar, sino a la falsedad deliberada, buscada, difundida con grandes recursos, lo cual puede producir una intoxicación de la sociedad, una especie de septicemia que puede poner en peligro la salud colectiva.

Se miente a sabiendas, como un programa, como un arma que es sin duda desleal y muy peligrosa. La enorme difusión y la eficacia de los medios de comunicación hace que el cuerpo social quede contaminado por la mentira. Sería deseable que la evitaran los que acostumbran segregarla; deberían pensar que la mentira es dañosa

también para el que la emite, que es víctima de ella y se condena al profundo descontento propio que engendra. Cuando alguien miente deliberadamente es inevitable pensar que no se estima, que tiene un profundo descontento de sí mismo o de lo que pretende representar. Pero en todo caso hay que tener en cuenta la reacción de los demás, de los que quedan «expuestos» a la mentira. Me preocupa la general pasividad con que la mentira se acoge. Algunos, llevados por la fuerza de la propaganda, no la advierten, se podría decir que la aceptan; otros sienten cierto malestar, una impresión de que «no es eso», pero carecen de toda reacción propia. Esto hace que se produzca una amplísima impunidad de la mentira, que ésta no tenga sanción ni remedio. (...)

En nuestro tiempo parece que el recurso es la justicia. Si alguien es calumniado puede llevar el asunto a los tribunales, hacer que el agresor responda y pueda sufrir una sanción por ello. Creo que esta práctica es aconsejable y contribuiría a sanear el ambiente de nuestra sociedad. Pero es cierto que la confianza en la justicia es escasa, que su lentitud demora las respuestas, que se teme que esté sometida a diversas presiones o su politización evidente y todavía no superada. Con todo, creo que es un recurso aplicable. Aunque los fallos se dilaten demasiado y no sean enteramente merecedores de confianza, ya el hecho de ser demandado judicialmente significaría un aviso, un toque de atención, un señalamiento muy útil. Existe, gracias a Dios, la «presunción de inocencia», que hay que conservar celosamente; pero también debe existir la «presunción de culpabilidad» cuando se funda en hechos comprobables, cuando responde a la sospecha fundada de tergiversación.

El problema es muy grave, porque se puede producir una perturbación de la convivencia, una pérdida de la confianza en el derecho, en la manifestación de las opiniones, en la democracia misma. La mentira es el máximo riesgo que ésta tiene, lo que lleva a la pérdida de su prestigio, lo que puede engendrar el riesgo máximo que es la aversión a ella.

¿De qué estamos hablando?

Gracias a mi trabajo como periodista, he descubierto a lo largo de mi vida profesional, y también en el ámbito personal y privado, a muchos personajes geniales, unos famosos, otros anónimos; algunos, pese a la apariencia de tenerlo todo fácil y con viento favorable, han alcanzado la cumbre con grandes dosis de esfuerzo y de lucha, como cualquiera. Tengo que decir que uno a uno me han dejado asombrada, la mayoría de ellos por su ritmo incansable de preparación, exigido por su oficio.

¿Quién piensa, por ejemplo, que Induráin ha ganado cinco veces el Tour de Francia y otro montón de pruebas sólo porque tenía un corazón a prueba de bomba? ¿Qué tiempo y qué esfuerzo habrá derrochado a lo largo de los años, subiendo y bajando montañas, a golpe de pedal, invierno y verano, hasta llegar a esas metas? ¿Y cuántas horas de entrenamiento, para estar en plena forma y ser de los mejores olímpicos españoles, tuvo que acumular en su vida nuestro duque de Palma de Mallorca? Podríamos repasar, uno por uno, a todos los que han logrado el éxito, en el fútbol, en el tenis, en las carreras de caballos o en los maratones populares.

¡Y qué decir si nos adentramos en el terreno de los negocios! Cabe, por supuesto, un factor de mejor o peor suerte, pero por lo general existen en todos ellos unos ingredientes básicos que no suelen fallar: honradez, laboriosidad, prudencia y conocimiento del tema, cuatro parámetros indispensables para conquistar ese triunfo serio en lo que uno se propone en la vida. Una fórmula que no sólo se puede aplicar a las empresas importantes o a los grandes proyectos; todos deberíamos aplicarlos a nuestra vida personal, familiar y social, que, en definitiva, es la más nuestra y en la que más tendríamos que aspirar al éxito verdadero. Es éste un éxito con distintos puntos de mira, desde el personal es decir, el sentirse a gusto con uno mismo, y llegar a la noche con la conciencia tranquila porque hemos hecho lo que teníamos que hacer- al más importante: conseguir que los demás, marido o mujer, hijos, padres, suegros o hermanos, estén también a gusto en nuestro hogar y a nuestro lado. En esta esfera el éxito no se mide por los titulares de los periódicos, sino que exige una mirada mucho más franca que llegue al fondo de nosotros mismos, a ese reducto de la conciencia en la que sólo Dios y nosotros podemos penetrar. El estar conformes con lo que ahí nos encontremos, día a día, aunque tengamos que rectificar miles de veces el rumbo por las equivocaciones lógicas en todo ser humano, constituye el verdadero éxito; porque lograr la estabilidad y la unión entre padres e hijos es una labor ardua, constante, cansada muchas veces, ingrata otras, pero muy reconfortante cuando se ve crecer a todos sanos, nobles y felices. Lo mismo que es un oasis de paz y otra enorme conquista el hecho de que, pese a las tormentas, malentendidos, subidas y bajadas de humor entre la pareja, se mantenga la fidelidad sin el menor asomo de ruptura. ¡Qué gran éxito vital demuestran quienes llegan a celebrar sus bodas de oro! Sabemos que, a lo largo de esos cincuenta años de vida en común, habrá habido de todo un poco, pero cuántos que tiraron la toalla al primer obstáculo se mueren de envidia al ver a esa familia que ha culminado con éxito el Everest de las luces y las sombras de medio siglo de convivencia.

Nunca me acostumbro a la sorpresa que me produce encontrarme con personas que, «sin ánimo de lucro», hacen un verdadero derroche de su tiempo y de su energía para sacar adelante proyectos altruistas. No miden esfuerzos, ni cuentan las horas robadas a su sueño, para rematar cabos sueltos, poniendo el punto final de unas palabras de agradecimiento, pongo por caso, a quienes han colaborado en uno u otro asunto. ¡Todo escrito a mano! ¡Todo con el sello de lo exclusivo, de lo que no tiene precio, porque esa sensibilidad especial es un talento que ni se compra ni se vende!; simplemente se tiene o no se tiene, y se da a manos llenas. Claro que también se puede cultivar, siempre con lucha.

No voy a dar nombres porque algunos de estos protagonistas son personas muy cercanas a mí, pero me parece una obligación, al tratar del éxito, dejar constancia de que existen, gracias a Dios, quienes se dedican a empresas muy constructivas en el mundo del arte, la cultura y la solidaridad, entre gente que podría, por su situación, dedicarse a «sus cosas», es decir, a lo que alguien podría llamar «darse la gran vida». Y se la dan, pero en otro sentido absolutamente opuesto: porque llenan su vida dando al máximo todo lo que tienen, tiempo, dinero, inteligencia y talento para sacar adelante muchas iniciativas que valen la pena. Eso sí que es un éxito a todos los niveles, que entraña suplir frivolidades y egoísmos por logros que dejen un poso imborrable de humanidad.

### El hombre que muerde al perro

Una de las primeras cosas que aprendí en la Facultad de Ciencias de la Información, entonces Escuela de Periodismo, de la Universidad de Navarra, fue la distinción entre lo que era noticia y lo que nada tenía que ver con esa palabra. Para comprenderlo no había que ser un superdotado. Es el conocido aforismo de que si un perro muerde a un hombre, nadie, salvo el sufridor del mordisco, se entera del hecho; en cambio, si un hombre muerde a un perro, sí saldrá en todos los periódicos.

Han pasado los años desde que nos grabaron a machamartillo esos conceptos fundamentales y cada vez entiendo mejor que una de las razones del desmadre actual es el haber trastocado los términos y confundido la verdad con el error, por demostrados que estén unos y otros. Que existan miles y miles de mujeres en el mundo que prefieren jugarse la vida antes que matar a un hijo que esperan a nadie le importa, porque es lo natural, lo que en principio se espera de toda mujer. ¡Si hasta las fieras defienden a sus

crías, movidas por un instinto maternal, cómo no va a hacerlo un ser humano!

Pero estamos inmersos, desde hace unos años, en una crisis de identidad colectiva en la que lo insólito, lo descabellado, lo que nadie hubiese podido imaginar en una sociedad coherente ha echado raíces: la noticia, que he leído con pavor, es que en el año 2005 se han producido 85.000 abortos en España. Consecuencia de aquellos grupos que se lanzaron a la calle diciendo a gritos «Mi cuerpo es mío», paso previo a conseguir que se despenalizara el aborto, como si ese hijo concebido en un acto libre, o como mucho inconsciente, fuese un grano o un tumor que se puede extirpar sin más. Una forma de encubrir la verdad demostrada científicamente: el feto, el hijo recién concebido, tiene vida propia. Fueron años en los que de forma incomprensible se recogían firmas para conseguir que ese crimen fuese legal. Es lógico que aquello saliera en los periódicos, y en cierto modo es muy triste, aunque ilógico, que hoy se tomen medidas para frenar esa escalada; de una política de educación sexual que en algún caso, más que educar en la verdad del ser humano -hombre y mujer cada uno con sus facultades propias- se orienta de forma errónea, y en lugar de cumplir con la función de educar se cae en aberraciones que llevan al error. Con esa forma de actuar, subjetiva, llegaría a ser noticia, se me ocurre, una manifestación de gente joven, hijas e hijos que, asqueados del egoísmo de unos padres que les trajeron al mundo por un error de cálculo, o en el límite de la edad fértil, con lo que acaban teniendo unos abuelos que cuidar cuando tienen veinte años, pidiesen la despenalización del parricidio. No invento nada. Lo he presenciado en un lugar «de cuyo nombre no quiero acordarme», plagiando a nuestro inmortal Cervantes; no hago ciencia-ficción, sino un avance de por dónde van los tiros de la eutanasia, en el extremo opuesto de los no nacidos. O que exigiesen libertad para cargase a sus progenitores cuando empiecen a perder facultades alegando que la convivencia empieza a resultar una carga pesada. ¿No se aduce, para justificar la muerte de los no nacidos, una posible malformación? Pues, con esa regla de tres, que nadie se eche las manos a la cabeza si a las nuevas generaciones (no olvidemos que España tiene el índice de natalidad más bajo del mundo), cualquier cosa que les resulte incómoda les parezca una razón perfecta para quitarse de en medio y eliminar de sus vidas a quienes no entren en sus planes.

En Londres conseguí hace unos años un libro, titulado *Babies for burning*, en el que una pareja de periodistas contaba una investigación realizada en distintas clínicas abortistas, varias clandestinas, acerca de las razones que habían llevado a abortar a una serie de parejas. Por supuesto, la edición fue retirada porque se trataba de un drama

dedicado al egoísmo, al cinismo y a la falta total y absoluta de honestidad y de escrúpulos, no ya religiosos sino morales y humanos. Yo conseguí un ejemplar por medio de un amigo del editor, que me llevó a un sótano tenebroso en el que habían escondido unos cuantos. No quiero repetir lo que leí en el viaje de vuelta de Londres a Madrid, porque acabé enferma; lo que sí puedo decir es que aquellos periodistas estuvieron perseguidos por destapar una increíble verdad.

Poco tiempo antes de que se aprobase en España la ley del aborto, escuché en el Ateneo de Madrid a la madre Teresa de Calcuta, ya beata, que será canonizada muy pronto. Esa mujer frágil y poderosa, con su voz firme, pausada e inquebrantable, desgranó un discurso cargado de verdades a las que nadie osó enfrentarse. Comentaba, por ejemplo, que en los años anteriores cuando viajaba de un país a otro y se topaba con el terrorismo y el odio entre etnias o tribus, no comprendía por qué los hombres se mataban unos a otros. «Ahora ya lo entiendo: si una madre es capaz de matar a su propio hijo, ¿qué excusa, qué freno tienen los hombres para no matarse unos a otros?». Lo decía con una carga de tristeza en sus ojos diminutos, pero con un hálito de esperanza repitió incansable: «¡No lo permitáis! Una ley nunca debería destruir la vida humana, y menos la vida de un inocente. Ninguna nación debería permitir el aborto, porque cuando se teme al niño el mundo entero se empobrece». Apoyaba sus palabras con su experiencia en la India, «donde jamás he visto en los ambientes más pobres que una madre quiera matar a su hijo».

Entre quienes rodeaban a aquella mujer extraordinaria estaba don Antonio Garrigues Díaz Cañabate, un hombre que nos dejó hace poco más de un año, después de cumplir los cien; una personalidad con un nivel intelectual, moral, personal y profesional muy por encima de lo común. Yo le tenía una enorme admiración y cariño. Me enriquecía mucho conversar con él y tuve la inmensa suerte de considerarle un amigo, pese a la diferencia de edad, gracias a sus hijos y nueras, con quienes compartí horas inolvidables. Comentamos, con verdadero asombro y con pena, cómo era posible, después de aquel discurso de la madre Teresa, que se llegase a aprobar una ley en contra de la ciencia, de la moral humana y, por supuesto, de la ley de Dios.

«Errores históricos -me contestó-. No te olvides que aquí mismo, en este Ateneo de Madrid, se sometió a votación hace unos años si Dios existía o no existía. Ganó el sí por un voto. ¡Menos mal!», dijo con ese tono, mezcla de ironía y lástima, propio de los pensadores que enfocan las cuestiones de fondo con un criterio clarividente. Poco

después se votó, si existe vida desde el primer momento de la fecundación. ¡La verdad no puede cambiar por muchos votos que la avalen! Quienes saben que el aborto es destruir una vida humana la defenderán con más fuerza, porque saben que defienden la verdad. Lo triste es quienes por ignorancia o por otras causas peores piensan que lo legal es moral... sin comprender que cualquier día se puede decidir, por mayoría, que el sol no existe. Y seguirá saliendo cada mañana.

# 3

## GENEROSIDAD Y MAGNANIMIDAD

### Aliadas inseparables de un alma grande

La generosidad es la virtud de dar y la magnanimidad, de acuerdo a su etimología (magnos animas, es decir, grandeza de alma), se define como la disposición del ánimo hacia las cosas grandes. Santo Tomás la llama «el ornato de todas las virtudes». Y un filósofo alemán, J. Pieper, dice en su libro sobre las virtudes fundamentales que son características del magnánimo la sinceridad y la honradez. «Nada le es tan ajeno como callar la verdad por miedo. El magnánimo evita la adulación y las posturas retorcidas; no se queja, pues su corazón no tolera que se le asedie con un mal externo cualquiera. La magnanimidad implica una fuerte e inquebrantable esperanza, una confianza casi provocativa y la calma perfecta de un corazón sin miedo. No se deja rendir por la confusión cuando ésta ronda el espíritu, ni se esclaviza ante nadie, y sobre todo no se doblega ante el destino: únicamente es siervo de Dios». Si a este elenco de valores que se acumulan en la persona que posee esta magnanimidad, por la que apostamos doble contra sencillo, enfrentamos su antítesis, que supone ser pusilánime, es decir, tener un ánimo encogido y temeroso, la mezquindad o la ambición, sin la menor duda nos quedamos con la cara positiva de la moneda, que tiene el enorme atractivo de la grandeza de alma.

Se comprende, pues, que no se trata de explicar en este capítulo que tenemos obligación de dar a cada uno lo suyo -clásica y perfecta definición de la justicia-, sino de un panorama mucho más amplio. La generosidad radica en estar siempre decididos a ir más allá del límite que nos lleva «a quedar bien», pero sin exagerar. Esta actitud, que tendríamos que promover cada uno con un empeño contagioso, impulsa a dar a manos llenas lo que yo tengo y que a otros, más o menos cercanos, les falta; ofrecer algo, de mayor o menor valía, pero que puede desde quitar el hambre hasta llenar un hueco de

carencias afectivas, de esperanza y de ilusión gracias a esa virtud que nos hace capaces de derrochar nuestro propio yo, postura que rechaza el egoísmo ramplón o el sectarismo que tantas veces mueve a conductas poco humanas.

Porque la generosidad es la virtud de las almas grandes, que no sólo dan cosas materiales, muy necesarias tantísimas veces, sino que están siempre abiertas a volcarse en cariño, comprensión y detalles con quienes les rodean, dando con todo ello su tiempo, que es casi siempre uno de los bienes más escasos; escuchando a quien siente la angustia de una situación complicada y verdadera necesidad de desahogarse o de recibir un buen consejo; sonriendo en el momento oportuno; dando un abrazo sincero en horas de dolor o acompañando a alguien en el aniversario de un día feliz, que resultará mucho más feliz al compartir la alegría.

Como punto clave de esta gran cualidad, esas personas, que acaban siendo verdaderos genios expertos en humanidad, a los que todo el mundo acude, no pasan factura, no buscan que se les pague ni con la misma moneda ni con ninguna otra cosa, ni siquiera admiten que se les dé las gracias. Suele ser gente abierta, simpática; gente, en definitiva, que ha experimentado a fondo, porque lo practican, que es mucho mejor dar que recibir. Lo describe muy bien el pueblo llano de algún país de Latinoamérica, cuando para alabar el buen hacer de algún amigo dicen de él que «tiene un dar que parece un recibir».

No se trata de poner a competir a la justicia o la caridad con la generosidad, ni de discutir sobre lo que es antes o después. El sentido común nos dice que hay que tener una camisa para adornarla con encajes. Pero no nos quedemos tranquilos con la comparación. La generosidad supera al alza la línea divisoria entre ese mínimo elemental que hay que plantearse para actuar con justicia, como una persona cabal, y ese panorama mucho más amplio y profundo que, en horas altas, cuando reaccionamos como seres con elegancia y clase que arrancan de lo hondo del ser humano, nos piden la cabeza y el corazón.

La generosidad es una virtud que yo calificaría de subjetiva. No actúa dentro de un orden establecido en el capítulo de los derechos humanos, sino que va mucho más lejos que cualquier ley que regula lo que pertenece a cada cual. Lo que marca el ritmo de un acto de generosidad es la exigencia del amor, del cariño, de la solidaridad, de vivir la caridad por los ojos. Incluso me atrevo a decir que va más allá de la moral, porque rechaza situaciones que, sin ser injustas, son muy dolorosas para quien las sufre.

Hace unos días recibí una buena lección para matizar la diferencia y centrarla no sólo en hazañas heroicas, que nos llevarían al libro de oro de la generosidad (también urgentes y necesarias), sino en mil menudencias que, sumadas, aparte de hacer un gran bien devuelven las ganas de vivir a quien tiene la pésima costumbre de ver únicamente el lado negativo de la vida.

Nos reunimos una tarde un grupo de gente que trabajamos en una fundación para sacar adelante un proyecto apremiante de carácter social: la construcción y puesta en marcha de unos centros de segunda enseñanza y de formación profesional para cinco ayuntamientos del sur de la Comunidad de Madrid. Un plan económico de gran envergadura, de justicia hacia una zona en la que el fracaso escolar es notable, que sólo se puede realizar con la ayuda generosa y la magnanimidad de quienes sienten como propias las necesidades ajenas. Son muchas las personas que están colaborando en el tema con la máxima generosidad, cada cual de acuerdo con sus posibilidades. A la hora de sacar adelante el proyecto, resulta igualmente conmovedor conocer el origen de algunos donativos que provienen de familias con escasos recursos, que hacen esfuerzos admirables para dar la oportunidad de una educación integral y segura a las futuras generaciones de la zona, sensibles a las necesidades ajenas y que se vuelcan de forma espléndida para lograr un centro educativo en bien de los más desfavorecidos.

Como es lógico, los padres de familia que integran el patronato de la fundación inculcan a sus propios hijos la ilusión por lo que tienen entre manos. Me consta que, en torno a las fiestas de Navidad, más de uno ha pedido a los reyes «dinero para el colegio de los niños del sur». Una madre involucrada en la aventura, de las que sabe educar sin sermones y con libertad de espíritu, me contaba que su hijo de seis años se le acercó una noche antes de irse a dormir y le dio «para tu colegio, mami» su tesoro: 15 euros que su madrina le había regalado el día de su cumpleaños. Esta mujer, emocionada por el gesto, y poniéndose en la piel de su hijo, le animó a quedarse con algún euro para comprarse algo. Con gran sencillez este niño le contestó que ya se había quedado con cinco, por si acaso.

A la mañana siguiente, en cuanto se levantó, corrió feliz a decirle a su madre: «Mamá, toma los cinco euros que me guardé porque he pensado que yo no los necesito y seguro que en tu colegio sí». ¡Ésa es la generosidad! De eso se trata, de dejarse llevar por el corazón, por el cariño, por todo lo bueno que tenemos dentro sin consentir que lo ahogue el egoísmo, el cálculo o la ambición. Y hacerlo con la alegría de quien ha

descubierto, desde muy chico, que sólo nos hace felices en serio la capacidad de darnos y de dar «hasta que duela», frase que repitió la madre Teresa de Calcuta en los foros intelectuales más destacados, donde le escuchaban, atónitos, financieros y economistas de los que dependía, en buena parte, la economía mundial entre otros muchos, por supuesto.

En la línea de colaborar con actividades que arrancan de un empeño por tratar de ayudar a quienes carecen de lo más elemental y que salen adelante gracias a la generosidad de quienes cooperan para solventar esa carencia, con su dedicación y sus medios económicos, tuve la oportunidad de visitar en Lima una serie de programas promovidos por diversas ONG, con el objetivo común de llegar a muchas personas que requieren algo tan elemental como es la educación, primer paso para una vida digna. Estas organizaciones cuentan, en muchos casos, con un apoyo impagable: mujeres que, por el trabajo de sus maridos, están viviendo unos cuantos años en distintas partes del mundo y llegan a considerar como su segunda patria esa tierra en la que están dispuestas a volcar lo mejor de sí mismas. En muchas ocasiones lo hacen a través de organizaciones de voluntariado que siempre piden manos que lleven a cabo los proyectos, que se preparan y se financian desde España, como el ejemplo que doy a continuación.

Por mi vinculación a la Fundación Codespa conocí, durante una estancia en Lima, a un grupo de personas de las que tienen grabada a fuego la frase milenaria de que «tu mano izquierda no se entere de lo que hace la derecha». Doy fe del desinterés con que brindan su tiempo y sus posibilidades, que son muchas, para «devolver a la sociedad lo que la sociedad y la vida les ha dado a ellas». Es una de sus creencias preferidas, que no se queda en palabras, sino que se transforma en un motor que les hace imparables a la hora de sacar adelante los proyectos de educación y desarrollo.

Entre todos los que visité hay dos que no puedo olvidar. Uno de ellos se encuentra a media hora de Lima, donde las casas se transforman en chabolas, el asfalto en tierra y el aire en polvo. Allí, en medio del barrio de Comas, está el colegio Hunttec, uno entre los muchos patrocinado por esta ONG. El director, un ingeniero peruano, nos llevó a hacer un recorrido por las clases, desde primaria, con niños de cinco y seis años, hasta otros jóvenes de dieciséis. En todos los alumnos destacaban ciertas notas comunes: disciplina, urbanidad, respeto y la expresión de quien se siente a gusto. Llaman mucho la atención y conmueven, en medio de un clima de pobreza extrema, estos chicos, guapos en su gran mayoría, de rasgos muy marcados por su raza, con una mirada franca, simpática, que

saludan con confianza al director y a sus amigos, que nos explican lo que hacen y saben dar las gracias con naturalidad cuando nos despedimos de ellos. Se les adivina felices y satisfechos, valorando lo que reciben.

Cuando salimos a ver el edificio, en plena construcción, el director nos explicó: «El tercer piso lo empezamos antes del verano pero nos falta un puñado de dólares para terminarlo. La mano de obra es barata: son los padres de los niños los que lo construyen. Muchos no tienen plata para pagar el colegio, aunque es muy poca la mensualidad, pero lo solucionan con su trabajo. Aquí no queremos hacer mendigos que piensen que se les tiene que dar algo porque sí. Hay que educarlos para que sean personas responsables». Seguimos el recorrido hasta una nave donde se construirán talleres de formación técnica en los que prepararán a los chicos para un oficio. «Por supuesto, si llega la plata», nos vuelve a recordar el ingeniero, profesor, gerente y alma del conjunto.

Al día siguiente fuimos a visitar Fundades, que entre otros proyectos se ocupa de un centro de ayuda a discapacitados, montado con la ayuda de microcréditos. Nos esperaban varios personajes inolvidables, como Ángel, un chico joven en silla de ruedas que, tras un accidente que le dejó casi inútil, salió adelante gracias a un préstamo de mil dólares. Orgulloso y agradecido, nos contó su trayectoria: «Con ese capital inicial compré útiles y en dos o tres meses monté una empresa de pastelería. Lo mejor es que pude recolectar enseguida el dinero y lo devolví. Cuando recibí el dinero hice un curso de capacitación y me entró el bichito de ser yo también solidario. Trabajé mucho para poder darlo de vuelta y que lo disfrutaran otros». Tampoco tiene desperdicio lo que nos explicó Esteban, un hombre con polio que, a partir de quinientos dólares, pudo montar con su mujer un negocio de «comida de paso». «Nos levantamos a la una de la madrugada y vendemos en un puesto a los que van de viaje. Ya nos conocen porque procuramos atender bien al cliente.» Su máxima satisfacción es, igualmente, «lo pronto que devolví el crédito». Más tarde pidió otro para ampliar su puesto: «Es muy bueno, porque todo está basado en la confianza, y tienes un compromiso serio que te hace trabajar para que otros trabajen. Los discapacitados tenemos una ventaja, y es que hemos superado esta situación, nada fácil, por la voluntad de conseguir algo con nuestro esfuerzo. Y, claro, todo empieza por ese crédito que nos ofrecieron».

Por más necesidades materiales que nos parezcan urgentes para nosotros o para los nuestros, nos hará un bien incalculable recordar que existen millones de personas capaces de convertir mil dólares, o mil euros, en el punto de partida que cambiará su

vida y la de sus hijos hasta hacerles felices. Cada vez que en una clase de la escuela de negocios para empresarios de moda, que dirijo hace unos años, oigo a expertos en economía decir que «en el mundo occidental nadie compra por necesidad sino por capricho», me vienen a la cabeza las historias de aquellos peruanos que, a partir de mil dólares, sacaron adelante a su familia. Sobran los comentarios y falta, en algunos casos, la verdadera responsabilidad social.

Hace ya más de diez años, desde la revista Telva se decidió hacer un reconocimiento público a los mejores proyectos de ayuda humanitaria que se habían llevado a cabo dentro y fuera de nuestras fronteras. Se trataba de dar un aliento al compromiso con alguna de las causas que merecen nuestro apoyo y el de la sociedad. Convocamos para ello los Premios a la Solidaridad. La respuesta, desde el principio, fue extraordinaria. Además de la cantidad y calidad de los programas presentados a lo largo de este tiempo, fue importante la intervención de un jurado compuesto por gente muy ocupada, tanto profesional como familiarmente, que por nada del mundo dejaba de participar en el acto a pesar de las muchas horas que se necesitaban para estudiar a fondo los programas y poder así juzgar con justicia.

¿Qué está ocurriendo en el mundo para que los asuntos solidarios tengan, por lo general, una acogida tan espectacular? Pienso que, al terminar el siglo xx -una etapa de la historia cargada de tragedias y de desastres humanos, ecológicos y personales-, mucha gente ha tomado conciencia de la obligación de hacerse responsable de las lacras y carencias de una buena parte de la humanidad. Son numerosas las iniciativas altruistas hacia los países del Tercer Mundo, sin olvidar el Primero, al que algunos llaman el Cuarto, es decir el nuestro, donde a la vuelta de la esquina nos amenazan, junto a tantas y tan duras situaciones materiales, esos desastres morales, los «ismos» -racismo, sexismo, chovinismo-, cuyos problemas hemos de afrontar con espíritu abierto, compasivo, buscando soluciones sin esconder la cabeza debajo del ala.

Pensar acerca de lo que significan estos años de trabajo -muchas personas dedicándose a recibir y evaluar la cantidad, la calidad y la autenticidad de la infinidad de proyectos que se reciben- me ha dado una nueva perspectiva para valorar lo que está pasando, y me ha ayudado a concluir que la solidaridad no es una moda pasajera ni una forma fácil de apuntarse a algo fuera de lo habitual, sino un tema de mayor calado, algo que arranca de una semilla de bondad, de buen corazón, sembrada en nuestra naturaleza, que nos lleva a vibrar y a tomar en serio lo que les ocurre a otras personas: su realidad

más íntima, sus emociones y sentimientos o sus circunstancias exteriores. Como escribió David Hume, «hay una inclinación a la benevolencia, aunque sea mínima, infundida en el fondo de nuestro ser, destellos de simpatía hacia el género humano».

También Giacomo Leopardi, el poeta romántico italiano, nos introduce en este campo de las relaciones humanas cuando dice que la compasión que nace en nuestro espíritu al ver a una persona que sufre es un milagro de la naturaleza, puesto que en ese instante «nos hace experimentar un sentimiento completamente independiente de beneficio o placer, y que sólo se relaciona con el prójimo sin que exista mezcla alguna de nosotros mismos».

Es fácil deducir de sus reflexiones que compadecerse es algo tan noble como «padecer con», acercarse al sufrimiento ajeno con apertura de alma y capacidad de hacer propio ese dolor, esa pena o esa necesidad que sufre alguien a nuestro lado. Nada que ver con un masoquismo sin sentido, un sentimentalismo barato de folletín o el morbo de quienes se arremolinan en torno a un accidente, no para echar una mano, sino para «ver lo que ocurre». Se trata, por el contrario, de ese otro sentimiento, la magnanimidad, es decir, la grandeza de alma, que tanto valoramos al toparnos con una persona que la posee. Para situarnos no viene mal conocer sus contrarios: la dureza, la crueldad, la frialdad, la indiferencia, la insensibilidad...; en una palabra, el tener el corazón de piedra. Estoy segura de que el escalofrío y el rechazo que nos produce esta retahíla de supuestos, que se dan demasiado a menudo, nos invitan a dar un giro de ciento ochenta grados. Es mucho más atrayente y un paso previo para ser felices y derrochar felicidad el demostrar con obras un movimiento de compasión ante un hecho doloroso que ocurre a nuestro lado; lo contrario, una postura de desinterés, deja al descubierto la peor de las miserias: la del espíritu encerrado en sí mismo.

La compasión que arranca del cariño y lleva consigo una enorme carga de ternura con la que actuar, acaba siendo, tanto para quien la ejerce como para quien la recibe, una sonrisa de la vida, un regalo de Dios.

No podemos erradicar la injusticia, el hambre o el dolor de la tierra con unas monedas, aunque nunca está de más que miremos por la ventana de la vida, con los ojos del corazón despiertos para atender y escuchar, en la medida de lo posible, lo que cada uno de los que se cruzan en nuestro día pueden requerir de nosotros.

Unos días antes de la Navidad de 2005 hablé con una amiga mía que es una buena

profesional, madre de familia y apasionada de la buena cocina. Tanto le gusta este tema que hace un par de años decidió cambiar su trabajo -un puesto importante de escaparatisa en una empresa de lujo- por un restaurante que abrió en Madrid. No es un lugar muy grande, pero sí agradable, acogedor, en plan casero, «para dar de comer a sus amigos», como a ella le gusta describirlo. Esta mujer me contó que, desde que abrió este negocio, tenía en la cabeza la idea de cerrarlo un par de esos días de fiesta para invitar a comer a personas sin familia ni posibilidades económicas de celebrar la Navidad, para que pudiesen sentirse como en su casa. Lo había intentado, pero, aunque parezca mentira, no era fácil conseguirlo porque en las grandes organizaciones tenían previstos otros modos de trabajar para sus gentes. Me pidió ayuda y la puse en contacto con Desarrollo y Asistencia, una ONG que conozco y de la que me fío plenamente; está en Madrid y tiene más de mil voluntarios de todas las edades que se dedican, entre otras muchas actividades, a asistir a personas que viven solas, que están impedidas y que no pueden moverse de sus casas. Hablé con uno de los directivos y enseguida se pusieron en contacto con mi amiga para organizar esa gran comida de Navidad.

Aquel día me invitaron a tomar café y pude disfrutar del buen ambiente que se había creado. Tanto la dueña del restaurante como los directivos de la ONG me dieron las gracias mil veces por aquella oportunidad. Mi amiga estaba entusiasmada, ya que por fin había conseguido su deseo, y emocionada por la felicidad con la que sus invitados habían disfrutado en un entorno tan agradable de un estupendo menú de Navidad. Me lo contaba con más ilusión que si hubiesen ido a comer con ella todos los herederos de las coronas europeas.

El colmo de su alegría fue que la víspera de Reyes consiguió organizar, con un centro de estudiantes universitarias que atienden a niños sin medios económicos, una merienda para un grupo de treinta chicos abandonados; chocolate, roscón y un montón de sorpresas para cada uno fue lo que preparó.

-¿Quién te ha ayudado en estos montajes? -le pregunté-. ¿Han venido tus camareros y cocineros?

-¡Ni hablar! Les he dejado descansar. Lo he preparado yo todo y mis pinches han sido mi hija y sus amigos. Se han metido toda la mañana en la cocina, han decorado el comedor, han servido las mesas y después lo han recogido. Ahora, cuando todos se marchen, comeré con ellos.

Tras las distintas tragedias que he vivido de cerca como consecuencia de los atentados terroristas de los últimos años, suelo hacerme una pregunta: «¿Necesitamos un cataclismo para ser humanos?». Recuerdo la conversación que tuve con un médico de Nueva York que trabajaba en el hospital más cercano a las Torres Gemelas, cuando se produjo el atentado. Entre los mil detalles que me explicó un día, me contó que de pronto, en medio del caos que les tocó vivir, se dieron cuenta de que en los alrededores del hospital y de las torres había muchos apartamentos pequeños en los que residen personas mayores, mucha gente que vive sola, algunos quizás enfermos que en aquellos momentos deberían estar sufriendo angustiados, sin luz, incomunicados y posiblemente sin comidas ni medicinas. Organizaron entonces un equipo de voluntarios para, por turnos, recorrer uno a uno los pisos del Downtown, al que sólo podían acceder ambulancias, bomberos y policías. Su misión era llevarles comida, atenderles, darles ánimo y decirles que, pese a la desolación en la que todos estábamos sumidos, no debían tener miedo; allí estaban ellos para cuidarles. Me gustaría describir la emoción con la que hablaba este hombre duro, de los que trabajan de sol a sol para sacar adelante a su familia -se había casado recientemente, me contó, y tenía hijos pequeños-, reflexionando en voz alta sobre lo ocurrido: «La humanidad que se derrochó en el entorno del centro hospitalario -repetía- nos ha hecho mejores». No hacía un drama de aquella semana en la que todos los que se dedicaron a las tareas de solidaridad habían aguantado sin dormir, casi sin comer, para que otros pudiesen comer y dormir.

Como contraste, guardo un artículo de periódico en el que, bajo el título «Morir en soledad», se decía que «llegar a la tercera edad y vivir solo en una gran ciudad es para echarse a temblar». Desde aquellas líneas se hacía un llamamiento a los responsables de los Servicios Sociales de la Comunidad de Madrid, porque «son ya 31 personas las que se han encontrado muertas en sus domicilios; la mayoría ancianos sin nadie a su lado. La lucha de la muerte en soledad necesita del apoyo y de la conciencia de todos. Nadie debería dar la espalda a una realidad tan terrible».

Hace unos años se puso muy de moda una canción de Burt Bacharach que repetía: «Lo que el mundo necesita ahora es amor, dulce amor, es lo único de lo que hay siempre muy poco». ¡Qué gran verdad! Lo que el mundo sigue necesitando es amor. Compasión. Estar pendientes los unos de los otros, tratando de echar una mano cuando existe una necesidad, sin tener que esperar a que ocurran desgracias descomunales. El día a día también exige de cada uno y de todos una respuesta digna del hombre.

Así lo ha descrito un santo de nuestro tiempo, Escrivá de Balaguer, que después de predicarlo infinidad de veces con su propia vida y su palabra, escribió en una Homilía recogida en el libro Amigos de Dios:

Magnanimidad: ánimo grande, alma amplia en la que caben muchos. Es la fuerza que nos dispone a salir de nosotros mismos, para prepararnos a emprender obras valiosas en beneficio de todos. No anida la estrechez en el magnánimo; no media la cicatería, ni el cálculo egoísta, ni la trapisonda interesada. El magnánimo dedica sin reservas sus fuerzas a lo que vale la pena; por eso es capaz de entregarse él mismo. No se conforma con dar: se da.

# 4

## HUMILDAD

### Fortaleza de los débiles

**C**uando estaba a punto de iniciar este capítulo alguien me habló de un libro escrito por Carlos Llano, fundador y presidente de una escuela de negocios muy conocida en México, con el título, bastante chocante en principio, de Humildad y liderazgo. Lo encontré y me gustó su enfoque. El autor afirma en la introducción que el título es provocativo y que lo ha puesto muy consciente de ello; dice, incluso, que un líder humilde es lo más parecido a un círculo cuadrado. Para apoyar su tesis con raigambre nos dice que fue Balmes, el filósofo catalán, el primero que habló de la humildad para los negocios en un capítulo de su obra clásica *El criterio*, paradigma del sentido común, y para dejar claro que trata de este asunto y no de un programa de moral pura y dura, los califica como «negocios mundanos» en unas páginas exhaustivas, concisas y amenas por las que no pasa el tiempo.

Lo primero que explica es que la humildad nos da a conocer el límite de nuestra fuerza. Si podemos analizar en serio de qué somos capaces, caeremos en la cuenta de una serie de defectos que nos cuesta reconocer y que son los obstáculos para progresar en lo que emprendemos. Al mismo tiempo, ese realismo nos impide exagerar nuestras cualidades y pensar o actuar con un complejo de superioridad, siempre antipático. Añade Carlos Llano un detalle muy importante para poner en su sitio esta actitud de realismo: la humildad nos dice que no hay competencia pequeña. Conviene tener siempre un estado de alerta e incluso de admiración hacia el trabajo de los demás.

Balmes, en esta línea, plantea como dato relevante que quien tiene una actitud humilde en la vida diaria está abierto siempre a pedir consejo, no porque no nos fiemos de nuestra inteligencia, sino porque tenemos en mucho la de los demás.

Otra consecuencia positiva de quien trata de ser humilde es que esta virtud no nos deja creer que hemos llegado a la cumbre en ningún sentido, ni nos ciega hasta el punto de no ver lo mucho que nos queda por recorrer hacia delante y la ventaja que nos llevan otros.

Inmediatamente me vino a la cabeza una clase sobre estrategia de negocio que impartió en el Instituto Superior de Empresa y Moda de Madrid (ISEM) Enric Casi, director general de Mango, una de las empresas textiles que están triunfando en el mundo de forma espectacular. Ante el pasmo general del auditorio empezó diciendo que para dirigir una empresa se necesita tres cualidades claves: humildad, armonía y equilibrio.

Su razonamiento, avalado por su tono de voz, cercano y cálido, con claras muestras de autenticidad incluso en sus gestos y en su modo de desarrollar la exposición, convenció a todos. Si en una reunión de trabajo, explicaba, el jefe expone un tema de forma imperativa y antipática, dejando entrever que sólo él tiene capacidad para solucionar una situación o superar un reto, lo inmediato es que la gente desconecte de sus palabras y del tema que trata de esa forma tan arrogante. ¿Para qué discurrir si por lo que dice es él y sólo él quien ya tiene todo resuelto y decidido, la política a seguir? La consecuencia inmediata es convertir al público, sin habérselo propuesto, en pasotas, personas tipo robot que cumplirán un programa de forma mecánica, sin ilusión y sin el mínimo afán de superación. En su empresa, por el contrario, los empleados son quienes más iniciativas aportan a la plana mayor porque saben que siempre se les escucha. Es uno de sus mayores incentivos.

Según aquella lección magistral sobre cómo debe actuar un jefe, la base de la organización y del buen hacer de este modelo de negocio espectacular está en un código de conducta, que aplica premisas fundamentales al trabajo de cada día en los distintos departamentos. De cualquier forma, a todos nos zarandeó por dentro escuchar este planteamiento en una escuela de negocios especializada en gestionar empresas de moda. Parecía, incluso, un contrasentido, y sin embargo, al llegar al capítulo de resultados empresariales, quedó claro que la fórmula resultaba eficaz y producía excelentes beneficios.

Pocos días después de escuchar a este experto, un profesor del IESE -la escuela de negocios de la Universidad de Navarra en Barcelona- me pidió que participase como

jurado en una actividad sobre las empresas mejor conducidas. Me envió un dossier con las líneas generales de actuación, además de los objetivos y balances financieros de una serie de compañías importantes, con perfiles muy diversos. Lo estudié despacio antes de dar la opinión que me pedían, y saqué la conclusión de que la mayoría de empresas con mayor prestigio en nuestra tierra han incorporado a su filosofía ideas fundamentales de respeto al ser humano, de espíritu de servicio a la sociedad, de trabajo en equipo o de preocupación por los trabajadores no como colectivo, sino como individuos. En esta línea subyace, casi como una nota común, esa gran virtud de la humildad, necesaria en un jefe, que parte de reconocer que el respeto no es tratar a los demás como si fueran importantes, sino convencerse de que lo son.

Lo que más me impactó de aquella lectura fue lo que se decía en una de las memorias: «La empresa mantiene un código ético de conducta difundido internamente - armonía, afecto, humildad- que se extiende hasta la relación con los proveedores. Con estos últimos en particular, la empresa mantiene una estrecha relación, garantizando que existan unas condiciones de trabajo dignas en los centros de producción de países extranjeros. (...) La empresa se ha mantenido fiel a su espíritu original basando su gestión diaria en las relaciones humanas, el trabajo en equipo y la cultura del error bajo el lema de "las personas somos lo más importante"».

Con palabras parecidas se describen las líneas de actuación en los documentos de las restantes empresas: existe en la actualidad una nueva cultura mucho más humana, realista, consecuente con la idea madre de que la persona es importante, del valor inigualable de sumar el talento de todos los que forman un equipo. Stephen R. Covey, el sociólogo americano que está en la vanguardia de la popularidad por sus estudios sobre lo que entraña la gerencia y el liderazgo, tanto en la empresa como en la vida social o familiar, acude con mucha frecuencia a la humildad entendida como lo hacía la antropología clásica. En su libro *El liderazgo* afirma: «Si alguien asume roles y aspira demasiado alto como tributo a su vanidad y a su orgullo, se engañará gradualmente a sí mismo. Será zarandeado por las condiciones y amenazado por las circunstancias y por otras personas. Entonces se verá obligado a luchar para defender su falsa fachada. Pero si sabe defender la verdad sobre sí mismo, desarrollará un concepto más preciso sobre su propia persona».

Como resello de estas ideas, otro gran profesional, Sergi Arola, el cocinero que ha convertido su nombre en una poderosa marca en el terreno de la gastronomía, impartió

en la misma escuela de negocios, el IESE, otra conferencia sobre gastronomía y moda. El título era más amplio y hacía referencia a la diversificación del talento, que bien se podía aplicar a cualquier otro aspecto de la vida profesional, social o familiar.

Ante la sorpresa de propios y extraños -había algunos periodistas invitados a la clase-, este personaje hizo un elogio, perfectamente razonado, del valor de la humildad y de la confianza que nace de su mano, al apostar, explicaba sin arrogancia, por quienes trabajan con él. Son actitudes que dan fuerza a una personalidad que resulta muy atractiva porque él mismo baraja y asume aspectos importantes para saber ganarse a la gente, como la paciencia, la simpatía, la humildad, la generosidad, la comprensión, el respeto, la honradez o el compromiso. Modos de actuar con los que se debe afrontar el día a día de un trabajo, con sus altibajos y claroscuros, si se pretende sacar adelante una empresa, simple o compleja, con un equipo eficaz, inteligente y leal.

Confieso que me quedé muy admirada al escuchar a dos primeros espadas cantando loas de la virtud de la humildad, tantas veces marginada, porque se han hecho caricaturas injustas del hombre humilde como de un tipo apocado, sin garra, con cara de bobalicón y poco futuro.

Comte-Sponville explica en su Pequeño tratado de las grandes virtudes que «la humildad es una virtud humilde, que ni siquiera está segura de ser una virtud porque quien se vanagloria de ella demuestra simplemente que le falta». Nos tiene que hacer pensar el hecho de que se enseñe en las escuelas de negocios que este valor, que arranca del autoconocimiento, constituye una piedra basilar de un entramado poderoso.

Tenía verdadera gracia observar el contraste radical entre el aspecto externo de Arola, vestido con aire progre, que se define como cocinero de profesión, que se ha convertido en un auténtico showman, un personaje mediático muy vanguardista, y la hondura y la seriedad de lo que explicaba a los alumnos.

«La cualidad fundamental de un líder es la lealtad», les dijo. Para explicar la razón de su afirmación, comentó que un equipo que no es leal a unos principios establecidos no funciona. Ha de haber unos fundamentos sólidos que arrancan de los objetivos que nos marcamos todos al iniciar un proyecto; de las metas que nos proponemos en esas horas duras pero apasionantes en las que ponemos el listón demasiado alto, rayando en lo inasequible. Ésas son también, sin duda, las horas en las que se forjan personalidades fuertes, espíritus casi invencibles porque han entendido, y sobre todo aceptado como

pauta a seguir, que lo posible lo hace cualquiera y que lo verdaderamente valioso es tratar de conseguir un imposible.

Con esas premisas como punto de partida recalco que para trabajar con un equipo seguro no se puede separar la lealtad de la humildad. Cuando se ha alcanzado el éxito es muy bueno recordar las horas duras, el pánico y la impotencia que nos atenazaba por dentro, dando los primeros pasos, con un sentimiento extraño en el que se entremezclaban la seguridad de llegar a cumplir unos objetivos con la incertidumbre de lograrlo con pocos medios. Horas intensas superadas gracias a la claridad con la que veíamos la meta a la que queríamos llegar. Una vez pasados los difíciles tragos de los comienzos, de los créditos, del riesgo y las dudas, es fundamental saber dominar el momento del triunfo y del aplauso: hay que seguir adelante sin arrogancia, con un enorme respeto por la gente y haciendo un continuo autoexamen, conscientes de que el éxito mal enfocado te puede convertir en un imbécil y, como consecuencia, en un ser desgraciado e injusto con quienes han colaborado contigo para lograr ese éxito. De este modo, se desbarata en un soplo lo que se ha construido con tanto esfuerzo.

Somos seres absolutamente dependientes, primero de Dios, que nos mantiene en la existencia en cada segundo de nuestra vida, y casi en paralelo de quienes nos rodean. Lo dijo muy claro Ortega y Gasset con su famosa definición «Yo soy yo y mi circunstancia».

Con ejemplos muy de andar por casa, que son los que la gente no olvida, nos decía Arola que para vivir bien, en paz, tranquilo, él tenía un cierto código de conducta que cabe resumir así:

- Cada día, cuando me levanto, me pongo de buen humor porque al abrir el grifo de la ducha sale un buen chorro de agua. ¿Cómo no agradecer yo añadido a Dios y a quienes lo hacen posible materialmente- ese privilegio que sólo tenemos una pequeña proporción de habitantes del planeta? Lo agradezco y salgo contento a la calle.
- Cada mañana hago otra reflexión que supone un buen punto de partida importante a la hora de actuar y de tomar decisiones: soy un simple ser humano. Pido a los que conviven y trabajan conmigo que me lo recuerden. Es una fórmula infalible para vivir con la perspectiva justa, sin equivocarnos cayendo en el absurdo de creernos

superhombres.

- Disfruto al máximo de lo que tengo y de lo que me dan mi familia y mis amigos.
- Trato de acordarme de cómo pensaba cuando empecé con mi trabajo actual, para seguir siendo el mismo, es decir, para ser humilde hoy, en pleno éxito.

Lo que contaba de su restaurante, donde vuelca su mejor arte gastronómico con el máximo de esfuerzo e ilusión, lo podemos aplicar a lo que tenemos todos entre manos. «Cuando alguien, después de una cena en la que ha probado el menú más sofisticado, se deshace en halagos y te repite, como despedida, que eres el mejor y que no hay nadie capaz de repetir lo que tú haces, es importante rebajar a la mitad, por lo menos, eso que oyes y no pensar como un pavo real: "Tiene razón, conmigo se rompió el molde. Soy un crack". Ahora, si en una mesa -que de todo nos ocurre, un tipo con aspecto de no tener ni idea de lo que es la cocina de autor te llama para pedir explicaciones porque el sabor de aquel plato le parece infumable, y te suelta dos o tres impertinencias, no se te ocurra pensar, y mucho menos decir, que es un ignorante y que de tipos como él no se puede esperar otra opinión. Hay que agradecer las críticas de verdad y dar cancha a todos los clientes si quieres aprender cada día. Eso no es debilidad, sino la base de la fortaleza y de la capacidad de ir siempre a mejor, de enderezar el rumbo».

Es evidente que el éxito constituye un conglomerado de talento y esfuerzo, y, como está demostrado, se tiene que enraizar y sostener en una actitud de sencillez y humildad. Lo mismo que podemos dar fe de que la humildad no es apocamiento, sino el mayor estímulo y motor para la superación.

Es, en el fondo, la misma actitud abierta, llena de la verdadera sabiduría, que definió el gran papa Juan Pablo II en otro contexto muy diferente, después de rezar el Ángelus en la plaza de San Pedro el 4 de marzo de 1979. Le escuchaban cientos de personas de distinta raza y condición social, a las que les dijo: «La humildad es el rechazo de las apariencias y de la superficialidad; es la expresión de la profundidad del espíritu humano; es condición de su grandeza». Muchos siglos antes, san Agustín, otro de esos focos de luz que llenan de claridad al hombre de todos los tiempos, dejó escritos unos consejos que son, en definitiva, los que han hecho suyos la gente fuerte de estos primeros pasos del siglo xxi. En su sermón 69, afirma:

Si quieres ser grande, hazte pequeño; si quieres construir un edificio que llegue hasta

el cielo, piensa primero en poner el fundamento de la humildad. Cuanto mayor sea la mole que se trata de levantar y la altura del edificio, tanto más hondo hay que cavar el cimiento. Y mientras que el edificio que se construye se eleva hacia lo alto, el que cava el cimiento se baja hasta lo más profundo. El edificio antes de subir se humilla y su cúspide se erige después de su abajamiento.

## La huella de 2005

El martes 19 de abril de 2005 a las 18.48 horas, Joseph Ratzinger apareció en la logia exterior de la basílica de San Pedro para saludar a la multitud que llenaba la plaza y dar su primera bendición urbi et orbi, convertido ya en Benedicto XVI. Antes, con voz pausada y entrecortada por una emoción sutil pero real, pronunció unas palabras breves que de inmediato aparecieron en todos los periódicos, y como recuerdo en imágenes y estampas de las que acosan al peregrino que llega a Roma:

Queridos hermanos y hermanas: después del gran papa Juan Pablo II, los cardenales me han elegido a mí, un sencillo y humilde obrero de la viña del Señor. Me consuela el hecho de que Él sabe trabajar y actuar incluso con herramientas insuficientes y, sobre todo, me confío a vuestras oraciones...

A partir de esa hora se empezó a repetir un comentario unánime: «¡Qué humilde es este hombre!». Un cardenal alemán que había pasado buena parte de su vida al frente de la Congregación para la Doctrina de la Fe, al que se le habían colgado una serie de tópicos (como el de «cardenal de hierro»), dejó a medio mundo descolocado. Quienes viven de espaldas a la verdad le temían por su fortaleza, por su inteligencia, por su amor radical a la verdad, por su capacidad en todos los terrenos. «Hay que remontarse a santo Tomás de Aquino -me dijo un periodista que vive y trabaja en Roma- para encontrar una inteligencia tan lúcida». Es lo que están repitiendo quienes han tratado de cerca de este nuevo pontífice. Es imposible encontrar una cabeza de esta categoría, con esta preparación y tantas cualidades.

Y, sin embargo, en aquel primer momento, enmarcado por la grandiosidad de la columnata de Bernini, con la fachada de San Pedro al fondo, Benedicto XVI aparecía frágil, casi indefenso, con su chaqueta de punto negro debajo del atuendo pontificio, improvisado para su primer saludo oficial, como pidiendo perdón al mundo porque había sido elegido como sucesor de un personaje de la talla de Juan Pablo II. Al mismo tiempo

(«la humildad es la verdad», como dejó esculpido la santa de Ávila), en ese ademán se traslucía una fuerza sobrenatural, la solidez de la roca, de quien se sabe en manos del Todopoderoso, de quien prometió a orillas del Tiberíades, hace poco más de veinte siglos, que sobre esa piedra del papado se levantaría la Iglesia, y las puertas del infierno no podrían nunca contra ella. Dos mil años de historia lo han demostrado y este nuevo sucesor del pobre pescador de Galilea lanzaba un mensaje cargado de esperanza y de amor a todos los hombres durante la Misa de su entronización, el 24 de abril de 2006. Tomo algunas de sus ideas:

... Queridos amigos: en este momento no necesito presentar un programa de gobierno, (...) no faltarán otras ocasiones para hacerlo. Mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad, no seguir mis propias ideas, sino ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por Él, de tal modo que sea él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia.

Después de explicar el significado de los símbolos con que había sido investido, se centró en su gran preocupación por la humanidad, por el hombre, que le ha sido confiada en esta hora de la historia:

La santa inquietud de Cristo ha de animar al pastor: no es indiferente para él que muchas personas vaguen por el desierto. Y hay muchas formas de desierto: el desierto de la pobreza, el desierto del hambre y de la sed; el desierto del abandono, de la soledad, del amor quebrantado. Existe también el desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre. Los desiertos exteriores se multiplican en el mundo, porque se han extendido los desiertos interiores. Por eso, los tesoros de la tierra ya no están al servicio del cultivo del jardín de Dios, en el que todos puedan vivir, sino subyugados al poder de la explotación y la destrucción. La Iglesia en su conjunto, así como sus Pastores, han de ponerse en camino con Cristo para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud.(...)

En el párrafo final de esta homilía interrumpida por aplausos en más de veinte ocasiones, el nuevo jefe de la Iglesia católica pide ayuda de forma humilde y entrañable:

Queridos amigos, en este momento sólo puedo decir: rogad por mí, para que aprenda a amar cada vez más al Señor. Rogad por mí, para que aprenda a querer cada vez más

a su rebaño, a vosotros, a la Santa Iglesia, a cada uno de vosotros, tanto personal como comunitariamente. Rogad por mí, para que, por miedo, no huya ante los lobos. Roguemos unos por otros para que sea el Señor quien nos lleve y nosotros aprendamos a llevarnos unos a otros.

En menos de un año Ratzinger, con una personalidad opuesta a la de su antecesor y sin hacer el mínimo intento de emularle, se ha ganado el respeto y la simpatía de creyentes y no creyentes. Ha removido a líderes de otras religiones, a jefes de Estado de países no cristianos y a muchos críticos implacables, hasta ahora, de todo lo que llegara del Vaticano.

[Recojo, por ejemplo, unos párrafos muy significativos de un gran escritor, Francisco Umbral, del que conocemos muy bien su ideología, ya que él no la esconde ni se disfraza. Dice lo que piensa, y ha escrito lo siguiente':](#)

El papa Benedicto XVI pide un nuevo orden mundial con relaciones económicas justas. Todos los grandes de la Tierra han coincidido este año en darle a la Navidad una preocupación colectiva por el reparto justo de la riqueza planetaria, que cada día es más pero se reparte menos. Ratzinger, un Papa bajo la lluvia, abrió en Navidad una ventana desesperada para entrar en contacto con el pueblo. [...] Desde el día que le nombraron viene uno escribiendo sobre Ratzinger, el Papa intelectual que ha descendido a las claves secretas de la economía para ayudar a los hombres. [...] El papa Ratzinger, intelectual, nos ha recordado que los intelectuales de verdad no son sabios distraídos sino los hombres que más se acercan a la realidad pavonada de las cosas. [...] Sabíamos desde su nombramiento que este hombre inteligente no necesita parecer sublime. Le basta con abrir una ventana a la lluvia en la tarde vaticana para tener a su gente más cerca, más conmovida, como una postal familiar y apresurada.

Días antes, el 22 de diciembre, en un discurso a la curia romana para felicitarles la Navidad, el Papa hizo un resumen del año 2005 con el que nos deja de nuevo la impronta de esa humildad, que le llena de fortaleza y que tanto está removiendo a un mundo empeñado en dar la espalda a unos valores trascendentes, que son los únicos capaces de hacer a este planeta un poco más humano. Así empezó el Santo Padre:

Volvamos con el pensamiento a las vicisitudes del año que llega a su ocaso. A nuestras espaldas quedan los acontecimientos que han marcado profundamente la vida de la Iglesia. Pienso ante todo en el fallecimiento de nuestro querido papa Juan Pablo II, precedido por un largo camino de sufrimiento y de paulatina pérdida de la

palabra.

Para terminar un largo discurso impregnado de doctrina y de fuerza intelectual, les recuerda lo que guarda en su interior sin olvidarse un segundo:

Por último, ¿tengo que recordar aquel 19 de abril de este año, en el que el Colegio Cardenalicio, ante mi pequeño susto, me eligió sucesor del papa Juan Pablo II, sucesor de san Pedro en la cátedra del obispo de Roma? Una tarea así estaba mucho más allá de todo lo que habría podido imaginar como vocación mía. Por eso, sólo gracias a un acto de confianza en Dios pude pronunciar mi «sí» a esta elección. Al igual que entonces, os pido también hoy a todos vosotros oración, pues cuento con su fuerza y apoyo. Al mismo tiempo deseo dar las gracias de corazón a quienes me han acogido y me siguen acogiendo con tanta confianza, bondad y comprensión, acompañándome día tras día con su oración [...].

Cuando repaso este capítulo me hace sonreír, y también recapacitar en el valor de esta virtud, la variedad de ejemplos que me han venido a la cabeza para tratar de explicar de qué trata. Todas ellas son, sin duda, personas extraordinarias, marcadas a fuego por una actitud de humildad que, como dice el proverbio árabe, «es el hilo con el que se encadena la gloria»; un hilo que, con la práctica de uno y otro día, se vuelve una maroma irrompible, capaz de arrastrar por lo que supone de integridad, honradez y sencillez a la hora de actuar, a quienes les siguen de cerca. Esta humildad recia y sincera es, sin duda, la enorme fortaleza de los débiles; de cualquier persona inteligente, consciente de su realidad más profunda, de la fragilidad de su naturaleza humana y de que todo lo que tiene de valioso se lo ha dado Dios para que lo multiplique -la famosa parábola de los talentos-, y sabe que está llamada a una vida de plenitud y hace un continuo alarde de superación y de apoyarse en un objetivo: su vida tiene una dimensión que trasciende lo inmediato.

No pienso sólo en los grandes emprendedores, que sin duda nos dan un ejemplo admirable, ni en personajes sabios y santos que han escrito páginas brillantes en el libro de oro de la historia. Me viene a la cabeza un sinfín de seres anónimos, de los que nunca salen en los medios de comunicación pero que por su vida noble, su buen humor, su sentido del deber, su tolerancia, su esfuerzo y su capacidad para trabajar en equipo sacan adelante formidables imperios económicos, proyectos docentes y de investigación espectaculares y familias fuertes, unidas, sólidas, que una a una son la mejor garantía del bienestar moral de una sociedad y del futuro de la humanidad. Todos esos logros son

siempre la suma de tantos y tantos que paso a paso han hecho realidad un gran proyecto. Se comprende así que Cervantes, ese genio de nuestra literatura que colocó a la virtud de la humildad en la base de todas las demás, lo explicara perfectamente cuando afirmó: «Tal vez en la humildad suelen hallarse los regocijos más aventajados».

# 5

## FIDELIDAD

### La solidez de un compromiso

**E**n los países del mundo occidental, llamados del primer mundo, la Bolsa ha adquirido, en los últimos años, un papel destacado. Hasta hace poco tiempo los accionistas de las grandes multinacionales eran hombres de negocios, serios, encorbatados y con un sello característico que casi los uniformaba en sus idas y venidas por Wall Street o la City londinense. En la actualidad, quienes invierten en Bolsa pertenecen a un abanico social mucho más amplio y variado e, incluso, mucho más inexperto. Algunos valores dependen exclusivamente de la especulación, de la rapidez de los corredores y de la oportunidad con que se adquieren o se venden las acciones. Con los vaivenes del dólar, el euro o el yen, una buena operación puede dar al traste con las mejores expectativas.

En el mundo de los valores que configuran la vida humana también existen alzas y bajas, modas y caídas bruscas. Sin embargo siempre permanecen, contra viento y marca tantas veces, unas pautas que, hoy y dentro de un siglo, se considerarán propias de una actuación digna del hombre. Ser gente honrada, trabajadora, leal, simpática, abierta o generosa son algunos de esos parámetros estables, casi podríamos decir clásicos, que nunca pasan de moda y por los que entonaríamos un réquiem si los viésemos desaparecer en nuestro entorno. ¿A quién le molesta tener cerca a un personaje con ese tipo de cualidades? ¿Quién no se echa a temblar si sospecha que alguien a su lado desconoce, o lo que es más peligroso, se ríe de ese tipo de convicciones?

Pese a esta realidad, en este año 2006 que hemos estrenado con una mezcla de petardos y silbidos, hay dos valores que se consideran fundamentales para ser felices: la fidelidad y la lealtad. Por desgracia, no se encuentran entre los valores que cotizan en

Bolsa, sino bastante maltratados en «la democrática rue», que decía un castizo. Si nos fijamos de las estadísticas que lanzan a bombo y platillo en los medios de comunicación, hay un dato tristemente expresivo: el número de divorcios exprés, o no tan vertiginosos, sazonados -si no enaltecidos- por algunos programas del corazón que suben de audiencia al ritmo de los cambios de pareja, son un verdadero y triste canto a la infidelidad, la deslealtad y, en una palabra, a la frivolidad más absoluta que raya en la imbecilidad y en la carencia de algo fundamental: el sentido de la propia dignidad. En ninguno de esos programas cuentan la verdad de la situación, ni la otra cara de la moneda, que arranca de las tensiones que sufren antes de esa ruptura quienes se prometieron un amor fiel «hasta que la muerte nos separe» en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, en la pobreza y en la riqueza, y que de pronto, porque se cruza una rubia en el camino, o porque ella ha decidido liberarse de los compromisos adquiridos y hacer su vida, convierten en una verdadera tortura la convivencia y la relación que siempre había sido un rincón del paraíso perdido.

No resulta fácil mantener un sentido del compromiso serio, de lealtad incondicional, en los distintos ámbitos de la vida, desde el entorno familiar al profesional, y que llega a su cima el día que un hombre y una mujer pronuncian ante Dios esa promesa de fidelidad «hasta que la muerte nos separe»; nadie debería, creo yo, pronunciarla si tiene en su ánimo la perspectiva de una segunda, tercera o cuarta oportunidad. En épocas de tanto cambio absurdo y disparatado en temas tan fundamentales, no estaría de más una fórmula para insustanciales que no creen en nada ni en nadie, con la que después no se sentirían defraudados: «Fulanito, prometo quererte hasta que nos separe un tío más guapo, más forrado, más inteligente o más dispuesto a hacer lo que yo quiera», a lo que él contestaría, sin necesidad de mirarla a ella a los ojos: «Te aguantaré sólo si tienes un hijo que se parezca a mí, por supuesto cuando nos venga bien y no nos fastidie esas vacaciones en el Caribe que nos pueden tocar en una rifa, o si nunca me llevas la contraria, o si nunca se cruza en mi camino la mujer que te sustituirá cuando se me pase esta pasión incontrolable».

No hago ciencia ficción ni exagero un mínimo. Basta echar una ojeada a las últimas páginas de cualquier periódico, «acorazonadas» y entontecidas al máximo, o a los distintos programas basura de la televisión para encontrar una serie de fórmulas alternativas a la verdadera fidelidad y hombría de bien, de quien es capaz de mantener un sí con todas sus consecuencias. Y, después, pocos se atreven a asumir que el resultado de esa frivolidad son las mil y una situaciones dramáticas que nos rodean y nos quieren

vender como el colmo de la modernidad.

La mentalidad en la que estamos inmersos se construye en base a una serie de tópicos y postulados de corte existencialista que exaltan y confunden la libertad, ese gran regalo del cielo, con lo que nada tiene que ver con ella. La primera consecuencia es que la presentan como algo incompatible con la lealtad a unos compromisos adquiridos, sagrados en algunas ocasiones.

Es evidente, pese a las corrientes mayoritarias que lo sustentan, que este planteamiento superficial de la fidelidad, entendida como lealtad a unos vínculos adquiridos, arranca de una consideración equivocada del ser del hombre y de la esencia de su libertad, que se ejercita para asumir voluntariamente determinados compromisos. La dignidad de esos vínculos determina el valor de la libertad que los ha hecho posibles.

Los grandes pensadores, también los de nuestro tiempo, coinciden en que la exaltación de la libertad exige la correspondiente valoración de la fidelidad. Gabriel Marcel, por ejemplo, llega a establecer la exigencia radical de fidelidad como fundamento de la auténtica existencia. En Estados Unidos se levantó, no hace mucho tiempo, una gran polémica en los medios de comunicación sobre la importancia de la lealtad y de la fidelidad. Algunos políticos vieron peligrar su prestigio y ... sus votantes, y fueron acusados por los medios de falta de lealtad a la nación por evitar hacer el servicio militar -era el tiempo de la guerra de Vietnam- o por incumplir sus compromisos conyugales con alguna aventura extramatrimonial. El revuelo de la prensa americana es un reflejo del valor objetivo de la fidelidad que, pese a estar bastante maltratada, no desaparece como ideal de vida en el común de los mortales.

La lealtad se sigue considerando un triunfo de la coherencia, de la personalidad, de la madurez y de la fortaleza frente a las crisis que se presentan inexorablemente a través del tiempo. Esa postura, difícil pero admirable, es una afirmación de la grandeza del hombre, capaz de sostener su adhesión a una amistad, a un jefe o a un amor por encima de las dificultades. «El sentido común -escribe el filósofo francés Thibon- sitúa espontáneamente la fidelidad entre los valores humanos más elevados».

En uno de mis últimos viajes a París, después de recorrer museos, exposiciones, librerías y escaparates, me quedé pasmada frente al cartel de un quiosco con la portada de una de las revistas de mayor éxito dedicadas a la mujer, Madame Figaro. Eran aquellos años cercanos al cambio de milenio. A bombo y platillo daban la noticia más

positiva y, según se mire, inesperada de una época compleja: «La fidelidad está de moda». Un artículo titulado «Fiel toda la vida. Un 80 por ciento de franceses dicen que sí» recogía las conclusiones de una encuesta en las páginas centrales del semanario. La compré con verdadera curiosidad y con cierto susto de que fuese una tomadura de pelo, de que en el interior me encontrara con una información de signo opuesto. Nunca di un mayor patinazo en mis suposiciones.

En las mencionadas páginas se repetía el mismo titular y, bajo él, un largo sumario que lo aclaraba: «La fidelidad, esta virtud que creíamos devaluada, la viven los franceses con fuerza y con inteligencia. Y los más jóvenes son los máximos defensores de esta virtud. Es un hecho que nos reconforta». Quien escribía el artículo no era un periodista romántico, un pobre soñador que se saca de la manga una tesis para llamar la atención, ni un poeta arruinado, ni un cura de pueblo buenísimo que confunde la vida real con lo que él quisiera para sus feligreses, ni un pensador idealista de los que viven encerrados en su propio mundo sin enterarse de lo que ocurre en el planeta tierra... No. El autor del artículo era un académico, Francois Nourrisier, que con los resultados de la encuesta en la mano nos daba su punto de vista: «Una pareja fiel es una pareja que ha triunfado». Y explicaba su tesis con un párrafo cargado del pensamiento racionalista y cartesiano propio de nuestros vecinos, así como de una buena dosis de profundo sentido común:

La fidelidad no es algo que se pueda imponer. Es un estado de ánimo, una salud mental, una pendiente que hay que recorrer con el esfuerzo de subirla cada día. La fidelidad es más difícil pero tiene un atractivo mucho mayor que las promesas que no se cumplen. Una pareja fiel es una pareja que ha triunfado, un papel mucho más agradable para jugar que el de la pareja que ha fracasado. La fidelidad comprende lo grande y los detalles, lo estable y lo pasajero, el tiempo y las anécdotas. Por la fidelidad se da la batalla a largo plazo y en las alturas, allí donde se sobrevuelan las turbulencias y las nubes. Y no es que haya llegado la hora de parejas insensibles, atemorizadas o sin problemas. ¡No! La fidelidad es prometer al otro que se tendrá la fortaleza de superar juntos las crisis y las dudas, la salud y la enfermedad, la juventud y la madurez.

Por eso la fidelidad, con el correr de los años, encierra todo un conjunto de valores, una aventura mucho más humana y atractiva que otras aventuras más fáciles y al alcance de cualquiera.

Richard Capen, diplomático y periodista, fue embajador de Estados Unidos en España en los años noventa, y después director del Miami Herald. Bajo su mandato el

periódico consiguió cinco premios Pulitzer. Era un hombre encantador, quizás el prototipo de los americanos abiertos y comunicativos. Conservador pero sin imposiciones ni fanatismos, gran conversador y enamorado de nuestra tierra, nunca dejó de recordar el protocolo de su primer encuentro con el rey Juan Carlos, junto a la sencillez y la forma campechana con la que le había recibido. La verdad es que trataba a quienes le conocimos durante su estancia en Madrid como si todos fuésemos parte de esa gran familia que le acogió el día en que presentó sus credenciales en el Palacio Real.

Cuando volvió a su tierra escribió algunos libros. En todos ellos latía su empeño por inculcar y transmitir a los lectores lo eficaz y positivo que resulta defender, personal y socialmente, los valores que han hecho grandes a esos hombres que él había conocido a lo largo de su vida y a los países que él admiraba. Carecía de complejos y podía decir con claridad lo que pensaba, porque sabía exponer las razones con una sonrisa que las hacía atractivas. Después de una cena en la embajada de Madrid, sentados en uno de aquellos salones, se planteó la gran cuestión de la fidelidad en torno a la familia. Poco tiempo después, ya de vuelta a su país publicó el libro *Finish strong*; hojeándolo encontré el mejor resumen de nuestra tertulia de años atrás. Recuerdo muy bien, entre quienes formaban aquel grupo, al doctor entonces en los últimos meses de su vida, que con su mente lúcida fue uno de los que aportó al debate las ideas más inteligentes.

¿Qué opinarían hoy los contertulios, cuando además de tener hace años aprobada la ley del divorcio se ha impuesto la fórmula exprés, y se ofrece por internet la posibilidad de divorciarse sin complicaciones legales, por menos precio y menos pegos que quien quiere comprarse unos zapatos de lujo que hay que cuidar para que se acoplen perfectamente a tus pies? ¿Es que nadie piensa en los destrozos de esa ruptura, por más que se repita que es cosa de dos, en quien sufre la injusticia? ¿Y en los hijos, cuando los hay, que en la mayoría de los casos van a quedarse con heridas muy serias en el alma?

Aseguraban Vallejo-Nágera y Richard Capen que los compromisos más importantes que puede adquirir un hombre en su vida son dos: con Dios y con nuestra pareja, por la vía del matrimonio. Pese a que a muchos les asusta dar testimonio de su actitud de respeto al Creador, hay una mayoría que vive de acuerdo con esa ley eterna.

Comentaba el embajador, y recojo sus palabras, que dejó por escrito, que veía con verdadera tristeza que el compromiso en el matrimonio estaba perdiendo fuerza:

Yo vengo de una familia rota, conozco lo que hace sufrir el divorcio y no se lo deseo

a ninguno, aunque mantengan la postura de que su matrimonio no funciona. Me duelen las estadísticas sobre el divorcio y me alegro por ese tanto por ciento que no sale en los periódicos, pero que se mantiene fiel a su compromiso sorteando las distintas situaciones, algunas muy difíciles, de la vida en común. Son gentes que siguen adelante, porque creen que son capaces de mantener el compromiso que hicieron un día. Por ese motivo noble, que entraña un empeño de lealtad, superan las diferencias, olvidan los choques y su relación se afianza.

Capen terminaba ese capítulo diciendo que soñaba con enseñar a sus hijos dos aspectos fundamentales para su vida: honrar a Dios y, muy relacionado con lo anterior, enfrentarse al matrimonio como un compromiso de por vida. «Estoy convencido de que una gran parte de nuestros problemas sociales y personales, tantas veces dramáticos, desaparecerían en el mundo».

Algunas historias que valen la pena

Son muchos y muy variados los testimonios positivos, algunos extraordinarios, que he recogido a lo largo de mi vida como periodista y otros que he conocido en mi entorno familiar, profesional y de amistades dentro y fuera de España.

Uno de ellos, muy positivo, corresponde a Marie-Chantal Miller, casada con el príncipe Pablo de Grecia, una de las mujeres que nunca falta en las listas de las más elegantes y mejor vestidas del mundo. Lo que no se suele añadir a estos detalles externos y válidos es que a veces, como en este caso, la elegancia no procede únicamente de lo que alguien se pone encima del cuerpo, sino que, más bien, cuando se es noble por dentro, se refleja hacia fuera.

Pasé una mañana con esta pareja en su casa de campo, cerca de Nueva York, en el estado de Connecticut, en una pequeña ciudad -Greenwich- rodeada por una naturaleza extraordinaria. Marie-Chantal y yo charlamos durante un par de horas y de pronto el príncipe Pablo, que estaba «haciendo de nannie» ese fin de semana, nos preguntó con enorme sencillez si no nos importaba que se quedara con nosotras durante la entrevista. «Me parece fenomenal que nos acompañe -le dije-, pero con una condición: que tome parte en la conversación. Me gustaría que nos contaran entre los dos cómo y dónde se conocieron, y sobre todo sus proyectos para el futuro, sus puntos de vista sobre la fidelidad y los valores que piensan inculcar a sus hijos».

Fue ella quien empezó:

Todo tiene que ver con los valores tradicionales en los que me educaron. Mi familia está muy unida, nos educaron con un sentido del deber, de los valores morales. Pienso que es muy parecida a la familia de mi marido, que son una familia numerosa, y con esos mismos principios.

En efecto, el Príncipe nos contó que sus padres, reyes en el exilio, les habían inculcado «una gran responsabilidad por lo que representamos, en la misma línea de los valores en la que hemos sido educados, de cumplir siempre con nuestro deber y, sobre todo, lo que supone el compromiso adquirido de ser un buen padre, tener una familia unida y mantener las tradiciones. Pero, al mismo tiempo, tratamos de vivir una vida muy normal. Yo trabajo mucho. Este verano, por ejemplo, no hemos podido irnos de vacaciones. Paso muchas horas en el despacho, aunque en cuanto puedo me voy a casa para estar con mi mujer y Jugar con mis hijos. Hay en el mundo una carencia de valores morales. Por eso tenemos esa ilusión de transmitirlos no sólo a nuestros hijos, sino a cuantos más podamos».

Vale la pena añadir que los príncipes de Grecia, casados hace varios años, forman una pareja no sólo sencilla, normal y abierta, sino que llama la atención ver cómo están de enamorados y cómo se admiran el uno al otro. Ante esa evidencia, que constituye la aspiración de tantos matrimonios de su edad, les pido que me den su fórmula. Nuevo cruce de miradas para decidir quién de los dos se lanza a contarme el porqué de su felicidad. Es el príncipe Pablo quien, con sencillez y cierta timidez, porque no quiere «sentar cátedra», afirma:

Yo pienso que son dos cosas. Un sentido muy profundo de que el matrimonio es un compromiso, que hay que procurar que sea para toda la vida, y que se mantiene a base de dar y recibir. Todos los días y en todo momento. Es una tarea a conseguir entre los dos. Uno tiene que ceder en una cuestión y el otro en la siguiente. O hay que saber cuándo es mejor callarse y quitarse de en medio, o lo contrario. La única manera de tener éxito es quererse. Hay que estar enamorados.

Dando un gran salto en el tiempo y en el espacio, recuerdo a un personaje que quizás es quien me ha dado la mayor lección de fidelidad de mi vida. Un escritor de Valladolid, ganador de los máximos galardones que se otorgan en España: el Premio Nadal en 1948 por *La sombra del ciprés es alargada*, el Príncipe de Asturias en 1982, el Premio de

Literatura en Lengua Castellana Miguel de Cervantes en 1993 o el premio Nacional de Literatura en 1999. Hablo de Miguel Delibes.

El día que le conocí me había invitado a celebrar su medio siglo de vida. Estaba rodeado de su mujer y sus siete hijos. Ya entonces, dentro de su austeridad de castellano de pro, pude intuir que sin su mujer, Ángeles, no sería capaz de hacer nada de lo que hacía, ni en su trabajo ni en el empeño por educar y sacar adelante a su prole. Cuando en un momento pude hablar a solas con ella, comprendí que esa admiración mutua era el entramado en el que se estaban forjando los caracteres de sus hijos gracias a una pareja especial. Me dijo que lo que más valoraba en su marido era su espíritu joven, su comprensión y su tolerancia, su gran humanidad. «Es un enamorado de la libertad y del ser humano, de su familia y de sus hijos».

Poco tiempo después, aquel matrimonio se rompió por uno de esos designios de Dios que tanto nos cuesta aceptar. Aquella mujer, alma de la casa, al morir muy joven dejó un dolor y un vacío irremplazable que este escritor nos permitió entrever en su libro Señora de rojo sobre fondo gris, que remueve las últimas fibras del alma. Más si se conoce el fondo de amor y fidelidad que inspiran cada una de esas palabras. ¡Qué bien se puede aplicar aquella máxima de que la fidelidad es la virtud de la memoria y también la memoria como virtud!

La historia es la siguiente. Un prestigioso pintor, sumido en una grave crisis creativa, va hilando ante su hija sus recuerdos más íntimos en un monólogo que es, a la vez, homenaje y exorcismo. Su relato, que intercala diversas anécdotas de su vida, se centra en dos acontecimientos ocurridos durante el verano y el otoño de 1975: la detención de dos de sus hijos por motivos políticos y, fundamentalmente, la enfermedad y muerte de su mujer, Ana, a los cuarenta y ocho años de edad. Desde su rara capacidad para iluminar la pesadumbre de la existencia, Ana contagiaba una sensación de belleza y plenitud que había cobrado su verdadero alcance sobre el fondo gris de lo cotidiano y los sinsabores de la enfermedad.

Con su bellísima y limpia calidad de escritura, Miguel Delibes nos sumerge en la pasión mediante un delicado ejercicio de clasicismo, nos emociona desde la contención, convirtiendo el retrato resultante de las pinceladas de la memoria en una singular lección de vida. Acaso el misterio literario que nos mantiene seducidos a lo largo de estas páginas radique en su sabiduría para mostrar la vinculación de la creación artística al

amor, hasta el punto de que nos obliga a preguntarnos si el arte es fruto del azar o de la voluntad. Historia de un amor en carrera desenfrenada hacia la muerte, y sobrecogedora semblanza de un personaje femenino, Señora de rojo sobre fondo gris es una profunda lección de humanismo y madurez artística que sólo un escritor de la talla de Delibes podía ofrecernos.

Podría contar otras muchas historias de amor fiel y recomendar magníficas obras de teatro que lo han escenificado a lo largo de los siglos, de poesías que lo han definido con palabras sublimes, de novelas que nunca olvidaremos por la carga de amor apasionado que transmiten, o de películas que llevan a respirar hondo y a vislumbrar que aún nos queda un rayo de luz en el horizonte. No puedo negar que, frente a todo ese panorama positivo y muy atractivo existe otro en el extremo opuesto, aunque quizás lo más destructivo sea el aire de naturalidad con el que se exhiben las rupturas y los escándalos de los mal llamados «famosos» en algunos medios, junto a cifras y estadísticas que producen un escalofrío. En este terreno, más que en ningún otro, la noticia se ha convertido en la mala noticia, y podemos tener la impresión de que la deslealtad, unida a la frivolidad, ahogan o marginan el valor incalculable de la fidelidad. Yo mantengo que, pese a las turbulencias por las que atravesamos en esta hora de la historia, hay infinidad de parejas que, como los aviones que cruzan el océano en plena tormenta, en los momentos de crisis -incontables en la inmensa mayoría de los matrimonios- siguen las instrucciones, es decir, las consecuencias de aquellos compromisos que libremente aceptaron un día: se abrochan el cinturón, aguantan firme el temporal y esperan sin tomar decisiones drásticas a superar los baches de la atmósfera. Un buen piloto me aseguró, en cierta ocasión, que es muy remoto el peligro de accidente en uno de esos vuelos tan movidos, por muy terribles que nos parezcan; al parecer, es mucho más temible el imprevisto en un mal despegue o en un aterrizaje forzoso. A mí este símil me ha ayudado a recapacitar.

Frente a quienes rechazan como un imposible esa capacidad de mantener un promesa de fidelidad con el correr de la vida, o los que se preguntan cómo mantener su promesa de ayer si hoy ya no son el mismo, Montaigne contesta que la fidelidad es el verdadero fundamento de la identidad:

El fundamento de mi ser y de mi identidad es puramente moral: se encuentra en la lealtad que me he jurado a mí mismo. No soy el mismo de ayer; sólo soy el mismo porque me reconozco como el mismo, porque asumo como mío un cierto pasado y

porque en el futuro espero seguir reconociendo mi compromiso presente como mío.  
(Montaigne y la philosophie).

Quien en el lenguaje común equipara la fidelidad al amor fiel no se equivoca, porque ser fiel al odio o al rencor es algo absolutamente contrario a esta virtud que se puede ejercitar en innumerables ámbitos, en especial tres: el pensamiento, la moral y el mundo de la pareja. Porque, en definitiva, ¿qué es la filosofía sino una fidelidad extrema al pensamiento?

# 6

## COMPASIÓN Y COMPRENSIÓN

### Misericordia en el día a día

**M**e gustó la definición de El libro de las virtudes de William J. Bennett que, al hablar de la compasión, decía que es

la virtud que toma en serio la realidad de otras personas, lo más íntimo de su vida, lo que les ocurre por dentro y no se ve, sus emociones y, por supuesto, sus circunstancias exteriores y patentes. Es una disposición activa hacia el compartir, hacia la compañía capaz de apoyar una situación en la desgracia o en el sufrimiento.

Fue el Creador quien sembró la semilla de la compasión en nuestra naturaleza humana. Estamos hechos a su imagen y semejanza. Dios es Amor, como se definió a sí mismo, y no lo hizo con palabras que se lleva el viento de la historia sino que, hecho hombre en jesucristo, nos enseñó con su propio ejemplo, llevado a extremos jamás repetidos en la historia, que «no hay amor más grande que el que da la vida por sus amigos».

Esa realidad antropológica, innegable, pese a todas las desviaciones, incongruencias y disparates que podamos llevar a cabo los hombres a lo largo de los siglos, son tan evidentes que filósofos y pensadores de todas las creencias han hablado de esa característica tan valiosa de la compasión que sólo encontramos en el hombre entre todos los seres creados. Así lo recoge Bennett citando a dos pensadores. «David Hume explicó que hay cierta benevolencia, aunque sea pequeña, infusa en nuestro interior, un destello de amistad hacia la humanidad, la paloma entre el lobo y la serpiente». Y su contemporáneo Rousseau lo remata diciendo que «la compasión es un sentimiento natural que, al moderar la violencia del amor propio en cada individuo, contribuye a la

preservación de todas las especies. Es la compasión la que nos urge, sin darnos apenas tiempo a la reflexión, a echar una mano a quienes están en una desgracia».

Por suerte, esta visión del siglo XVIII vuelve a estar de moda. Los psicólogos modernos, que estudian la conducta humana desde el inicio de la vida, nos han hecho recapacitar en el hecho de que los niños no distinguen entre sus propias penas y las del resto. Si un niño llora en una guardería, inmediatamente contagia al resto y todos a una forman un coro de llanto solidario insoportable pero lleno de ternura.

La compasión es un impulso interior que nos lleva a sentirnos embarcados en la misma dirección con los más cercanos y con quienes inexplicablemente están en las antípodas, muchas veces en condiciones infrahumanas. La convicción de que tenemos un deber con estas personas desfavorecidas es lo que mueve a tanta gente a la solidaridad. Es un sentimiento, en definitiva, que nos lleva a ver a nuestro prójimo como a otro yo que se encuentra enraizado en el corazón y en la conciencia moral de todo hombre.

No es fácil separar estos dos valores: la compasión, ese «padecer con», y la comprensión o empatía que nos ayuda a entender mejor a quienes actúan de forma equivocada, anormal o, simplemente, fuera de contexto tantas veces, porque el ir y venir de su existencia les ha zarandeado hasta hacerles comportarse de forma cerril, brutal o degradada. Pienso que son una buena pareja difícil de separar aunque cada una tenga sus matices.

«El placer más noble es el júbilo de comprender». Esta afirmación se atribuye a Leonardo da Vinci, uno de los genios de la humanidad. Además de demostrar sus cualidades humanas extraordinarias plasmadas en obras de arte inmortales y en sus inventos geniales en todos los ámbitos del saber científico, nos dejó una forma de ver y vivir la vida con la que se adelantó años y años a los hombres de su tiempo.

«Uno se cansa de todo menos de comprender», había dicho ya Virgilio en esa misma onda de pensamiento en uno de los versos de la Eneida. Y Epicteto remató estas ideas con una consideración no sólo válida sino urgente y necesaria en este año 2006, cuando las noticias son casi siempre malas noticias que nacen, tantas veces, de la incompreensión, de la intolerancia cerril, del rechazo de quienes no piensan como uno o incluso de quienes están equivocados. «No tengas sólo piedad de los ciegos y de los tullidos; tenla también de los malvados, que tienen la desdicha de ser inválidos del espíritu», escribió aquel filósofo griego que, si viviese en este principio del tercer milenio, no daría crédito

a lo que ocurre en nuestro planeta. Pero pongo la mano en el fuego, y apuesto doble contra sencillo, a que seguiría dando el mismo consejo de sentir verdadera lástima por quienes han caído en una serie de aberraciones que les autodestruyen como personas.

Aunque la comparación nos dé cierta repugnancia, esos intolerantes y violentos son como niños que escupen al cielo en un alarde de hombría y en pocos segundos se encuentran con el escupitajo en plena cara. ¡Pobres desgraciados, tendríamos que decir, no de quienes no piensan como nosotros, sino de tantos que se empeñan en provocar actitudes irracionales, que dan la impresión de tener como objetivo prioritario el destruir al hombre, el ir contra los fundamentos de la ley natural, haciendo ostentación de lo contrario!

Una palabra positiva hacia algo o hacia alguien se dice pronto. Sin embargo, a veces se nos hace difícil pronunciarla. Nos detiene el cansancio, nos distraen las preocupaciones, nos frena un sentimiento de frialdad o de indiferencia egoísta. Pasamos junto a personas que, aun conociéndolas, ni las miramos, y no nos damos cuenta de lo que llegan a sufrir por esa pena desgarradora que proviene de sentirse ignoradas, o rechazadas socialmente. Con una palabra cordial, con un gesto afectuoso, se despertaría en ellas todo un horizonte de esperanza.

Cuántas veces una señal de atención y de cortesía, por mínima que parezca, puede ser una ráfaga de aire fresco en lo cerrado de una existencia oprimida por la tristeza o el desaliento de una existencia sin rumbo.

«Más que en dar la caridad está en comprender. Por eso busca una excusa para tu prójimo, las hay siempre, si tienes el deber de juzgar», escribió san Josemaría Escrivá. En esa línea le escuché en una reunión con varios cientos de personas un consejo que, por el tono con que lo decía, se convertía en una petición de urgencia a cada uno de los que allí estábamos: «Que nadie junto a vosotros sufra la amargura de la indiferencia».

Hace unos años, en la colección Testimonio de editorial Planeta se propusieron poner al día, glosar, uno de esos textos que guardan en sus palabras el eco de lo eterno y que, pese al tiempo transcurrido desde que se oyeron por vez primera, siempre suenan a rompedoras y actuales. Me estoy refiriendo a las Bienaventuranzas, pronunciadas en Galilea hace dos mil años por Jesús de Nazaret. Para que el libro resultara variado, fue encargado a ocho escritores muy distintos, entre los que me encontraba. Cuando me propusieron glosar la quinta bienaventuranza, que se refiere a la misericordia, me pareció

un proyecto muy sugerente.

Pese a ello, me vino de inmediato una pregunta a la cabeza: ¿será necesario demostrar a los hombres y mujeres del nuevo milenio que las bienaventuranzas tienen la misma fuerza que hace veinte siglos, para remover a quien las escucha en cualquier época? Está comprobado que el Evangelio, por encima de circunstancias más o menos adversas, encierra un mensaje rotundo y nuevo, que constituye un punto de referencia en el que se encuentran respuestas seguras para las cuestiones inquietantes que nos plantea el vivir cotidiano, incluso a los no creyentes y a personas de otras religiones.

Con esa música de fondo empecé a dar vueltas a mi tema, la misericordia, que encierra la difícil virtud del perdón y esa disposición del alma que nos lleva a triunfar sobre el rencor y el odio. Es, en efecto, una actitud de clemencia esa fuerza que nos mueve a perdonar, hasta el límite de lo imperdonable, en un alarde de amor que roza con lo sublime, por más que la ofensa o el hecho al que se refiere ese acto de misericordia puedan parecer, y lo sean, inadmisibles.

Hay quien es incapaz, no ya de entenderlo, sino incluso de admitirlo. No son pocos los que tergiversan el fondo de la cuestión alegando que esa actitud compasiva hacia el ofensor puede ser interpretada como una justificación o un cerrar los ojos al mal. Para paliar esa postura sólo cabe recordar que el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, es capaz de esa postura noble porque adopta para sí mismo el punto de vista de quien es «rico en misericordia», como define san Pablo a Jesucristo, que, desde la cruz, antes de morir, lanzó aquella súplica al cielo a favor de quienes le habían destrozado hasta el colmo de la maldad: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen».

Me resultó fácil trasladarme mentalmente al sitio exacto en el que se pronunciaron aquellas palabras. El monte de las Bienaventuranzas, una pequeña colina situada sobre el lago de Genesaret, es uno de los parajes de Tierra Santa imposibles de olvidar para quienes han viajado a este lugar. La serenidad del ambiente, la luz diáfana del horizonte y la belleza sencilla del entorno componen un marco perfecto para calibrar con más hondura el contraste de la paz que se respira con el mensaje revolucionario que allí pronunció el Mesías.

Al repasar el texto en su conjunto, sentada con mis recuerdos frente al Tiberiades - que describí en mi libro *Viaje a Tierra Santa*-, me afiancé en la convicción de que esta enseñanza nunca podrá pasar de moda y, si llegara a marginarse, no es el mundo en su

conjunto sino el hombre como individuo quien debe echarse a temblar, ya que esas palabras «encierran una respuesta al deseo natural de felicidad que Dios ha puesto en el corazón del hombre» (Catecismo de la Iglesia católica, n. 1716).

Hablar de misericordia es un lugar común en el relato bíblico. En el texto hebreo, los expertos han encontrado hasta trescientas citas con distintos términos que se traducen por «misericordia». Sin embargo, los filósofos grecorromanos consideraban que la misericordia es cierta tristeza o sufrimiento ante el mal ajeno y pensaban que constituía un signo de debilidad. Como contraste, en el Nuevo Testamento se vuelve al concepto inicial de compasión, ante las necesidades físicas y morales del hombre con una voluntad decidida por solucionar cualquier problema, jamás al margen, pero sí por encima de la justicia, en la línea, nada fácil, de tratar a los demás como nos gustaría que nos trataran a nosotros o, en negativo, no querer para los demás lo que no quieras para ti.

Es evidente que los cristianos tenemos una gran ventaja para acercarnos a esta virtud que ha quedado sellada por la misericordia infinita de Cristo, que dio su vida por los hombres. Pero conviene no perder de vista que murió en la cruz por todos los hombres de todos los tiempos. Como Él mismo repitió en muchas ocasiones, y así está recogido en tantos pasajes de los Evangelios, había venido a salvar a justos y a pecadores. Y ahí están para leer y releer hasta conven cernos de la grandeza de esta actitud las parábolas del hijo pródigo, del dracma perdido o de la oveja descarriada que mueve al pastor a dejar en el aprisco a las otras noventa y nueve para recuperar a la que se había lanzado al monte por libre.

Por esa razón la misericordia no es una actitud exclusivamente cristiana. Cualquier ser humano bien constituido es capaz de compadecerse y tratar de paliar el mal que afecta a los demás. La compasión es un acto interno de amor al prójimo que mueve a actuar, porque es un deber de justicia compadecerse de quienes sufren el dolor, la soledad, la miseria. Es fácil quedarse en consideraciones teóricas cuando conviene afrontar la verdad sin paliativos. ¿Por qué sufren los hombres y las mujeres de nuestros días? ¿Qué podemos hacer los mortales vulgares y corrientes, que no tenemos la capacidad -tantas veces incapacidad- de los líderes del G-8 que se reúnen una y otra vez para tratar de equilibrar la pobreza del mundo?

Frente a las mil desgracias que ocurren a diario, por esa razón de que la buena noticia no suele ser noticia, en los periódicos sólo nos enteramos de las atrocidades que pasan a

todos los niveles. Pero hay muchas personas, no sólo jóvenes, capaces de vivir la caridad con obras, sin alardes, de forma efectiva, y comprender a fondo, tratando de aliviar su dolor a esa persona que sufre demasiado a nuestro lado.

¿Qué significa, en este contexto, aplicado al hombre en su globalidad, el término «misericordia»? Agustín de Hipona, una de las mejores plumas de todos los tiempos, alguien que experimentó al máximo la misericordia de Dios en su propia existencia, la define como «cierta compasión de la miseria ajena que nos impulsa a socorrerla si podemos» (La ciudad de Dios, IX, 5). No es fácil dibujar los límites entre la misericordia y la compasión, ya que tener misericordia es «padecer con», ser compasivo con quien sufre dolores físicos o morales y tratar de hacer lo que esté en nuestra mano por aliviarlos.

Nos vienen a la cabeza, de inmediato, la serie de carencias, penas y enfermedades que sufren quienes nos rodean, a los que atendemos lo mejor que sabemos cuando recibimos la noticia de su enfermedad, pero que, si se prolonga, producen impaciencia y cansancio. La vida se ha alargado y, pese a los avances de la Medicina, hay enfermedades incurables con procesos terribles. Desequilibrios anímicos, depresiones, neurosis o casos de Alzheimer son cada día más frecuentes y más cercanos. Es innegable que vivimos una época frenética, con una prisa crónica y en apariencia incurable. Precisamente por esto dedicarnos a un enfermo, más si es un ser querido o alguien próximo a nuestro entorno, es un paso obligado si aspiramos a practicar esa gran virtud de la misericordia.

«No tenemos tiempo para nada», se oye una y otra vez con una mezcla de disculpa en la que muchas veces se cuele el egoísmo. Hay también muchos males morales que merecen nuestra atención. Esas calumnias contra la honra o la injusticia de un despido que deja en la calle a una madre de familia que se queda embarazada de su cuarto hijo, ¡y tiene que dar de comer a todos! Y decide no abortar, no aumentar esa cifra trágica que, en España, impide el nacimiento de un niño por cada cinco que nacen. ¡Cuánto dolor arrastran muchos titulares de periódicos o de revistas cuando atacan, deshonran o airean situaciones que destrozan a una familia, a un hombre, a una mujer o a unos hijos que van a crecer sin cariño, por mucho que se oculten sus caras para que no se les reconozca!

¿Qué males afectan de forma más incisiva a quienes compartimos este principio del tercer milenio? ¿Cuáles son las plagas de nuestros días, la raíz de lo que hace sufrir a una

gran mayoría, por no decir, a todos los seres humanos?

No he tenido que pensar demasiado para llegar a la conclusión de que no hay nada nuevo bajo el sol. El odio, la injusticia y la violencia están a la orden del día, pero son las mismas pasiones que aparecen en las tragedias griegas y que a lo largo de los siglos no han dejado de arrastrar al hombre a las mayores degradaciones, desde aquella cautividad de Babilonia a la matanza de los niños inocentes ordenada por Herodes, pasando por las torturas de los campos de concentración, las muertes continuas en frentes de guerra abiertos hoy en distintos lugares o los actos violentos en los que un día y otro mueren jóvenes o menos jóvenes. Sucesos que conforman el capítulo dantesco de «los malos tratos», evidencia de una sociedad gravemente enferma a la que hay que compadecer, sin duda. Pero nuestra comprensión de estas locuras no nos puede tapar los ojos para no ver la realidad, sino que nos tiene que mover a poner un punto final en esa carrera macabra, actuando con valentía para extirpar la raíz de esa situación.

¿Dónde encontrar el remedio? ¿Cómo actuar de forma compasiva, con misericordia, sin odio, sin caer en prejuicios raciales o sexistas, pero con un remedio eficaz y justo?

Soy consciente de que en este año 2006 es mucha la gente que da la espalda a Dios y cierra los ojos a la verdad que trasciende lo inmediato. Como han repetido voces de mente lúcida y enorme experiencia, la postura de relativismo en la que está inmersa Europa, el empeño por marginar a Dios de la vida individual y social, que hoy aparece de forma violenta, es la triste herencia de un laicismo trasnochado que no hace más feliz al hombre sino todo lo contrario.

Vivimos un tiempo de contrastes en el que se repiten y se aceptan, como si fuesen dogmas de fe inviolables, las opiniones de columnistas o de los triunfadores de las tertulias radiofónicas, mientras se rechazan las verdades sobre las que se ha levantado la civilización occidental. Sobran posturas críticas acerca de la Iglesia y los mandamientos, sobre la fe y la moral. En contraste, buena parte de estos santones laicos predicán su agnosticismo con una actitud intelectual equivocada y, desde su óptica, es muy difícil de explicar con razones el porqué y el para qué del hombre.

Es lógica la desorientación radical de tantos que han desterrado de sus vidas su condición esencial de criaturas creadas y redimidas por la misericordia de Dios, verdades que iluminan las tinieblas desde que ocurrió lo que llama Chesterton «el desagradable incidente de la manzana».

Y así nos va.

No puedo dejar de recordar dos fechas especialmente dramáticas de nuestro siglo: el 11 de septiembre de 2001 y el 11 de marzo de 2004. El primer atentado terrorista lo viví en directo. Estaba en Nueva York aquel día magnífico de finales de verano, que amaneció con un cielo despejado -casi azul marino, como pocas veces he visto en esta ciudad-, y después también sufrí en Madrid la fatídica mañana del atentado del 11 de marzo.

Empiezo contando lo que viví en Estados Unidos. Eran las nueve de la mañana. La víspera había empezado la semana de la moda y estaba arreglándome para salir hacia las carpas de Bryan Park, donde tienen lugar los desfiles de los distintos creadores. Cuando un botones llamaba a la puerta del cuarto con las invitaciones para las colecciones de ese día, recibí una llamada de teléfono. Alguien, que identifiqué enseguida como un compañero de prensa, me decía con voz de angustia: «Pon la televisión. Un avión se acaba de estrellar contra una de las Torres Gemelas». Lo hice con escepticismo y cierto pánico. ¿Cómo podía ocurrir semejante accidente en un día tan despejado? Sonaba a broma de muy mal gusto, imposible e impensable. Pero, por si acaso, y sin pensarlo dos veces, enchufé el televisor para contemplar con horror cómo aquel aparato iba a chocar en directo contra una de las torres del World Trade Center, sin medir en absoluto lo que suponía aquella barbaridad que iba a dar un vuelco a la historia. Ante nuestros ojos, uno de los símbolos más representativos de esta ciudad, la más cosmopolita y poderosa de la tierra, se convertía en un escenario de ciencia ficción.

Gracias a la inmediatez de las comunicaciones, en el momento en que millones de personas en el mundo hacían cábalas sobre lo que podía ser aquel extraño accidente, pudimos ver, aterrados, cómo otro avión se estrellaba contra la segunda torre, que quedaba, en el acto, envuelta en llamas. Recibí una segunda y una tercera llamadas. Esta vez eran de mi familia, desde Madrid y desde Bilbao. A muchos miles de kilómetros de distancia, con un océano por medio, estaban viviendo en tiempo real lo mismo que yo contemplaba, igual de espantada que ellos, a poca distancia del hecho. «¿Dónde estás? ¿Te ha ocurrido algo?». Eran las preguntas obligadas, a las que sólo podía responder que yo estaba bien, que no había sido una víctima directa, como era evidente, pero que sentía un miedo que jamás había experimentado, que tenía la terrible impresión de que todos en la tierra habíamos sido atacados por algo excesivamente disparatado.

Después se cortaron las comunicaciones. Imposible hablar por teléfono. Quedaba la

televisión y los locutores no daban más de sí: en cuestión de minutos supimos que un tercer avión destruía parte del Pentágono en Washington y, acto seguido, un cuarto aparato se estrellaba en el estado de Virginia.

En una cadena de atrocidades sin precedentes fuimos contemplando, desconcertados y angustiados, cómo las Torres Gemelas, uno de los buques insignia del poderío económico mundial, se desplomaban y quedaban reducidas a una montaña de escombros. Nueva York quedó, a partir de ese primer impacto, en estado de alerta (que duró casi una semana). Se cerraron los aeropuertos, los puentes y los túneles de entrada y salida de la isla de Manhattan. En Washington, las imágenes en torno al punto neurálgico de la seguridad americana también producían escalofríos de angustia: el Pentágono en llamas, la Casa Blanca desalojada, el Capitolio...

¿Qué estaba pasando? ¿En qué iba a terminar todo aquello?

¿Qué le ocurre a este mundo nuestro en el que la inteligencia se utiliza de esta forma tan brutal para destruir y aniquilar material y moralmente lo que se opone a las propias ideas, sin el más mínimo respeto al ser humano, a su vida, a su dignidad? ¿Por qué este crimen monstruoso contra personas anónimas (de algunos jamás se supo ni siquiera su nombre) o importantes financieros que habían acudido, como todas las mañanas, a cumplir con su deber al frente de compañías internacionales? No se sabía las cifras de muertos o desaparecidos, pero la impresión de tragedia humana, el mazazo, nos lo habían dado a todos. Desde las emisoras nacionales pedían calma, serenidad, sangre, voluntarios, ayuda... Todo entremezclado.

Las primeras secuelas del horror surgieron en cuestión de minutos. Nueva York se convirtió en una ciudad desolada, absolutamente desierta, devastada, con una imagen imborrable: al fondo de la isla de Manhattan, se formaba una columna de humo negro mezclado con polvo de amianto que aumentaba sin límites procedente de aquella estructura de las torres que parecía imbatible. El cielo azul, espectacular, que veíamos horas antes, se vistió de un luto gris antracita, triste, oscuro, incierto.

Todo había cambiado a partir de aquella locura. Todo Manhattan, siempre desbordante de multitudes, quedó sumido en un silencio sepulcral que inundaba sus calles sin gente, sin tráfico, sin aviones cruzando el espacio aéreo. Las pocas personas que iban y venían se movían como autómatas, con un aspecto de desolación infinita, desmoronadas por una realidad «irreal». Ese silencio sólo se rompía por las sirenas de

coches de policía, bomberos y ambulancias. Las mejores tiendas del mundo, tanto en las famosas avenidas neoyorquinas, como las más cool recién inauguradas en el Downtown, se cerraron a cal y canto, por primera vez en ese paraíso del consumo. Los escaparates de los almacenes Saks en la 5a Avenida se vistieron de luto riguroso, cubiertos con una tela negra y una frase, «With sadness», testimonio gráfico de la tristeza que les invadía.

En las puertas de cualquier establecimiento se repetía un cartel: «Se necesita sangre», con una dirección y un teléfono. Gente de todas las edades, por encima de ideas políticas o religiosas, respondió de forma admirable haciendo colas interminables para donarla y ofrecerse para las tareas de rescate. Pocas horas después, los árboles del Village -la zona verde más cercana a las torres a la que se podía acceder- se llenaron de fotografías de personas desaparecidas, con todos sus datos, y la esperanza de que alguien los encontrara vagando por las calles, recubiertos de polvo, irreconocibles, como tantos que corrían despavoridos sin saber hacia dónde iban. ¡Cuántas familias destrozadas esperaron sin respuesta días y días!

Las iglesias de los distintos credos abrieron de par en par sus puertas, que se llenaron de mujeres y hombres, muchos con las huellas de la tragedia en su rostro, para pedir a Dios por quienes sufrían las consecuencias de aquella atrocidad.

En uno de los primeros mensajes, el presidente de los Estados Unidos, descompuesto por la tragedia pero con mucha entereza, dijo que los terroristas habían destruido algo de enorme valor financiero y político: el World Trade Center y el Pentágono. Que eran momentos de tinieblas, pero que en el interior de cada uno de nosotros hay una luz y que teníamos que mirar hacia lo más profundo de nosotros para encontrarla y, con ella, anular las tinieblas. La reacción fue inmediata, general e imborrable; era como decir: «Aquí estamos con lo mejor de cada uno para darlo a manos llenas a todo el que lo necesite de cualquier color, raza o religión». Y yo empecé a preguntarme: ¿es necesario un ataque de este calibre para reaccionar de esta forma?, ¿por qué tienen que derrumbarse las Torres Gemelas para que los hombres seamos seres humanos y no bestias?

El arzobispo de Los Ángeles, en otra intervención difundida por la televisión, trató de dar en pocas palabras el único consuelo posible en aquellas horas: «Nos han atacado, nos han querido destruir, pero Dios está por encima y tenemos que estar a la altura de lo que es el ser humano. Lo mejor de la naturaleza humana tiene que aparecer». La respuesta a

sus palabras también fue ejemplar.

Como se cerraron todas las salidas del país por tierra, mar y aire, pasé casi una semana viviendo muy de cerca las consecuencias de aquella locura. Con mi carné de prensa, única credencial para atravesar el cordón de policías que impedían bajar hasta el final de la isla, llegué hasta un punto en el que debíamos ponernos una mascarilla que evitaba tragar aquel humo contaminado. El entorno era sepulcral y la visión apocalíptica. Las calles estaban cubiertas de papeles que, sin duda, habían volado desde las oficinas de las empresas más poderosas de la tierra, con los secretos mejor guardados por los amos del universo, chamuscados y sucios en los bordes de las aceras; coches fantásticos se habían reducido a un amasijo de hierros retorcidos y, en el suelo, una alfombra de cenizas, más espesa y destrozada conforme nos acercábamos a lo que había sido el centro del comercio mundial. Hubo un momento en que tuve la terrible sensación de estar pisando cenizas humanas. Bajé, con un grupo de periodistas de varios países, hasta aquel cementerio de despojos esparcidos, imposible de olvidar. «Vamos a rezar por quienes han muerto, por los que se han desintegrado, por sus padres, por sus novias, por tantas personas queridas que hoy sólo lloran», dijo uno de mis colegas. Y nos fuimos a un lugar habilitado para recogernos en silencio y rezar.

Pude comprobar que ese pueblo al que llegaron inmigrantes del mundo entero, lugar de acogida para todo tipo de razas y culturas, había tenido una respuesta impresionante en las horas más trágicas. Más de uno -del cuerpo de bomberos, o el capellán que fue a atender a los supervivientes y murió por un impacto que le cayó en la cabeza mientras daba la absolución a un moribundo-, con la mayor generosidad posible y una solidaridad sin límites, dieron su vida en un intento de ayudar. Y todo se desarrolló en un clima de serenidad, con la fuerza de un patriotismo ejemplar que les ha hecho superar lo insuperable, gracias a un sentido trascendente de la vida que les llevó a pedir ayuda a Dios, sin ningún complejo, en esos momentos cargados de incertidumbre y angustia.

Varios días después salí del aeropuerto Newark hacia España, en uno de los primeros vuelos que despegaron de Nueva York. Cuando lo recuerdo se me nublan los ojos. Pienso que nunca olvidaré algunas imágenes que se me grabaron en la retina y en el alma: la línea de la isla de Manhattan, rota por el vacío de las torres del que seguía saliendo aquel humo maldito; el ejemplo que el pueblo americano había dado al mundo en las horas más duras que nadie pueda imaginar, y un cartel que gritaba contra la venganza o el rencor que podía nacer de esa situación tan extrema: «Ojo por ojo, todos

ciegos».

Aún nos queda la esperanza

El primer Documento de Benedicto XVI, al que ya me he referido, se trata de una carta encíclica que, bajo el atractivo título de «Dios es Amor», aborda temas de enorme importancia para el hombre de nuestro tiempo, inmerso, como todos sabemos, en unas circunstancias especialmente complejas y duras. Yo la había leído cuando se publicó, pero volví a hacerlo, despacio, subrayando y tratando de retener tantas cuestiones urgentes de asimilar y de vivir siempre, pero quizás más necesarias en este comienzo de milenio, que arrancó con catástrofes tan desoladoras.

Me sentí atrapada por tres líneas del prólogo en la que el papa Ratzinger nos explica, con enorme sencillez avalada por su capacidad intelectual fuera de serie, que su deseo ha sido «insistir sobre algunos elementos fundamentales, para suscitar en el mundo un renovado dinamismo de compromiso en la respuesta humana al amor divino».

Ésa es, en definitiva, la trama que une las casi cien páginas del texto: enfrentarnos a nuestra responsabilidad de vivir como seres humanos y ayudarnos a transformar nuestra vida, tantas veces destrozada por el odio, mediante el camino del amor, como respuesta al amor infinito del que nos colma un Dios Creador. Un amor que nosotros tenemos que comunicar a los demás con una actitud decidida de grandeza de alma. Podría citar línea a línea toda la Carta, pero no se trata de ello, aunque sí animo a leerla. Más de una persona escéptica y poco dada a la lectura de este tipo de textos me ha confesado que ésta provoca en el alma una sacudida por la forma de enfocar la vida bajo el prisma de la comprensión, del perdón y de la misericordia, que en definitiva, son las claves para una existencia comprometida con el gran tema del amor.

En la última parte del documento, al exponer, de forma suave y exigente al mismo tiempo, la obligación de contribuir a crear una sociedad más justa, el autor deja constancia de que «el hombre, más allá de la justicia, tiene y tendrá siempre necesidad de amor» (punto 29, Deus caritas est), y más adelante insiste en otra de las ideas madre para esta sociedad tan complicada: «La acción caritativa puede y debe abarcar hoy a todos los hombres y todas sus necesidades». Ratzinger pide que «el servicio que se ofrece a los que sufren sea competente profesionalmente», pero añade que este aspecto no es suficiente: «Se trata de seres humanos que necesitan siempre algo más que una

atención técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial».

Por suerte, frente a tantas situaciones incomprensibles que nos rodean y atemorizan, son muchas las iniciativas que arrancan de corazones llenos de amor y de solidaridad con quienes sufren. Todo es poco, pero la dimensión de lo negativo no puede llevarnos a la inercia. La misericordia, cultivada en los mil pequeños detalles que surgen en el día a día, se convierte en elemento indispensable para plasmar las relaciones mutuas entre los hombres, en el espíritu del más profundo respeto de lo que es humano y del amor recíproco. El amor, como proclama san Pablo, es paciente y benigno, y hay que recubrirlo de una capa de ternura y sensibilidad, como conocimos al leer la parábola del hijo pródigo, de la oveja extraviada o del dracma perdido.

Ese amor, indispensable entre marido y mujer, entre padres e hijos, entre hermanos, entre amigos, entre colegas de trabajo, es el que nos propone en su Encíclica el actual Papa. Sólo con ese punto de mira lograremos esa paz de la que tanto se habla y que pisoteamos por mil y una cuestiones, tantas veces banales, otras más serias, que provocan reacciones desproporcionadas, poco humanas, que llevan al polo opuesto de una aspiración muy profunda del ser humano para vivir una existencia digna: amar y ser amado.

# 7

## CORAJE Y VALENTÍA

### Grandes apoyos para llegar a buen puerto

**D**e todas las virtudes, dice el escritor francés André ComteSponville, la valentía es la más universalmente admirada. Añade a esta idea una larga explicación, subrayando su postura, según la cual ese prestigio no depende de las épocas, ni de las sociedades ni casi de los individuos. Es una actitud general que tienen los hombres de cierta edad y hasta el niño criado en la calle, que se crece cuando alguien le arenga diciéndole que es un tipo valiente, o se revuelven con desesperación si le insultan llamándole cobarde. La valentía como capacidad de superar el miedo gana siempre frente a la cobardía que se arruga ante el peligro.

Pero la vida y la Historia nos llevan a una reflexión importante, que describía bien Catilina en una de sus cartas: «Un valor indómito en el corazón de los mortales produce grandes héroes o grandes criminales». Más de una vez, en estos tiempos complejos y disparatados, tenemos noticias de lo que ocurre en el mundo cuando existen fanáticos que son capaces de arriesgar su vida en un acto suicida para llevar a cabo una acción terrorista o una venganza pasional. Nos vienen a la cabeza las escenas sobrecogedoras de las Torres Gemelas en Nueva York, de la estación de Atocha en Madrid, del metro de Londres o de los continuos atentados entre israelitas y palestinos. ¿A quién se le ocurre decir en voz alta, ni en un mínimo susurro interior, que esos hombres tuvieron el valor de estrellar el avión que pilotaban en una mañana de septiembre contra un edificio emblemático en el que trabajaban miles de personas indefensas?

Hay que huir de esa valentía inducida por la intolerancia y pensar que sólo llega a ser un valor cuando se pone al servicio de una causa noble, del bien común o del individual.

Esta actitud no supone carecer de sensibilidad, o no tener miedo; pero sí que uno sepa tragarse el miedo como se lo tragan los buenos toreros cuando esperan, a pie firme en la plaza, al toro bravo que irrumpe en el ruedo.

Siempre he admirado la cultura francesa por una serie de razones cultivadas, entre otras cosas, en la biblioteca de mis padres, donde pasé horas enteras durante esas tardes lluviosas de septiembre en el norte de España, leyendo libros de los mejores autores clásicos y contemporáneos. En muchos de ellos mi madre había puesto a mano anotaciones llenas de ingenio, que me ayudaron a pensar en lo esencial de aquellos mensajes.

Alternaba estas lecturas con las revistas de la época -Time, Life, Paris Match o, un poco más tarde, Le Figaro Magazine-, en las que me empapaba de las ideas de los mejores articulistas internacionales, algunos de ellos miembros de la Academia de la Lengua del país vecino. Seguía muy de cerca su trayectoria intelectual y, poco después, ya metida de lleno en la profesión periodística, mi sueño era sentarme algún día con mis ídolos para tener un rato de conversación con ellos. Ahora lo veo como el sueño de una noche de verano, pero la vida me fue dando grandes oportunidades y alguna de aquellas ilusiones se hizo realidad.

Como muestra, contaré lo que me ocurrió con Louis Pauwells, uno de los genios del periodismo francés de finales del siglo xx. Era una persona espectacular en muchos sentidos; guapo, inteligente y genial escritor. Director de la revista dominical de Le Figaro y miembro del consejo de administración de su grupo editorial, yo leía sus artículos cada semana. Un hombre liberal, anticlerical, muy en la línea de los intelectuales de su tiempo y de su tierra. Empezaba entonces mis viajes frecuentes a París, al menos cuatro veces al año, como directora de una revista para la mujer y, además de ver todas las colecciones de alta costura y prêt-à-porter, procuraba conseguir entrevistar a quienes podían aportar algo valioso a mis lectores, hasta el punto de que una de mis secciones preferidas era la que yo llamaba «conversaciones con gentes que tienen algo que decir».

Una semana, leyendo aquella revista que Pauwells dirigía, noté un cambio brusco en la orientación de este escritor. Había dejado de ser agresivo, negativo, duro, con aquella terrible ironía con la que había fulminado tantas veces todo lo que fuera autoridad y, sobre todo, religión. En su nueva etapa, latía entre líneas un canto a la vida, a la verdad,

a la libertad, a la fe e incluso a la Iglesia, cosa insólita en su pensamiento, hasta tal punto distinto a lo que había escrito antes, que muy poco tiempo después publicó una recopilación de sus artículos más recientes bajo el título de La libertad guía mis pasos.

Lo leí de un tirón y decidí que mis pasos iban a ir en dirección a su despacho. Quería que me explicara aquel cambio tan radical, tan valiente y tan honesto. ¿Cómo lo logré? Simplemente como he hecho una y otra vez a lo largo de mi vida: con la seguridad de que iba a conseguirlo. Le escribí una carta, como primera medida, pidiéndole una cita para hacerle una entrevista. Poco después le llamé explicándole las razones que me parecían decisivas para nuestra conversación: «Yo también dirijo un medio de gran difusión -le expliqué-, y quiero compartir sus ideas con mis lectores».

Unos días más tarde me encontraba en su despacho de París, en la rue Montmartre, sede del gran imperio de prensa de Le Figaro. El entorno, muy acogedor, se captaba con un golpe de vista: una mesa amplia con ese desorden, perfectamente ordenado, donde lo que se busca aparece al instante entre un montón de papeles. Un rincón para reunirse con sus colaboradores. Las cortinas tamizando la luz exterior, no muy fuerte en este barrio de la ciudad. La doble ventana amortiguando los ruidos del tráfico. Un ambiente de tranquilidad y de silencio, buen reflejo de la forma de ser de un hombre amable, educado y sereno, con la agilidad mental y personal de quien vive acostumbrado a no perder un minuto. Sabía lo que yo quería hacer y no se prodigó en anécdotas.

Pauwells, con quien hablé más de dos horas, transmitía a la vez una calma aparente y una aplastante seguridad en sí mismo, labrada en horas de trabajo duro entrelazadas con episodios de una vida intensa: «Cada artículo semanal de Figaro Magazine lo corrijo alrededor de diez veces hasta decir exactamente lo que quiero y como quiero», me dejó caer cuando le comenté que desde hacía muchos años leía todo lo que él publicaba. Charlamos sobre lo que eso supone. No se trataba tan sólo de una cuestión de forma literaria, importante sin duda para quien cultiva el lenguaje y busca la belleza en el hablar y el escribir; es que Pauwells sabía que sus editoriales eran leídos por dos millones de personas; era consciente de que resultaba una fuerza de oposición poderosa a toda idea contraria a las ideas que él defendía, con una valentía y una claridad que a nadie dejaba indiferente.

Es curioso. Cuando releo aquella entrevista me parece que cada una de sus afirmaciones me las dice hoy -mediado el año 2006-, cuando escribo este libro con la

urgencia y el apremio de recuperar un mundo con valores morales y humanos de los que millones de gentes de bien, de cualquier raza e incluso religión, sentimos una nostalgia casi infinita.

Pauwells, cómodamente situado en un sofá de cuero, iba desgranando su postura de lucha abierta en pro de unas ideas que tienen que ser otra vez un fundamento para la convivencia:

-Creo que Europa se subirá a ese tren de lo conservador. Todos los signos convergen hacia ese fin. Sé que las apariencias son contrarias, pero también sé que la realidad es diferente. Los medios de comunicación no reflejan el clima real, que late en el fondo de muchos países, de una búsqueda de valores fundamentales. Estoy convencido de que no se pueden atacar estos valores, tan necesarios para el hombre, por un tiempo largo, sin que haya una reacción. En la medida en que se ponen en entredicho y se maltratan, las gentes son más conscientes de que hay que echar el ancla en ellos, desde la familia y la propiedad, como parte integrante de la naturaleza más profunda del hombre, para no perder el rumbo o para no irse a pique. En otro orden está el liberalismo político, económico, religioso y cultural como garantía de la democracia y como algo que constituye el fondo del humanismo.

Tras un repaso a lo que ocurría en nuestro mundo, tan bien representado por Chaplin en la película Tiempos modernos, con la que se llegaba a un balance negativo y a un rechazo del progreso, Pauwells no compartía una visión pesimista de la vida:

-Hay que dar un voto de confianza a la humanidad. La transformación corresponde al individuo más que a la masa. Será una vuelta a la personalidad, al valor de la inteligencia por encima de la fuerza. Hay que pensar que en esta nueva etapa que se nos avecina tenemos que encontrar un cauce para que los individuos logren un equilibrio entre su trabajo y la buena utilización del tiempo libre.

Su visión del siglo xxi podría ser parecida a la de Churchill cuando afirmaba que quienes desprecian los valores tradicionales sólidos (autodisciplina, reflexión, racionalidad) pueden verse condenados a vivir en el vacío.

-Cuando todo es posible no todo está permitido. Hoy casi no existen cosas prohibidas y por eso hay que obligarse a una disciplina propia. Cuando una mayoría de gente sea consciente de esta realidad, la vuelta a los valores se dará necesariamente. Hay un afán

por recobrar tradiciones y un sentido religioso de la vida que muchos rechazan porque son conscientes de que ese cambio puede llevar consigo una exigencia fuerte. Creo en una vuelta al catolicismo. Con Juan Pablo II -eran los últimos años de los ochenta-, la Iglesia católica está en esa misma línea de recuperar sus raíces. Hay una lucha contra el laicismo trasnochado. Se vuelve a la teología de siempre, a los dogmas, a la disciplina.

Siguió hablando con una admiración profunda de Juan Pablo II, un papa al que conocía bien y de quien había escrito más de un artículo:

-Soy muy consciente de su esfuerzo ímprobo por restaurar y hacer vivir el catolicismo en toda su pureza. Acabarán por escucharle y llegarán a entenderle. En medios oficiales de distintos países y en la opinión pública se da una resistencia, pero está comprobado que los fieles corrientes no sólo aceptan lo que dice el Papa sino que están deseando volver a la fe, al culto de siempre, a las prácticas religiosas. Alguien ha dicho que la humanidad no se conforma jamás con ser únicamente humana. Necesitamos cultivar en nosotros mismos algo digno de hacernos verdaderamente felices. Y ese algo no es simplemente un número ilimitado de satisfacciones materiales que no dan la felicidad. Eso lo entendemos todos por propia experiencia.

### Un accidente en Acapulco

Hace treinta siglos, un rey consciente de la fragilidad de su grandeza clamaba así a su Dios: «Muéstrame tu amor a la mañana porque confío en Ti... que tu soplo bueno me conduzca por una tierra llana». Así oraba David. Louis Pauwells se tropezó con ese mismo Dios en la madurez de su vida, cuando menos lo esperaba, en un sofisticado hotel de Acapulco, en la costa mejicana.

Este intelectual, que se enfrenta sin complejos y con verdadero coraje a cualquier tema, muestra un pudor legítimo cuando se le invita a hablar de aquel encuentro definitivo que dio un vuelco total a su existencia. No se resiste al argumento de que su testimonio puede ayudar a tantos que, por cobardía o por temor, no se enfrentan a la Verdad. Vale la pena su testimonio, que me relató con todo lujo de detalles:

-No he sido educado en un ambiente religioso, en absoluto. Me bautizaron y eso es todo. Atravesé, años después, una etapa en la que sentía la necesidad de algo espiritual. Tenía cierta inquietud y buscaba respuestas: en el hinduismo, en la investigación, en el

estudio de las tradiciones..., en tantas cosas buenas, sin duda, pero que no me convencían ni llenaban aquel vacío. Pasó el tiempo. Llegó pronto el momento en que yo me sentía fuerte, poderoso, trabajando en un imperio de la prensa. Pero algo me destrozaba por dentro porque comprobaba que, en la medida en que me hacía más fuerte por fuera, cuanto más me llenaba de cosas y de poder, más peso interior iba perdiendo. Me llenaba de vacío.

»Hace dos años [han pasado varios más desde que tuvimos aquella conversación en París] me encontraba en Acapulco con el presidente de la editorial y un grupo de amigos. Estábamos en un hotel fascinante, lo más parecido al paraíso. Sin embargo, desde hacía varios meses yo me sentía muy mal, con una impresión, cada vez más aguda, de estar convirtiendo mi vida en un absurdo.

»Una tarde, al salir de la piscina para ir a mi apartamento, cruzando el parque del hotel, me caí en un camino, a ras de tierra, en el que no había ningún obstáculo que me hiciera tropezar. Y me rompí la columna. Me la destrocé. Fui consciente de que me había partido el esqueleto. No había estado nunca enfermo. Nunca me había quedado en la cama más de lo necesario. Me sentía muy mal. Tenía mucho miedo. No podía moverme. El dolor era insostenible. Y grité. Grité mucho hasta que vinieron enseguida unos indiecitos y me pusieron en una camilla.

»En Acapulco había sólo un centro médico y no me podían operar. Me tuvieron que trasladar a París, sin prestarme allí ni siquiera los primeros auxilios, sin anestesiarme. Sufrí mucho en los traslados de avión: a México DF, a Nueva York, a París... Iba inmóvil, como un paquete.

»Durante todo este tiempo yo volvía a revivir mi accidente y me decía: «Es imposible. Tú no has podido romperte hasta este punto por una simple caída. No eres un anciano. No tienes los huesos frágiles». Poco a poco iba tomando cuerpo en mi interior la certeza de que yo no me había caído solo, sino que me habían empujado, que me habían derribado por tierra para darme la oportunidad de levantarme de forma diferente. Comprendía en lo profundo de mi alma que aquella impresión no era un invento mío sino una evidencia ante la que tenía que rendirme. Al mismo tiempo nacía en mi interior una experiencia nueva: por primera vez en mi vida sentía una alegría real, una alegría que no había tenido jamás. Después de aquel trayecto infernal, me sometieron a cinco horas de operación y estuve tres meses inmovilizado en la cama de un hospital. No fue

ninguna tontería.. .Y seguía inmerso en la alegría.

Yo escuchaba su relato en profundo silencio. Impresiona mucho ver a un hombre de sesenta años con los ojos brillantes de emoción por aquellos recuerdos. El gran orador, tan seguro siempre de sí mismo, titubeaba al reconstruir con precisión aquellas circunstancias:

-Era como si dentro de mí todo se hubiera aclarado, como si todo se hubiera vuelto transparente, unificado, dichoso. Al mismo tiempo, las personas que me cuidaban, las enfermeras, los médicos, quienes venían a visitarme, cobraban para mí una importancia nueva. Hasta ese momento yo me servía de la gente; ahora los veía de forma nueva. Se creaba enseguida entre ellos y yo un lazo de unión que a mí me iluminaba y me hacía feliz.

»Durante aquellos meses de inmovilidad me dediqué a analizar con detenimiento lo que me había ocurrido. Me repetía muchas veces a mí mismo: «No eres un naif. Nunca has sido un ingenuo. Es necesario que aceptes en serio que es Dios quien te ha puesto en esta situación para que reacciones. Si no aceptas lo que te ha pasado en toda su hondura, morirás. No físicamente, porque estás en buenas manos, pero sí interiormente. Y el resto de tu vida serás sólo un cochon bien habillé».

La frase se las traía. Escuchársela en perfecto francés a un dandy impecable con su americana de tweed en tonos marrones, su chaleco amarillo y la camisa a cuadros azules, perfecto de pies a cabeza, dejaba al descubierto de forma absolutamente gráfica de qué hablaba al seguir comentando con enorme sencillez que aquella caída fue su estrella, su camino de Damasco:

-Todo ocurrió bajo la apariencia de un accidente absurdo. Y es que lo extraordinario muchas veces se esconde en lo ordinario, y en el fondo de algo muy natural late la mano de Dios.

Sin poder disimular mi impresión ante lo que estaba escuchando, le pedí que pasara al siguiente capítulo:

-¿Cómo se enlaza ese choque sobrenatural con la vida normal de cada día?

Pauwells, ya envuelto en sus recuerdos, siguió hablando sin dejar al margen ni un

solo paso de los que tuvo que recorrer para que aquel accidente no fuese algo aislado, excepcional, sino un antes y un después en su vida.

-Tenía entonces sesenta y dos años. Algunas veces pienso que mi encuentro con la Verdad fue un poco tarde, pero lo definitivo es que aquélla fue mi hora. Me convertí en serio. Recé, comulgué, me hice católico. Esto no quiere decir que la fe produzca un cambio brusco, radical, que deje a la persona al margen de sus decisiones; es, sí, un cambio de los fundamentos propios, de la propia vida, que no es fácil, pero hay que aceptar sus consecuencias, que pueden exigir cambios muy fuertes. Alguien dijo, con razón, que la fe es un minuto de certeza y veinticuatro horas de duda. Para no perder el rumbo iniciado y para hacerlo con la libertad más plena hay que leer, hay que estudiar, hay que pensar, hay que cambiar y enderezar algunas situaciones importantes de la propia vida. Hay que participar en la Iglesia.

»Todo lo importante para el hombre, creado por Dios con un destino eterno, está en los textos sagrados. Allí aparecen los «obrerros de la hora undécima». Pese a todo, me da pena que no me haya ocurrido antes. Al mismo tiempo sé que hay un destino eterno y que todo lo que me ha sucedido en la vida me ha ido llevando a este final. A mí se me ha presentado una juventud nueva. Ahora necesito volverme adulto en la fe y en todo lo que nos dicta la fe. Eso es más difícil. No podemos quedarnos en el amor a la humanidad en abstracto, por ejemplo. Hay que querer a personas de carne y hueso, y eso exige una conversión íntima para vivir el mandamiento que nos dejó Jesucristo en la última Cena, como nos cuenta san Juan en su Evangelio: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado». Muchos como yo llegarán a ella, porque cada uno de nosotros tiene en el fondo de sí mismo un gran deseo de poseer una certeza absoluta.

Como despedida, me dedicó un libro: «En recuerdo de nuestra charla sobre los valores». Cuando hoy recuerdo aquella conversación y releo la convicción con que repetía sus ideas, que había hecho suyas después de aquella conversión profunda y radical, pensé en la razón que tenía Platón al afirmar que «un hombre que no arriesga nada por sus ideas, o no valen nada sus ideas, o no vale nada el hombre».

Uno de los lugares comunes en los que caemos en estos tiempos es, precisamente, el comentar e incluso el echarnos en cara unos a otros que hay una falta de valentía a la hora de pronunciarse y de dar la cara por ideas sólidas e incuestionables. Algunas son fundamentales e inamovibles, y por más que no sean políticamente correctas hay que

tener el valor de defenderlas ante quien sea. Otras pueden ser de segunda categoría, pero ¿por qué no decir que lo que hemos visto en el teatro, en el cine o en la televisión es una zafiedad, por bien que lo ponga el mejor crítico del mundo? Es verdad que hay muchas cuestiones subjetivas y opinables, pero hay algunas que no lo son. Si alguien pretende borrar de un plumazo nociones básicas de la existencia del bien y del mal, por ejemplo, o la referencia a unos cánones de belleza, heredados de la cultura griega, seguramente por una ignorancia terrible o por un papanatismo infantil, que de todo hay, ¿cómo no voy a defenderlos frente al que se considera muy moderno por difundir y enaltecer la cultura del feísmo?

En *Ética a Nicómaco* dice Aristóteles que «nos hacemos valientes haciendo actos de valor». Es así. Hay rasgos de nuestro carácter, virtudes o vicios incipientes que se convierten en algo sólido a base de ponerlos en práctica. Si nos acostumbramos a despreciar cosas que son terribles y a mantenernos a pie firme contra ellas, seremos gente valiente, y cuando lo consigamos seremos capaces de esperar lo que sea.

Sin embargo, aguantar firmes ante cosas que asustan no se puede confundir con no tener miedo a nada. Tener miedo es la emoción lógica cuando alguien se enfrenta a lo que produce ese miedo. El gran novelista americano Herman Melville lleva a una escena de su novela *Moby Dick* el punto de vista de Aristóteles sobre esta cuestión, cuando Starbuck, el capitán del barco, se dirige por primera vez a la tripulación con la siguiente arenga: «No quiero en mi barco a ningún hombre que no tenga miedo a una ballena». Con esta arenga les quería decir no sólo que el coraje más digno de crédito y más eficaz es el que arranca de una estimación razonable del peligro, sino que un hombre sin ningún tipo de miedo es un camarada más peligroso que un cobarde.

La persona valiente no es la que nunca se asusta. Ésta sería más bien la descripción de un imprudente temerario que en una emergencia puede llegar a ser más peligro que ayuda. Por otra parte, el cobarde clásico, que suele tener falta de confianza en sí mismo pero que está dispuesto a ser valiente, es susceptible de ser arrastrado por el ejemplo.

La naturaleza contagiosa del valor extraordinario de una persona puede inspirar o producir una terrible vergüenza a todo un grupo. Es una de las claves del valor que demostró el rey Enrique V en la batalla de Agincourt. Es otro aspecto del valor que han desplegado algunos héroes del siglo xx como Ghandi o Martin Luther King, cuando se levantaron contra la injusticia y movieron en silencio a cientos de personas que les

siguieron en esa actitud valiente de defender unos derechos humanos iguales para todos.

Si Aristóteles tiene razón, como ciertamente se ha demostrado después de tantos siglos de aceptar sus planteamientos, el valor, la valentía y el coraje entrañan una disposición estable que nos lleva a sentir grados convenientes de miedo y de confianza en situaciones conflictivas. Es también una disposición estable para mantenerse firme, para avanzar o retroceder de acuerdo a lo que la razón nos dicte. Hasta que estas disposiciones se asienten, necesitan establecerse; necesitan cierta práctica, lo que al mismo tiempo quiere decir afrontar el peligro y tomar postura de antemano, frente a cualquier disposición, para actuar de forma valiente cuando realmente no nos sentimos valientes.

Porque hay que tener también un valor no sólo físico sino moral para ir adelante de acuerdo a nuestras convicciones. La mera inclinación a hacer las cosas bien no es suficiente. Necesitamos ciencia y muchas veces la sabiduría de un líder para que nuestro modo de actuar vaya en la dirección correcta. Una vez que sabemos dónde está el bien y dónde el mal, necesitamos mover la voluntad, para seguir esa verdad que hay que defender.

«Demasiado poco valor es cobardía, demasiado valor es temeridad»

Cuando volvía a Madrid desde Nueva York el 17 de septiembre de 2001, en el primer avión que volaba hacia España después de los atentados, se sentó a mi lado una mujer joven, no llegaba a los treinta años, que de inmediato empezó a hablar. Sufría un verdadero ataque de pánico o de ansiedad; cada pasajero le parecía un suicida en potencia. Me preguntó un millón de veces por qué yo no tenía el mismo miedo que ella. Para distraerla, misión casi imposible, nos pusimos a charlar de su vida y de la mía. De origen ruso, vivía en París y trabajaba como modelo de una firma de joyería muy conocida. Me iba contando su historia, pero, entre frase y frase, volvía a su tema: «¿No nos ocurrirá nada en este vuelo?». Se me ocurrió llamar a un amigo mío que estaba en el avión, y que sin duda tenía la misma sensación que el resto de los viajeros después de una semana apocalíptica. Se quedó muy extrañado cuando le presenté a esta chica, muy guapa, y le expliqué en dos segundos el terror ciego de aquella mujer, pidiéndole que le dijera por qué íbamos con tanta tranquilidad en ese viaje. La verdad es que se le ocurrió una fórmula casi infalible: «¡Porque para siempre seremos los primeros que nos hemos atrevido a subir a un avión después de lo que ha ocurrido! Saber arriesgarse tiene un

mérito enorme. ¿No te parece importante?».».

Él volvió a su sitio muerto de risa, pero para ella este argumento improvisado fue el mejor sedante. Cenó un poco. Me dijo que no creía en nada pero que le ayudara a rezar y se durmió hasta Madrid. Como la que no pegué ojo fui yo, saqué un libro de Richard Capen Jr., *Finish strong*, que compré en el aeropuerto, de enorme éxito en los últimos meses en Estados Unidos. Su tesis se resume en una idea que me pareció escrita para momentos como el que estábamos viviendo: cuando se tiene un gran proyecto es fundamental proponerse vivir cada día de nuestra vida como si fuese el último. Una serie de personalidades de los más diversos campos responden, a lo largo del libro, sobre qué motivaciones les llevaron a luchar hasta conseguir los distintos fines que cada uno perseguía para cumplir con su propia misión. Todos coinciden en algo importante: «Nunca es pronto para trazarse los objetivos a conseguir. Mañana puede ser tarde».

Con el impacto de lo que hemos vivido y de lo que nos espera, no estaría de más preguntarnos de vez en cuando: ¿qué haré con este día, este regalo de Dios de valor incalculable que se abre ante mí cada mañana? No hay que esperar que ocurra otra salvajada del calibre de la que ocurrió el día 11 de septiembre para ser capaces de enfocar la existencia a la luz de una idea elemental: hay que exprimir al máximo cada oportunidad que se nos brinda en la vida para llenarla con algo que valga la pena, trascendiendo lo inmediato. Mi último día deberá ser el mejor de mi vida; lo viviré como si fuese el último de mi existencia. Y, si no lo es, caeré de rodillas y daré gracias a Dios.

«La vida nunca es algo, sino la ocasión para algo. Aunque se diera la catástrofe de una tercera guerra mundial, nunca sería inútil nuestro trabajo de cada día y de cada hora». Esta afirmación es un retazo de la larga conversación ya comentada que tuve en cierta ocasión con Victor Frankl, psiquiatra vienés, judío, autor de *El hombre en busca de sentido*. Decía, por ejemplo, algo de una actualidad rabiosa en estos momentos: que uno de los males de nuestro tiempo -que él, buen psiquiatra, diagnosticaba con certeza como enfermedad espiritual- es el fatalismo, la creencia en el poder del destino, la actitud provisional ante la existencia, en una palabra, que en ningún caso está justificada. «La vida no carece de sentido ni tan siquiera ante un peligro inminente -sentenciaba con fuerza-. Incluso en este caso el hombre está ante una tarea muy concreta y personal, aunque sólo fuera la de llevar a término el sufrimiento recto, íntegro, de un destino auténtico».

Aquel hombre, que superó los máximos sufrimientos físicos y morales, que pasó por la carencia casi absoluta de lo indispensable, se rebelaba ante una sociedad atrofiada por la abundancia. No cesaba de repetir que la sociedad del bienestar y el consumismo son un gran peligro para el hombre. La gente gana dinero pero muchas veces no sabe en qué emplearlo. Les domina el materialismo, que anula hasta tal punto los valores del espíritu que quienes caen en sus redes están abocados a un terrible vacío «lleno de espejismos».

Al salir de Auschwitz, despojado de todo, sin familia, sin nada material, escribió lo siguiente:

Lo único que de verdad necesitamos es un cambio radical en nuestra actitud ante la vida. Tenemos que aprender y enseñar que no importa que no esperemos nada de la vida, sino que lo fundamental es lo que la vida espera de nosotros. Nuestra réplica tiene que estar hecha no a base de palabras sino de una conducta recta. En última instancia, vivir significa asumir la responsabilidad de encontrar la respuesta correcta a los problemas que ello plantea y cumplir las tareas que la vida asigna a cada individuo.

El hilo conductor de su pensamiento giraba en torno a una de sus grandes preocupaciones: el hombre tiene dañada su parte espiritual. Ha perdido el sentido de la trascendencia porque le han engañado, como a un niño, con los brillos y los colores de lo material. Sus estudiantes austriacos y alemanes, en un estudio que realizó en la universidad, le habían proporcionado un resultado revelador: un 40 por ciento confesaron que habían experimentado angustia total por no encontrarle un sentido a su vida. En sus clases de Estados Unidos la cifra se disparaba hasta llegar a un 80 por ciento. Con estos datos era sencillo sacar como conclusión que la falta de rumbo, el hastío, el aburrimiento, es una enfermedad que ataca a las sociedades ricas, a gentes con una vida fácil en apariencia, que tantas veces termina en neurosis.

Frankl, pese a conocer esa realidad, seguía creyendo en las posibilidades del ser humano. Me contó que había recibido la carta de un estudiante de Texas que había tenido un accidente de coche en el que se había roto la columna. Había quedado totalmente paralizado, desde el cuello a los pies; se podía ver en unas fotos que le había enviado. Era un chico joven, con el rostro normal, pero el resto era un esqueleto. En aquella carta le dijo que había leído su libro sobre el campo de concentración cuatro o cinco veces, y había decidido transmitirle su gran logro en la vida a partir de aquella lectura: «Me he roto la columna -decía-, pero la columna no me ha roto a mí».

Le invitaron a dar una conferencia en el Congreso Mundial de Logoterapia. Voló a Europa con una enfermera y habló desde su silla de ruedas. Fue una prueba impresionante de lo que un ser humano puede conseguir. Es cuestión de marcarse objetivos ambiciosos, incluso aunque parezcan imposibles de alcanzar.

Como dijo Goethe, «si tomamos a los hombres tal y como son, los hacemos peores de lo que son; si los tratamos como si fuesen lo que debían ser, los convertimos en lo que pueden llegar a ser».

Cuando le pregunté a este médico judío cuáles eran, en su opinión, los valores que debíamos rescatar en el mundo para sacar a la sociedad de la crisis en la que estaba sumida, me contestó sin dudar:

-Los Diez Mandamientos. Los desastres que estamos sufriendo son la consecuencia de haber rechazado lo que Dios quiso para el hombre: no robar, no matar, no mentir, no cometer adulterio, honrar al padre y a la madre... Es el único valor universal. Cuando la gente vuelve la espalda a Dios ocurre lo que estamos viendo: se llega al más absoluto desprecio de la vida.

Es elocuente que un sabio de su categoría se adelantara a lo que tantas veces repitió Juan Pablo II a lo largo de sus veintiséis años de pontificado: «El eclipse de Dios lleva al eclipse del hombre».

# 8

## SENTIDO COMÚN

### ¿El menos común de todos los sentidos?

**A**l hablar acerca de lo que es el sentido común y aquello que no tiene nada que ver con él, lo primero que se nos viene a la cabeza es el tópico -que encierra un poco de verdad, un mucho de exageración y otro tanto de ignorancia- de que se trata del «menos común de los sentidos». De todo lo que he leído y recordado sobre este asunto me ha gustado, por su carácter positivo, un comentario del poeta, crítico y filósofo inglés Samuel Coleridge, quien nos explica que «el sentido común, llevado a un grado nada común, es lo que otros llaman sabiduría». Jacinto Benavente, dando la vuelta al razonamiento, decía que «es más fácil ser genial que tener sentido común», mientras que Miguel de Unamuno comentó, en cierta ocasión, que «hay gente tan llena de sentido común que no le llega el más pequeño rincón para el propio». Por su parte, el poeta y escritor francés Max Jacob opinaba que el sentido común es el instinto de la verdad, y a Einstein se le atribuye la afirmación de que «el sentido común es una colección de prejuicios adquiridos a los dieciocho años».

¿A quién seguir en su línea de pensamiento?

Para enfocar el tema con el máximo rigor, ya que a nadie le molesta ser uno de los individuos que está en posesión de «ese sexto sentido», como también se le llama al protagonista de estas páginas, he cambiado impresiones con una de esas personas sabias y profundas que la vida nos regala de vez en cuando; una mujer de edad indefinida ya que, por encima de los datos de su carné de identidad, se mantiene con una increíble juventud de espíritu gracias, entre otras cosas muy serias, a su curiosidad intelectual. Culta y trabajadora de los pies a la cabeza, no deja descansar a su cerebro y aprovecha esos cinco minutos perdidos en el día que todos dedicamos a relajarnos un rato y

descansar, para leer una poesía, un texto de prosa o incluso las instrucciones del último invento informático del mercado; porque el estar abierta al progreso es otro de los secretos que la mantienen al día de lo que ocurre.

A esta mujer tan observadora hay que escucharla con atención cuando dice algo, porque jamás se queda en la superficie de las cosas. Todo lo argumenta con los libros que toma de su biblioteca, llena de verdaderas joyas clásicas o contemporáneas. Es filóloga, filósofa y, aunque no le gusta demasiado contarlos, por lo que la profesión supone de superficialidad en algunos casos, también periodista.

Cuando la llamé para preguntarle si entre sus tesoros podía tener algún libro sobre el sentido común que me situara en la verdad estricta del tema, me prometió que lo miraría y me diría algo. Al cabo de pocos días se presentó en mi despacho ¡nada menos! que con la Suma teológica de santo Tomás de Aquino y con el Manual de filosofía tomista. No me dio un síncope porque ya sabía a lo que me exponía al hacerle la consulta, pero casi. Se me corta la respiración al verle llegar. Pese al primer susto, debo confesar que su ayuda me vino de perlas, porque esta profesora, una vez más, me obligó a una reflexión seria, inteligente, aguda y, sobre todo, certera acerca de lo que todos, vulgarmente, llamamos «sentido común».

«Aquí está lo que buscas», me dijo con cierta ironía, porque sabía que no estaba escribiendo un tratado sobre el Doctor Angélico ni sobre la inmortalidad del cangrejo, pero me conoce lo suficiente como para entender mi inquietud de transmitir ideas con fundamento y con el máximo rigor y sentido común posibles.

En efecto, en la obra magna de santo Tomás había señalado un capítulo sobre el hombre y sus facultades, en el que Aquino explica que «lo común no se opone a lo propio. Por lo tanto, el sentido común no debe ser enumerado entre las facultades interiores sensitivas, al margen de los sentidos externos propios». Y en el siguiente párrafo, que a continuación transcribo, nos sitúa con precisión en el meollo del asunto:

La realidad de lo que casi todos nosotros, es decir, el vulgo, llamamos sentido común, es una potencia interior de la parte sensitiva del hombre, raíz y principio de los sentidos externos. Al sentido común le corresponde el juicio del discernimiento, pues a él se dirigen como a su término las aprehensiones de los sentidos y también le corresponde percibir las intenciones de los sentidos, como cuando alguien ve que ve.

En una nota a pie de página del tratado (c. 78, a. 4) se nos explica que «el sentido común no tenía el significado hoy habitual en el lenguaje corriente y que, a partir de Thomas Reid, el fundador en el siglo XVIII de la "escuela escocesa del sentido común" se aplica ese enfoque en la filosofía Tal y como él lo entendía, era algo común a todos los sentidos externos. Se trataba, en definitiva, de un elemento importante en la estructura y en la dinámica aristotélica del conocimiento como facultad puente entre los sentidos externos e internos.

En mis años de estudiante en la Universidad de Navarra tuve la oportunidad de conocer a una serie de pensadores, profesores de distintas especialidades, que venían a dar seminarios y conferencias. El ser aspirante a periodista me daba una cierta carta blanca para acercarme a ellos; llena de curiosidad, trataba de aprovechar al máximo y saber un poco más de su vida y de su ciencia. Siempre he tenido la convicción de que algo de su maestría y sus conocimientos se queda grabado después de una conversación con personas de tal categoría intelectual y moral.

Me ocurrió con Gustave Thibon, un profesor francés que rondaba los setenta años la primera vez que vino a la universidad. Traté de hacerle una entrevista antes de su conferencia, pero, con una sonrisa encantadora, me dijo que no con una buena razón: cuando se va a hablar en público, para no hacerlo a tontas y a locas y no desviarse de lo esencial, es preciso concentrarse y meditar en silencio sobre lo que uno va a decir. Thibon tenía la sana costumbre de reflexionar sobre esas ideas fundamentales antes de exponerlas, consciente de que, pese a ser una parte de su propia vida con la que mantenía una perfecta relación, no quería echarla a perder por una improvisación o, simplemente, un despiste. Es decir, a su edad y con su experiencia se exigía unos minutos de abstracción para tener despejada la mente al dirigirse al público.

¡Cuántas veces me ha venido a la cabeza este rasgo que, en mi opinión, define un buen aspecto de lo que es el sentido común aplicado a una situación cualquiera! Cada vez que, antes de pronunciar una conferencia o de presentar un libro me he visto rodeada por dos o tres periodistas, encantadores, por supuesto, que me piden responder a una serie de preguntas sobre los temas más diversos, compruebo que, efectivamente, se dispersan las ideas, aunque la realidad es que casi nunca tengo la mano izquierda y la capacidad de aplazar esa conversación para un momento mejor y de mayor sosiego.

La primera lección de Thibon, pues, no fue sólo la de tener un sentido práctico de la

vida, sino el saber aplicarlo en cada ocasión, con una mezcla perfecta de sentido común y lógica que, si se explica con buena educación, no tiene por qué molestar a nadie.

Tras su negativa, mientras esperaba que comenzara su intervención, leí el currículo de aquel profesor, que no podía ser más breve y, en cierto modo, menos académico. Nacido en el caserío familiar de Saint Marcel d'Ardèche, muy cerca de Aviñón, donde había vivido toda su vida -de ahí el apodo de «El Filósofo Campesino» con el que se le conocía en muchos ambientes literarios y universitarios de la época-, había asistido a la escuela en su pueblo natal, el único centro docente que frecuentó en su vida como estudiante. No tenía otro título que el de la Enseñanza Primaria. Su inmensa cultura y su carga intelectual, plasmada en cientos de libros, artículos y conferencias, eran la consecuencia de una voluntad de hierro anclada en una dirección inamovible: la búsqueda de la verdad, siempre apoyada por una irrepetible dosis de sentido común y de inteligencia práctica.

Cuando por la tarde cumplió su promesa y me concedió un tiempo para charlar con él, no volvió a mirar el reloj. Me demostró que no tenía ningún inconveniente en mantener una conversación sin prisas. Yo daba mis primeros pasos en la universidad y, con muchos menos años, obviamente, que hoy, miraba a este intelectual con enorme admiración. Sin embargo, él no mostró ni la más mínima desconfianza en una persona que estaba a muchas millas de distancia de su capacidad, su categoría y su preparación.

Aquel señor me ganó el primer saque cuando me preguntó con gran naturalidad, como pidiéndome perdón, si podíamos hablar en francés porque si lo hacía en español sería muy lento. «Tendría que buscar las palabras como se buscan los pájaros que se han escapado de la jaula», comentó.

Enseguida comprobé que, al hablar de cualquier tema, lo hacía con este tipo de metáforas muy gráficas y con una carga poética especial. La conversación fue como si pensara en voz alta, con la máxima sencillez, con un sentido del humor y un ingenio que hacía ameno lo más complicado y con una seriedad de planteamientos que invitaba a una reflexión serena. Todo envuelto en la lírica de lo cotidiano, en una forma espontánea y fresca de ver la vida, acuñada, sin duda, en su largo contacto con la naturaleza, en los campos que rodeaban sus tierras de la Provenza; un hombre educado, como canta el poeta, a golpe de sol y de aire. Todo en su voz, en su forma de actuar y en su estilo dejaba una estela de tierra recién labrada.

Cuando revivo aquella entrevista soy consciente de lo mucho que han cambiado las circunstancias. Todo sucede a la velocidad del rayo en estos inicios del nuevo milenio. El acceso masivo a la educación superior, la globalización, los avances de la técnica y la revolución informática convierten hoy casi en imposible la trayectoria vital de un ser que me contaba, con una franqueza increíble, su formación autodidacta para llegar a la cumbre. Pienso, sin embargo, que su enfoque profundo de los temas nunca pasará de moda.

«La filosofía me interesó para responder a las cuestiones fundamentales del ser humano. Quería comprender el misterio de mi propio destino, si la vida es una comedia o algo con un sentido. No creo tener una inteligencia superior a la media. Empecé a estudiar en serio a los veintidós años y lo hice completamente solo. Tenía hambre, muchísima hambre de saber. Y, como tenía hambre, hice muy buenas digestiones, asimilé lo que estudié muy rápidamente».

Guardo como un tesoro, amarillo por el paso del tiempo, en una época en la que Bill Gates no había inventado aún el disco duro, unas notas recogidas en mi vieja máquina de escribir sobre su conferencia, en la que habló de la diferencia entre la cultura y la instrucción:

La cultura es algo que evoca la agricultura. La tierra que se cultiva no es sólo un depósito de semillas y de plantas sino que colabora activamente en la floración de los granos. La tierra participa en la transformación de las semillas en granos. Además, los vegetales que crecen en la tierra, en cierto modo transforman la tierra. También ocurre así en la cultura. Por el contrario, la instrucción pura y simple no tiene relación con la vida más profunda del hombre. La instrucción es externa, la cultura es algo interior. La instrucción es impersonal, la cultura es personal, se impregna de la vida del propio individuo. Es susceptible de una profundización infinita. Decía Valéry que prefería ser leído siete veces por un solo hombre que una sola vez por siete hombres diferentes. También decía que aquel que hubiese visitado una sola vez Italia y que no deseara volver no merecía haber ido ni una sola vez. No me canso de decir que la verdadera cultura se caracteriza por la profundización de la ignorancia.

Pese a los años que han pasado desde aquel encuentro, me viene a la memoria su mirada; unos ojos cansados de leer y releer a los clásicos -los aforismos socráticos, las sentencias de Platón, el saber de los antiguos maestros..., que miraban al futuro desde su sentido común, el positivismo y el optimismo, pero sin perder la perspectiva de la

realidad (de hecho, al releer mis notas sobre los excesos de la información o la sociedad de consumo, me parece que podía haberlas pronunciado hace pocas horas). ¿Tendrá algo que ver ese sentido común con el sentido o el don de la oportunidad, con ese saber estar en el lugar oportuno de la forma oportuna? ¿Hasta qué punto hay una relación entre la intuición, la prudencia, el sentido común y lo que se califica de inteligencia práctica?

La inteligencia no es cuestión de sexo

Apenas iniciado el nuevo milenio, se publicó en Italia un gran informe sobre la educación que recogió el diario ABC (28 de noviembre de 2000) con un titular que adelantaba una afirmación rotunda: «Las mujeres son más inteligentes que los hombres». Buena llamada para invitar a leer un artículo en el que explicaba, además, otros temas importantes. Decía, por ejemplo, que los rendimientos escolares dependen en primer lugar del nivel educativo de los padres, de los libros y periódicos disponibles en la casa, así como del nivel cultural de la familia. Y se remachaba la primera parte con esta afirmación: las chicas son más inteligentes y trabajadoras que los chicos.

En aquel informe explicaba que las chicas estudian más horas y son más tenaces a la hora de conseguir sus objetivos. Y para no caer en polémicas absurdas que nunca aclaran nada importante, se ponía un punto final al artículo diciendo que «protesten o no protesten, la persona más inteligente de Italia -según el concurso que organiza cada año Mensa entre los mejores cerebros del mundo- es ahora una mujer, Alberta Sestito, de 42 años, que demostró un coeficiente de inteligencia (IQ) de 196, cuando sólo el 2 por ciento de la humanidad supera el 148». Esta mujer, que trabajó en el Ministerio de Hacienda, demostró que, además de ese coeficiente altísimo, tenía también un sentido común supersónico al declarar: «Aunque soy capaz de resolver problemas lógico-deductivos complejos, la inteligencia es otra cosa: es la capacidad de resolver problemas nuevos o de dar nuevas respuestas a problemas viejos». Con toda mi admiración y mi respeto, yo la aplaudiría sobre todo por su sentido común. ¿Qué más da que sea hombre o mujer quien gane ese concurso si no lo sabe aplicar en el día a día?

En su famoso libro *La inteligencia emocional*, Daniel Goleman dedica varias páginas a explicar cómo sacar todo el partido posible a quienes poseen un talento y lo han cultivado para alcanzar una dimensión efectiva. Recoge como dato importante que Robert Sternberg, un psicólogo de la Universidad de Yale, pidió a diferentes personas que definieran a un «individuo inteligente»: los principales rasgos señalados fueron las

habilidades prácticas. Otra investigación le llevó a unas conclusiones que centran muy bien la cuestión:

La inteligencia social [que yo llamaría práctica, es decir, el puro sentido común] no sólo es muy diferente de las habilidades académicas sino que constituye un elemento esencial que permite a la persona afrontar adecuadamente los imperativos prácticos de la vida. Por ejemplo, uno de los elementos fundamentales de la inteligencia práctica que suele valorarse más en el campo laboral es el tipo de sensibilidad que permite a los directivos eficaces darse cuenta de los mensajes tácitos de sus subordinados.

Es interesante, porque da en el clavo de lo que somos y vivimos en el momento actual: conocer las diferencias entre hombre y mujer en la forma de aplicar al día a día las cualidades propias de esa inteligencia práctica.

Las mujeres emocionalmente inteligentes tienden a ser enérgicas y a expresar sentimientos sin rodeos, tienen una visión positiva de sí mismas y para ellas la vida siempre tiene un sentido. Igual que les ocurre a los hombres, suelen ser abiertas y sociables, expresan sus sentimientos adecuadamente, en lugar de dejarse llevar por arranques emocionales de los que se tienen que arrepentir, y soportan bien la tensión. Su equilibrio social les lleva a hacer nuevas amistades sin dificultad. Se sienten lo bastante a gusto consigo mismas como para mostrarse alegres, espontáneas y abiertas a experiencias complicadas. Este tipo de inteligencia aporta, con mucha diferencia, las cualidades que más nos ayudan a convertirnos en seres humanos auténticos.

Después de leer y asimilar estas ideas, he mirado hacia atrás y he vuelto a situarme en mis estupendos años de la universidad y en la etapa profesional en la que hacía mis primeras «hazañas» como periodista. El resultado de ese análisis ha sido darle la razón a este escritor y tratar de resumir alguna de mis experiencias en las que intenté utilizar mi coeficiente, que nunca he medido y que, en cuanto al sentido común, supongo que se situará en una media aceptable.

En más de una ocasión me han preguntado: «¿Le ha resultado difícil su trabajo por ser mujer?». Es verdad que cuando terminé la carrera las mujeres periodistas en España se contaban con los dedos de una mano. Es más: yo tuve que aguantar que no me dejaran hacer las prácticas en la redacción del Diario de Navarra por la noche porque aquello era una especie de territorio comanche donde, a partir de cierta hora, cuando los viejos teletipos empezaban a funcionar, no entraban las mujeres. Teníamos que buscarnos la

vida y demostrar de lo que éramos capaces por otras vías.

Sin embargo, mi respuesta siempre ha sido que no sólo no he encontrado ni media pega, sino que puedo asegurar todo lo contrario; quizás porque, más o menos listas o preparadas que nuestros colegas, lo que sí tenemos las mujeres es un sentido práctico de la vida que, bien manejado, con cierta intuición que nadie nos puede negar y un poco de caradura para no escuchar jamás un «¡no!», conseguimos lo que nos proponemos.

Yo lo pude comprobar de forma evidente una tarde de invierno en Pamplona, la típica ciudad tranquila «de provincias», donde nunca pasaba nada especial. Sin embargo, aquel día sí ocurría un acontecimiento que rompía la monotonía de mi primer curso en la entonces Escuela de Periodismo de la Universidad de Navarra. Debía ser el mes de mayo. Cerca ya de los exámenes, y para poner a prueba nuestra raza periodística, nos enviaron a entrevistar a los ciclistas que corrían la Vuelta a España y llegaban a Pamplona como final de una etapa especialmente dura. Ni que decir tiene que en mi vida me había encontrado en semejante situación, rodeada por los cronistas especializados de periódicos locales y nacionales tan arraigados como El Diario de Navarra o El Pensamiento Navarro, en los que trabajaban profesionales curtidos y con muchos años de pelea en sus espaldas. Todos esperábamos en la meta a un pelotón de ciclistas que llegaban enfurecidos en sus bicicletas y que sólo decían, muy enfadados, que aquel tramo había sido un desastre: se habían empapado con la lluvia al atravesar el pantano de Yesa y, con un tiempo de perros, habían sufrido las mil peripecias de pinchazos, caídas y todo tipo de desgracias para realizar esa prueba deportiva. ¡No había quien les sacara una sola palabra del cuerpo, y, si la soltaban, resultaba imposible e improcedente reproducirlas por el tono y el contenido de lo que decían! «¡Nada de declaraciones!» «Todos al hotel y a olvidarse de esta maldita etapa», gritaban sus mánagers. Los colegas más avezados en estos trances se esfumaron, pero yo no hice ni caso y me organicé las horas siguientes con un único objetivo: cubrir la noticia.

Nunca olvidaré aquella tarde. En parte por mi ignorancia casi total de lo que suponía para estos deportistas lo que habían soportado, y en gran medida por tener diecisiete años y ser mujer, me encontré en el hall de aquel «refugio de los desesperados» en el que se convirtió el hotel Yoldi, un lugar histórico porque, entre otros personajes, Ernest Hemingway había pasado allí más de una vez los Sanfermines. Entre sonrisas y bromas conseguí evadir la barrera de entrenadores y otros acompañantes, que echaban de mala manera a todo aquel que les sonaba a reportero. Tuve que utilizar mis mejores armas -

mano izquierda, sonrisa y sentido común- para que me dejaran pasar y, ¡el colmo!, para que me invitaran a cenar con los héroes de la jornada. Recuerdo, como si fuera hoy, un comedor que tenía una mesa larga al fondo, en la que se iban sentando las grandes figuras del ciclismo de la época, como Coppi o Anquetil, al que llamaban la Saeta Rubia. Una vez aseados y relajados, con un vaso de buen vino y un plato de chistorra delante, bajaban del podio de la fama a la tierra de los mortales normales y corrientes.

Mis conocimientos del ciclismo sólo llegaban entonces a saber lo que era una bicicleta; en ella daba mis grandes paseos en verano y hacía carreras con hermanos, primos y el resto de nuestra pandilla antes de que nos dejaran conducir los 600 de la época. Pero como algo tenía que decir para que no me echaran por ser periodista, me puse a charlar con ellos como si estuviésemos en el típico guateque de la época. Tenía claro que no podía recordarles nada de su etapa horrible, así que lo que pedí que me contaran fue toda una serie de simpáticos detalles de su vida, diferentes de lo que suelen recoger los periódicos tras una carrera ciclista. La crónica de estas declaraciones absolutamente atípicas fue publicada a doble página en el Diario de Navarra al día siguiente. En aquel reportaje no di ni un solo dato técnico de la etapa, pero los lectores se enteraron, muy divertidos, de la vida y milagros de aquellas figuras que habían pasado un par de horas hablando de sus novias, sus mujeres, sus hijos, sus aficiones, sus hábitos a lo largo de las carreras, de lo que suponía para ellos ganar o perder, de lo que hacían los días de descanso... ¡Luego me enteré que había logrado un primer éxito en mi carrera porque mi crónica era «de enorme interés humano»! A mí me pareció fenomenal que así fuera, pero lo que yo había tratado de transmitir era lo que a mí me interesaba de aquellos deportistas. ¿Intuición, curiosidad, sentido común, saber tener recursos? Pienso que una buena mezcla de todo ello, que me sirvió más de una vez en el futuro.

Años después, cuando ya dirigía una revista importante, una entrevista al pianista Arturo Rubinstein supuso otro de los grandes logros de mi carrera. No sé si aquello lo conseguí por sentido común, por sentido periodístico o porque me enseñaron muy bien que un no jamás se escucha en nuestra profesión. Me da lo mismo. La cuestión es que este gran artista me recibió después de uno de sus magníficos conciertos en Madrid, a pesar de que cuando le llamé por teléfono al hotel me contestó con un mal humor terrible:

-¿Qué hora es? ¡Me ha despertado!

Con cierto susto le contesté:

-Lo siento, maestro. Son las once de la mañana y no quería que se fuese de Madrid sin darle la enhorabuena por su actuación en el Teatro Real. Fue soberbia. -Noté que se había calmado un poco y entonces me atreví a seguir-. ¡Me gustaría hacerle una entrevista!

A pesar de su reacción inicial, absolutamente lógica, y tras unas cuantas preguntas sobre mi identidad, cuando le dije que ya estaba en el hall del hotel me contestó, todavía a regañadientes, que en media hora me recibiría. Una vez en su suite, en la que me presenté con un flamante fotógrafo, Miguel Pimentel, conseguí hacerle una entrevista que nunca olvidaré. Es más, cada vez que me preguntan por los personajes que he conocido y que más me han impresionado a lo largo de mi vida, Rubinstein es siempre de los primeros que me viene a la cabeza. Tengo aquella conversación grabada en una de aquellas cintas de esos pequeños magnetofones que nos tenían en vilo hasta que comprobábamos que todo estaba registrado. No era un personaje más. Esa cinta salvaguarda su forma musical de modular cada palabra, su visión poética y entrañable de la vida, así como una serie de observaciones de un sentido común aplastante. Toda una lección que se publicó dos semanas más tarde y de la que puedo entresacar varias de sus respuestas, casi tan valiosas como los acordes de la Gran polonesa con los que nos despidió en el pequeño piano que tenía en uno de los salones que le habían cedido en el hotel.

-Cada concierto que estoy dando ahora [tenía más de ochenta años], como lo ha sido toda mi vida, es un debut. Lo comparo a un torero que tiene que enfrentarse a un toro al que tiene que matar o será matado por él. Es la hora de la verdad. Un compositor tiene tiempo, puede emborracharse, puede hacer todas las tonterías del mundo. A sus horas escribe una sinfonía que es independiente de su autor. Nosotros es diferente. Tenemos el talento dentro de nosotros. No está ni en un banco ni en una caja. Vive con nosotros. Los nervios, el estómago, las noticias malas o buenas, el estado de la cabeza, de las manos. Todo cuenta.

-Luego, ¿el secreto para triunfar es renovarse cada día?

-Es más profundo. Yo me sentí muy desgraciado en mi juventud. Hubo un momento en que todo me iba tan mal que me sentía morir. Pero, como no ocurrió, en cierto modo he resucitado y entonces se me abrieron los ojos sobre la belleza. ¡Cómo puede uno

morir en un mundo en el que Dios nos dio las flores, la poesía; nos dieron el amor, la mente, la concepción de las cosas! Hasta la crítica es una cosa extraordinaria. ¡Adoro el mundo y encuentro que todo sin excepción, hasta ese vaso de agua, es una cosa asombrosa! No podemos acostumbrarnos.

He recordado a este pianista, pero he tenido la enorme suerte de conocer a muchos otros y he conseguido encuentros con personas de gran calado, que me han enriquecido de forma impagable. Muchos de esos encuentros, así como algunas exclusivas importantes, los he conseguido precisamente por ser una persona normal y por tratar de comportarme con sentido común y de forma práctica. Pienso que es una posibilidad al alcance de cualquiera. Basta con empeñarse en elegir el mejor modo de actuar. Gente experta en estos temas me ha asegurado que, metidos en la locura cotidiana, sólo usamos, como media, una milésima parte de las posibilidades que encierra nuestro cerebro. Potenciarlo al máximo supone observar y tratar de conocer a quienes nos rodean y calar en las situaciones que, por insignificantes que parezcan, a menudo nos bloquean y nos llevan a reaccionar de forma absurda. ¿Quién no ha perdido los estribos al enzarzarse en una discusión con un loco del esquí que nos grita porque hemos «invadido su terreno»? Lo mejor en esos casos, y vuelvo a hablar por mi experiencia, es dedicar al que nos grita como un energúmeno la mejor de nuestras sonrisas.

El sentido común nos dice que no vale la pena malgastar un gramo de adrenalina por cosas que no son importantes, sea el tráfico, los chismes, el frío o el calor. Ya se sabe que en verano suben los termómetros y que en invierno llegan a bajo cero. Hoy escribo frente a un paisaje nevado y no se me ocurre ponerme una camiseta de algodón. Me lo dicta el sentido común y el instinto de conservación. Hace muchos años alguien me dijo, a modo de consejo, que quien se deja influir por cosas externas pierde tiempo y energía para salvaguardar los grandes tesoros que dan verdadero valor a la vida.

# 9

## BUEN HUMOR Y ALEGRÍA

### Necesidades en la vida corriente

«**E**l sentido del humor es algo íntimo, interior, fresco, espontáneo, natural. El sentido del humor no se prepara, ni se inventa ni se ingenia, ni permite la manipulación: fluye caudalosamente de la felicidad. Ahora bien, cuando se atesora, si se tiene, cuando los niveles de felicidad y de anclaje en el realismo de la existencia rebosan en sentido del humor, entonces ese humor súbito y espontáneo permite ser esgrimido como truco o arte del vivir y para el vivir». Así define un escritor, José Benigno Freire, este valor impagable en un libro que tiene el atractivo título de Humor y serenidad en la vida corriente.

Una de las grandes oportunidades que me ha dado la vida fue un curso de lengua y civilización francesa que hice en la Universidad de la Sorbona, en París, recién terminado mi bachillerato español. Las clases en el imponente anfiteatro Richelieu no se me olvidan, pese a lo que ha llovido desde aquella época. Es verdad que algunas de ellas, como las de Historia, me abrieron los ojos a la realidad de que cada uno cuenta la feria como le fue en ella. ¡Me parecía insólito escuchar una versión tan parcial de la figura de Napoleón, por ejemplo, y su relación con nuestra tierra! Detalles de esa índole van moldeando, sin ninguna duda, nuestra propia visión de la vida y llevan al convencimiento de que la búsqueda de la verdad es toda una aventura y un empeño serio por oír todas las campanas y conocer al campanero.

De cualquier forma, cada clase era una lección magistral, pronunciada por profesores con una carga intelectual muy sólida y unas dotes de oratoria fuera de lo común. Para ayudarnos a dar pasos firmes en esa escalada del saber y del saber comunicar, cada semana, por grupos de unas cincuenta personas, teníamos que preparar una exposición

de media hora sobre un tema sobre el que se abría un debate. ¿Cómo no recordar las horas que pasé, cuando se acercaba mi turno, encerrada con mis amigos franceses, que me ayudaron a preparar con datos y argumentos irrefutables lo que había supuesto para el mundo el descubrimiento y la conquista de América? Sabía que me iba a enfrentar a un bombardeo de preguntas hechas con rigor y afán de saber y tenía que llevar perfectamente organizadas en mi cabeza las respuestas.

Pese a los muchos años que han pasado, tengo grabados con nitidez esos recuerdos, envueltos en una abrumadora carga positiva de esfuerzo, de trabajo, de apertura de miras. Aprendí muchas cosas entre los muros solemnes, cargados de historia, de aquella institución fundada en 1257 por monseñor Sorbón, capellán del rey san Luis, gracias a los sabios que no sólo enseñaban con su espíritu cartesiano y racionalista, sino que nos obligaban a amueblar nuestra cabeza con todo tipo de trabajos. Como suele ocurrir, en esa etapa de estudiante, única e irrepetible en la vida, gran parte de lo que aprendí fue en los famosos cafés del Barrio Latino, Café de Flore y Les Deux Magots, puntos claves todavía para quienes recorren el Boulevard Saint-Germain, en los que pasábamos horas y horas en torno a una taza de café o una coca-cola hablando de todos los temas que recorrían el amplísimo arco que va de la literatura a la moda, pasando por el arte y la música; incluso nos atrevíamos a discutir sin ningún reparo de política o de religión. Éramos amigos y nos divertía tanto aquel intercambio de opiniones que jamás tuvimos que aplicar esa idea tan repetida de que para tener la fiesta en paz hay temas que no se pueden tocar; idea que se ha convertido en una norma de educación básica y una exigencia del guión de la vida actual bastante compleja. ¿No será, me pregunto al revivir aquellas horas en las que nos reíamos de todo, también de nosotros mismos, sin enfadarnos jamás, que se ha perdido el sentido del humor?

Buscando en esa fuente inagotable que es la *Ética* de Aristóteles, encuentro un apartado que el pensador griego dedica al buen humor, donde expone que en la vida existe el descanso y que durante el mismo es posible distraerse con bromas. Igualmente, en ese ambiente puede darse una conversación sosegada e ingeniosa, en la que uno comenta lo que se debe y en el modo adecuado y los demás hacen lo mismo. «Quienes nunca comentan nada que haga reír y, además, ven con malos ojos que otros lo intenten, se vuelven intratables y ásperos». La verdad es que me pareció una buena descripción de nuestras tertulias en el Barrio Latino. Estrená hamos los años sesenta y, aunque aún no se había impuesto el extremismo del «prohibido prohibir» de Mayo del 68, nosotros lo teníamos muy claro: la libertad de expresión era un hecho y un derecho; lo que

queríamos, por encima de todo, era arreglar el mundo con ese apasionamiento propio de la edad. Y el mundo, una vez más, andaba de cabeza.

Recuerdo como si fuera hoy el lío que se organizó en una de aquellas tertulias en torno a una novela muy famosa en aquellos años, *Bonjour tristesse*, de Françoise Sagan, una autora muy joven cuando la publicó, en 1954. Este libro sacudió a toda una generación que buscaba salir, a base de frivolidad, del horror y la penuria de las dos guerras mundiales que habían destrozado a Europa en la primera mitad del siglo xx. Era la Francia de la guerra de Corea y de Indochina, de Sartre y de Camus, de los existencialistas en las calles de París. Por tratarse de esa época, por el mundo que Sagan describió y por ser la autora una mujer adolescente, la obra despertó una fuerte polémica; más bien, Sagan fue condenada. Pero todo ello le dio, como suele ocurrir, un éxito editorial desmesurado. Hoy la obra, por encima de un texto literario, es el testimonio de una época que ha pasado definitivamente a la historia, de un tiempo decisivo en la segunda parte del siglo xx. Los entonces jóvenes fueron los protagonistas del Mayo del 68 francés. Las frases que repetían y las pancartas con las que cubrieron Europa saltaron a las universidades americanas: «La imaginación al poder», «Prohibido prohibir» o «Después del napalm, ya no hay nada obsceno» vienen a la memoria como un recuerdo de otros tiempos, que sería injusto calificar como más felices o más desgraciados. Fundamentalmente fueron distintos. Todos aquellos años se vivieron bajo la amenaza de una tercera guerra mundial. El mundo era bipolar: por un lado, Estados Unidos; por otro, la Unión Soviética. La caída del Muro de Berlín significó el fin de esta época. Y Fukuyama profetizó el fin de la historia; un mundo en paz, dirigido por un capitalismo democrático. Enseguida estalló la guerra en Yugoslavia, después vino el 11-S y más tarde el 11-M. En definitiva, como escribió Carl Schmitt, se vio que «la guerra es una constante humana que aparece bajo distintas formas». En la actualidad aparece bajo la forma de terrorismo ciego, desgraciadamente, difícil de controlar.

En la novela de Sagan que, como dije, nos llevó a grandes discusiones una tarde después de las clases en la Sorbona, se hacía una radiografía del aburrimiento, algo borrado de nuestra vida en aquellos años inolvidables. Se trataba de un libro sin drama, sin pasiones a primera vista. Lo que ocurría en aquellas páginas que tanto escandalizaron en su época eran juegos de una sociedad burguesa y acomodada que, vista con los ojos de hoy, no sonaría de forma tan desafinada.

Entonces yo acababa de leer otra novela, *Los fantasmas de mi cerebro*, de un autor

español, José María Gironella, que había escrito bajo los efectos demoledores de una depresión. Muy pocos la conocían, pero se quedaron de piedra cuando les comenté que el autor había incluido en su novela «un anuncio a todos los periódicos del mundo» pidiendo al afortunado que la encontrase que le devolviera la alegría. Unas palabras tan pesimistas hicieron temblar a muchas personas y tomar conciencia de los males de una época dura y compli cada que «sólo se podrá soportar en la medida que le devolvamos la alegría», como implicaba el escritor catalán.

Entramos así de lleno en un tema que puede parecer marginal y, sin embargo, es absolutamente vital para resistir la vida en cualquiera de sus etapas y circunstancias. Sólo el ser humano ríe, y sería terrible que se le helara la sonrisa. No es el humor un tema secundario o liviano, intrascendente o circunstancial. El sentido del humor supone para el hombre algo serio porque pertenece a lo específico, sustancial y genuinamente humano, hasta el punto de afirmar que el humor es un efecto o preludio de la felicidad. Sólo este punto de vista de aceptar que el humor anida a la sombra de algo tan necesario para el ser humano como la felicidad, hace que se incluya entre los aspectos cruciales para el hombre.

En el libro ya citado sobre el humor en la vida corriente, el autor da un consejo a los padres para educar a los hijos en un ambiente sano y atractivo. Les dice nada menos que «el primer escalón para aplicar el sentido del humor en la educación de los hijos es el arte de saber decir tonterías». Tienen un gran sentido común sus observaciones, fruto de su experiencia: es fácil conseguir ese objetivo, ya que decir tonterías se encuentra al alcance de casi todos los ingenios. A mí me recuerda al inefable protagonista de Forrest Gump cuando, sentado en un banco del parque, repite «que es tonto el que dice tonterías». Una película que no gustó demasiado a los americanos, porque se veían muy reflejados en la forma simple de plantearse la vida de aquel chico, pero que nos hizo reír y pensar a los espectadores que sí captábamos el mensaje.

Pues bien, el autor sigue adelante con su argumento y asegura que no es tan fácil decir una palabra ingeniosa, un comentario divertido o una broma ocurrente cuando hay un clima de tragedia casera casi siempre por detalles sin importancia; ni tampoco romper la tensión de una comida familiar con una patochada aparente que haga reír a un niño o a un adulto en lugar de hacerle llorar. No se rebaja la autoridad de un padre por combinar la firmeza del educador con el buen humor en un juego con sus hijos. Es lo que un personaje del calibre intelectual de Miguel de Unamuno dijo a un alumno que le pedía

consejo para triunfar: «Si de verdad pretende usted llegar a sabio huya de las personas serias, graves, de los rostros taciturnos y circunspectos, de aquellos que siempre andan con la verdad a cuestras y con la ciencia a gritos. Quien jamás dice tonterías es un tonto de remate». Enfocar las cuestiones con humor es verlas desde un ángulo distinto, y es precisamente la percepción de la realidad desde ese ángulo desconocido lo que provoca el fenómeno del humor.

Si analizamos lo que ocurre a nuestro alrededor, llegamos a la conclusión de que en una sociedad urbana existe un continuo bombardeo informativo que va desde el escaparate al semáforo más largo que lo habitual, donde nos ofrecen hojas impresas de un bar o un espectáculo, que hace que la receptividad tenga que estar más abierta, más alerta de lo habitual, lo que produce una tensión constante que desemboca en el estrés. Vivimos pasados de rosca, es evidente. ¡Cuántas veces apretamos el acelerador por una prisa inventada o supuesta! No es lo mismo hacer la compra en una tienda de pueblo, en esos bazares en los que hay de todo y donde te entretienes un rato de cháchara con la dueña, o en los grandes almacenes en los que, a veces, incluso llegar a la caja para pagar es una hazaña.

Hasta la aparición de la imprenta, en el mundo se publicaban mil libros por año, cien mil por siglo. En los años sesenta esta cifra se alcanzaba en un año y, en los setenta, en tan sólo cuatro meses. ¿Hoy? Si un libro no se vende en los dos primeros meses después de su salida, va al archivo T, o sea Trituradora, antes P, es decir, Papelera. (En una de las tertulias radiofónicas tan populares, intelectuales de primer orden comentaron hace unos meses, al plantearse la posible expropiación de pisos vacíos: «De ahí a que se metan en nuestra biblioteca y se lleven los libros que no he leído...»). Síntoma de la inmensa producción que incapacita el abarcarlo todo).

Las cosas van, pues, a un ritmo de «alta velocidad» y éste arrastra tras de sí la inseguridad, la inestabilidad, los mejores esfuerzos por ser personas equilibradas y ecuánimes. Todo cambia a una velocidad de vértigo. Por poner un ejemplo, antes se nacía y se moría en una misma casa, mientras que las estadísticas actuales afirman que a lo largo de la vida cambiamos tres y hasta cuatro veces de domicilio.

También se multiplica el consumo. Los objetos dejan de fabricarse e incluso la producción es de «usar y tirar». Mi padre alardeaba de conservar y utilizar la pluma que le habían regalado cuando hizo su Primera Comuni3n. Hoy casi todo es desechable,

reciclable, modificable. Cambian las costumbres, así como los modos de hablar y de vivir. Yo diría que, cada treinta años, los plazos se acortan y todo vuelve a empezar. Y a quien no está alerta o no convive con las nuevas generaciones este cambio le produce un desconcierto terrible. Entonces se sienten marginados, desfasados, fuera de juego. Y es que en cada sociedad hay que aceptar el papel que a uno le toca vivir.

Escribo estas líneas en ese momento especial del regreso de las vacaciones de verano. Superada ya la temida operación retorno, estamos de vuelta a nuestra personal e intransferible brecha: la casa por abrir; las idas y venidas por una ciudad intransitable; los niños que vuelven al colegio; los jóvenes que estrenan universidad y los que llaman a puertas y más puertas, entre ilusionados y escépticos, en busca de su primer trabajo; las mil gestiones para dar con esa empleada insustituible que nos solucione un sinfín de problemas domésticos... ¿Para qué aburrir con la lista interminable de asuntos pendientes? ¿Y por qué angustiarnos antes de tiempo con la sospecha de que nos dejaremos la piel en el empeño?

Si nos quedamos en la línea del «imposible» nunca daremos un paso hacia el otro lado, aquel en el que, como descubrió Alicia en el País de las Maravillas, las cosas son posibles. Un paso grande o pequeño, fácil o difícil, monótono y rutinario o divertido y apasionante. Porque en el vivir de cada día, como en tantas circunstancias que componen el entramado de nuestra existencia, el matiz depende muchas veces del famoso cristal con que miremos el espectáculo. Hoy, sin ir más lejos, he oído una de esas típicas y tópicas conversaciones propias de estas fechas. «¡Qué buena cara tienes, se nota que lo has pasado de miedo este verano!». Respuesta: «¡Cómo te lo diría! Lo malo son los once meses que nos quedan por delante». El aguafiestas se encerró seguramente en su despacho, dispuesto a bostezar un buen rato y a seguir con sus lamentos hasta las siguientes vacaciones; el otro se quedó como un cielo que se nubla de repente, con una rebeldía sorda contra esa actitud derrotista del resignado profesional, que se dedica a soportar de mal humor el paso del tiempo, tachando del calendario los días que se le escapan sin pena ni gloria.

Y al oír este diálogo pensé: ya que todos estamos en el mismo barco y sufrimos el mismo trance de volver a ponernos en marcha, será cuestión de hacerlo con buen humor, con sentido común, con optimismo y con esa pizca de ilusión que convierte en algo mágico y entretenido aquello que a los pesimistas profesionales les parece insoportable.

¿Que hay que echarle imaginación a la vida? Pues a ello. Al fin y al cabo, no cuesta dinero ni se pagan impuestos por ese apartado. ¿Que es cuestión de esfuerzo? Sin duda, pero a la larga y a la corta hay que levantarse cada mañana, tanto si estamos abocados a morir de aburrimiento como si nos empeñamos en poner toda la carne en el asador de lo que tenemos que hacer. ¿Que no hay quien soporte, pese a toda esta teoría, ni los lunes ni la vuelta a la realidad? Eso pasa en las mejores familias, si bien también existen los martes, los miércoles, los jueves, los viernes y los fines de semana.

Días y días que hay que convertir en el mejor combinado de trabajo, familia y amistad. Lo que de verdad resulta complicado, a la vez que emocionante, digno del mejor equilibrista, es cubrir con cierto decoro todos los frentes de la vida, a los que a veces hay que sumar los claroscuros de una enfermedad, una mala noticia, el cansancio inevitable... Pero... ¡aburrirse! ¿Quién tiene tiempo para caer en esa trampa?

Como ha escrito Jaime Borrás, un padre de familia con varios hijos y mucha experiencia en la asignatura de superar problemas cotidianos, es cuestión de mentalizarse y decirnos a nosotros mismos: «¡Hoy puedo!». Puedo conseguir una serie de objetivos que, bien organizados, den ese toque decisivo para seguir adelante: aprobar una asignatura pendiente, ser más feliz, recuperar la ilusión y la alegría de vivir, reforzar la relación con tu cónyuge mediante un detalle, aunque ningún aniversario te obligue a hacerlo... Y, sobre todo, valorar lo mucho que tengo para estar de buen humor, frente a lo poco que me falta.

Ha pasado medio siglo

Cambio total de panorama. Ha pasado casi medio siglo desde que los «geniales discutidores» de los cafés de París nos separamos y nos dispersamos por todas las partes del mundo. Las comunicaciones de aquellos años no eran tan fáciles como las del siglo xxi y, sin internet ni teléfonos móviles, pronto perdimos el contacto unos de otros. Pero cuando recuerdo a cada uno de ellos, intuyo que habrán hecho cosas positivas en sus vidas porque teníamos algo muy importante en común: queríamos ser felices y pretendíamos hacer felices a los demás. Como arma infalible teníamos un buen humor indestructible y muchas ganas de comernos el mundo a base de trabajarlo. Odiábamos la violencia y mucho antes que los hippies defendimos el amor muy por encima de la guerra.

A finales de noviembre del año 2005, en Madrid, paré un taxi y saludé al taxista con un «buenos días», sin más; le dije la dirección a la que iba y aquel señor, que tendría alrededor de cincuenta años, me hizo un comentario aparentemente sin importancia: «¿Se da usted cuenta de la mañana que estamos viviendo? Nunca he visto un cielo azul más brillante, un aire más limpio. Es extraordinario». No; no me había fijado en la belleza del otoño madrileño. Me sorprendió el tono simpático y positivo de aquel hombre, en contraste con muchos de sus compañeros, que sueltan improperios por el horror del tráfico, por las obras de la ciudad, por la temperatura... y todo salpicado con la voz en off de los tertulianos de la radio, dedicados a calentar el fuego de la crispación. Sus palabras me sonaron a música celestial y le dije, con la mayor sencillez: «¿Sabe que me ha hecho cambiar de humor? Su comentario es como un soplo de aire fresco en pleno desierto». No se alteró mucho el protagonista. Como buen profesional, siguió sorteando obstáculos para llevarme rápidamente al lugar indicado. Yo insistí y le pregunté si ese estado de ánimo era normal en él o si le ocurría algo especial para estar tan contento ese día. Lamenté no tener una grabadora a mano para recoger su filosofía de la vida tal y como la explicó. En esencia me comentó que la gente, por lo general, se siente desgraciada: «Muchos, desde que se levantan, amanecen con aire negativo y con un mal humor porque han perdido tres cosas fundamentales: la alegría de vivir, la fe en Dios y las ganas de trabajar. Los que no trabajan porque son vagos, no sirven para nada. No se dan cuenta de que lo mejor del trabajo no es sólo tener dinero, sino que, con ese dinero, se puede hacer algo por los demás, por la mujer, por los hijos, por los amigos. Todo va unido. Si vives así, estás feliz y tranquilo, te pase lo que te pase. Y, si además crees en Dios, entiendes a fondo todo lo que te pasa».

¡Qué miseria los euros que le pagué a aquel taxista por su enfoque genial de la vida humana! Un tipo normal y corriente, con expresión de gran paz y una sonrisa sencilla con la que se despidió cuando bajé del coche.

En otra ocasión, hace ya cierto tiempo, me invitaron en Buenos Aires a cenar en la embajada de España -un precioso palacete francés- con Julián Marías como personaje invitado. A lo largo de su larga y pausada conversación, ¡qué gran lección de espíritu positivo nos dio! No era Marías, precisamente, un hombre alegre; desde la muerte de su mujer se encontraba muy solo en la vida, pero quizás esto le llevaba a profundizar en lo más hondo de sí mismo. Entendí mejor en aquella ocasión, sin prisa por terminar, algunas cuestiones que ya había tratado con él en otros encuentros y en una entrevista inolvidable que le hice y que me dio la oportunidad de escuchar sus puntos de vista.

Siempre resaltaba lo positivo de las personas. Le parecía una actitud noble, que nos lleva a ver lo mejor de los demás e incluso de lo que nos ocurre, y a subrayar el aspecto valioso de lo real. La actitud contraria es la de esa gente que busca, con algo parecido al humor o al malhumor negro, el lado peor de las cosas, que por supuesto existe. Es una cuestión de carácter, de mala educación o de educación abandonada en la que se mezclan unos gramos de envidia, amargura, descontento y rabia, porque no se tiene esa cualidad que se admira en los demás.

Decía el profesor Marías que tenía ganas de escribir un artículo que se titulase «Don Pero» a propósito de tantos personajes bastante mediocres, que, ante una realidad estupenda, un paisaje precioso, un hotel impecable, una mujer guapa o una familia destacada rematan la frase con un golpe bajo, pronunciado muchas veces entre dientes: ese «sí, pero... ¡tiene los pies muy grandes!». Esto le ocurrió exactamente a una amiga mía, que era un bellezón, en una fiesta. Cuando la típica persona que no le llegaba ni al tobillo hizo este comentario, más de uno soltó una carcajada por unas palabras que escondían la envidia que le corroía.

Goethe da una definición del diablo como «el espíritu que siempre niega». Se refiere a la actitud de negativismo frente a todo, el polo opuesto de la actitud acogedora, amable ante lo real, que no supone cerrar los ojos a lo que pueda encerrar de malo. La actitud negativa, el malhumor continuo, provienen en muchos casos del hecho de no estar contento con uno mismo. Es lo que contiene ese comentario de «está que no se aguanta a sí misma» sobre una persona malhumorada, preludio casi seguro de «a ésta/éste no hay quien le aguante». No suelen ser causas externas, sino actitudes profundas. Conozco personas con una vida dura que sobrellevan el temporal y son los quitapenas de toda una familia, por su cordialidad, su capacidad de entusiasmo y su alegría contagiosa que arranca casi siempre de tener paz interior.

Objetivo para un año

El brindis de la última Navidad en una familia con varias generaciones reunidas organizó el escándalo: «Para que la juventud a la que van a estar dedicados los 365 días del nuevo año nos invada a todos por igual». La reacción empezó en cadena:

-O sea, ¿que nos piensan dar de lado a unos cuantos a costa de los niñatos? -susurró el prototipo de viejo prematuro, recién cumplidos los treinta.

-¡Muy bien por quien lanzó la idea de dedicarnos otro año! -soltó pletórico el eterno optimista, con bastantes más años y muchas canas, que no entendía al quinceañero de turno que, con ese aire aburrido de estar de vuelta de todo, cortó la broma con un gélido «yo paso»...

Bien dijo Tagore que la edad no está en los años sino en un clima del espíritu. Me atreví a recordarlo en voz alta y la consecuencia fue un concurso para ver quién definía mejor lo que es y lo que no es la juventud. Enseguida se organizaron los turnos y cada cual dio sus ideas. El ordenado de turno, papel y lápiz en mano, anotó las conclusiones. Los rasgos que definen esa actitud ante la vida quedaron resumidos en diez puntos:

- Los jóvenes son, por lo general, gente alegre, optimista.
- La vida es para ellos un proyecto a realizar y, antes, un proyecto a elegir y a asumir como algo propio.
- Están abiertos a grandes posibilidades de futuro y son capaces de un enorme entusiasmo ante el presente, siempre que sea algo valioso.
- El sentido de la amistad prevalece en ellos sobre cualquier otro interés.
- No les gusta hablar de cansancio. Son gente a quienes aún no ha afectado el estrés. Desconocen el agobio y se empeñan por vivir intensamente cualquier situación.
- No han aprendido a desconfiar, de ahí las tremendas desilusiones si no encuentran respuesta a sus compromisos o si yerran en el objetivo.
- Sienten curiosidad, mezcla de inquietud intelectual casi universal. Todo les interesa y es mucho lo que les apasiona.
- El buen humor les atrae tanto que, si no lo tienen, se arriman con ansiedad a quienes disfrutaban de ese valor.
- Los jóvenes, incluso cuando juzgan una situación negativa, huyen de la crítica amarga y de la relación detallada de lo que está mal.
- En definitiva, lo que buscan, lo que persiguen, con lo que sueñan, es con ideales nobles, proyectos por conquistar, logros que den sentido a su vida.

La juventud, en definitiva, se consolida también en la experiencia de las personas adultas, que lleva consigo la acumulación gradual de todo lo que es verdadero, bueno y bello, incluso cuando esté vinculado a toda la carga del mal que incesantemente se hace sentir en el mundo en que vivimos.

Cultivar una incesante novedad de espíritu, aspirar, pase lo que pase, a conquistar metas difíciles sin detenerse por el esfuerzo que supone alcanzarlas, un amor sólido e inquebrantable, ideales por los que vivir, no son el patrimonio de quienes exhiben en su carné de identidad una fecha de nacimiento al alcance de la mano.

Son muchos los grandes hombres a quienes los años no lograron envejecer el alma. Picasso tenía noventa cuando confesó que aún no había pintado su mejor cuadro. Y Arturo Rubinstein me aseguró en una entrevista, cuando acababa de cumplir setenta y cuatro, que jamás se había quedado satisfecho después de un concierto. O ese gran papa que fue Juan Pablo II, cuyo corazón, más joven cada día, en un cuerpo destrozado al final de su vida, removió a creyentes y no creyentes, movilizó a millones de personas a lo largo de sus veintiséis años de pontificado, hasta la hora de su último adiós en la tierra.

¿Cuál será la fórmula secreta de estos personajes y tantos otros también fantásticos que se podrían citar? Hay algunos rasgos comunes: una dosis considerable de buen humor capaz de amortiguar las dificultades; horas de trabajo incalculables, que se olvidan como algo demasiado común para tenerlo en cuenta; un optimismo a toda prueba y una juventud de espíritu, cuyo objetivo es lograr una mayor calidad para sus vidas.

Me atrevo, por último, a plagiar al poeta hindú con un ligero cambio: la juventud no está sólo en los años, sino en ese clima del espíritu.

## ARMONÍA Y EQUILIBRIO

### Claves para lograr el sentido estético

«**C**ada cosa tiene su belleza, pero no todos pueden verla» es una de las máximas del pensador chino Confucio que puede darnos un toque de atención para hablar de algo tan importante como el sentido estético.

Hace varios años, el Instituto de Cultura Hispánica -hoy Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI)- organizaba en Bilbao un certamen de cine para documentales de países europeos y latinoamericanos. El premio era un «Mikeldi», divinidad vasca, de oro, que le daba al concurso, internacional por sus participantes, esa cierta aureola del misterio que encierran las leyendas mitológicas.

Mi madre formaba parte del Comité de Cultura y del Jurado, por lo que yo tuve la suerte de acompañarle, en muchas ocasiones, a la proyección de los cortometrajes que se presentaban. De las innumerables películas que pude ver a lo largo de varios años, hay una que recuerdo como si fuera ayer. Su argumento era un aspecto de la vida de Picasso, a quien al comienzo se veía, en un primer plano, en su estudio de París, donde transcurría la película, de espaldas al público. Con el torso desnudo aparecía sentado frente a un inmenso lienzo blanco apoyado en un caballete, con una paleta en su mano izquierda llena de todos los colores imaginables, y en la derecha varios pinceles y lápices. El director de la película, Claude Mauriac, nos metía en el gran ático en el que el pintor, completamente abstraído del mundo, iniciaba su obra de arte. Se le veía dibujar, con trazos firmes, lo que su inspiración le iba haciendo ver; apenas levantaba el lápiz de la tela y, cuando lo hacía, era para inclinarse hacia atrás y contemplar, con cierta perspectiva, el resultado de su trabajo. Era apasionante seguir, junto al artista, los pasos de su inspiración. Me viene a la memoria, con enorme nitidez, uno de esos momentos en

los que el cuadro que contemplaba y que veíamos con él era, a mi modo de ver, perfecto, con una calidad estética excepcional. Guardo en mi subconsciente el impulso de gritarle, como hacen los niños en las películas del oeste cuando ven amenazado a su héroe: «¡Cuidado, no te muevas!».

Lo que había en el cuadro, hasta ese instante, me parecía una maravilla. Gracias a un efecto óptico excelente, se veía al pintor reflejado en un espejo, con una expresión muy singular: aquellos ojos saltones, como emborrachados por una furia extraña de la que fluía su mente desbordante de extravagancias y rupturas, de imágenes disonantes con un toque de abstracción indescifrable. En efecto, con algo muy parecido al delirium tremens, con un gesto de ingenio sorprendente, el resto de la película consistía en mostrarnos un método frenético de destrozar, sin piedad, su propia obra, añadiéndole líneas, colores, formas y figuras incoherentes, imposibles de concebir para una mente medianamente normal: un par de piernas deformes saliendo de los ojos de un toro o la mitad de una silueta de mujer distorsionada entre figuras indescifrables. Cada movimiento del pintor suponía un nuevo rompimiento del orden natural de la composición primitiva, tal y como lo había plasmado el artista en aquel momento inicial en el que admiraba su propia obra. El resultado de aquel arrebato de una mente fuera de lo común, *Tauromaquia*, es uno de sus más famosos cuadros, que está en el Museo Picasso del parisino barrio Le Marais, con la colección privada que sus herederos, cuando murió su padre, cedieron al gobierno francés. Los visitantes se detienen invariablemente al verlo y, entre la extrañeza y la incompreensión, suelen comentar: «¿Cómo es posible que esto haya salido de la cabeza de un artista tan genial? ¿Qué pretendió al pintarlo?».

Cada vez que he visto esta pintura he recordado aquel momento preciso en el que, tanto el creador como el público, teníamos ante nuestros ojos una obra maestra que, por capricho del artista o por un impulso incontrolable, terminó en aquel laberinto, tan difícil de interpretar. Sólo su propio autor guardaba el secreto, que un día desveló a su amigo Zervos: «En mi obra un cuadro es una suma de destrucciones».

Son ideas, recuerdos y una posible explicación a la obra del pintor malagueño que me han venido a la cabeza al recorrer, en el Museo Reina Sofía de Madrid, la exposición «Picasso: las grandes series», que muestra la producción del artista en un espacio concreto de su vida, desde 1953 hasta 1973; unos años en los que continuó su trayectoria, innovadora y genial, con su modo especial de interpretar el arte y su

inagotable espíritu de superación. Las colas para ver la exposición eran impresionantes. Un éxito sólo superado hasta ahora por la gran muestra de Velázquez, expuesta en el Museo del Prado en 1989.

«La belleza de las cosas existe en el espíritu de quien las contempla»

Así lo afirma Hume, pero yo le añado que también es verdad que, a base de contemplar la belleza, el espíritu la hace suya. Pude entenderlo de esta forma en Florencia, una ciudad en la que se respira belleza y sentido estético ya desde el cielo, antes de aterrizar. Presencí allí una escena inolvidable. Recorría una vez más la Galleria degli Uffizi -uno de los mejores museos de pintura y escultura del mundo, donde procuro perderme un rato cada vez que tengo la suerte de viajar a esta zona de Italia-, con su colección de cuadros primitivos y del Renacimiento temprano, que se considera la mejor colección de obras maestras, desde Giotto a Fray Angelico, pasando por Botticelli, Leonardo daVinci, Rafael o Miguel Ángel, junto a otros maestros no italianos. El museo ocupa el último piso de un edificio construido por Vasari en el siglo xvi para albergar las oficinas del estado de la Toscana. Fue el gran duque Francisco I quien creó la galería y la enriqueció con obras de arte de la familia Médici, los grandes coleccionistas de su época.

No seguiré con la descripción de Florencia y sus maravillas, que merecen no un capítulo sino varios libros, que por suerte ya existen, pero tengo que describir el espectáculo que presencié aquella mañana. Frente a La Primavera de Botticelli me encontré con un grupo de niñas y niños, que no tendrían más de seis años, sentados en el suelo en un semicírculo. Cerca del cuadro, dándole la espalda pero con gran respeto es decir, un poco ladeada-, una profesora mantenía absortos a sus cuarenta alumnos, que estaban disfrutando de la belleza del cuadro como nunca después he vuelto a ver a niños de esa edad y a casi ninguna otra persona. Me quedé discretamente en un ángulo para escuchar la clase, que tenía un ritmo perfecto: al silencio absoluto, contemplativo, seguía una pregunta que les hacía aquella experta: «¿Qué descubriste en este cuadro?». Les exigía una descripción detallada de un matiz, de un tono, de un color, de una línea, de una textura, de una transparencia, de la armonía, del equilibrio, de un movimiento o de un ligero claroscuro.

No puedo repetir las respuestas de aquellos niños, pero recuerdo, casi de forma

fotográfica, la fuerza con la que se metían en la escena y la expresión de algunos de ellos de estar emborrachados de la belleza que miraban extasiados. Se captaba en lo que decían su nivel de sensibilidad, que en algunos casos era extrema. El conjunto emocionaba: niños de esa edad quietos, absortos, discurriendo y trascendiendo lo que aparecía a primera vista y dando una explicación preciosa de aquel cuadro.

Por la tarde estuve en un desfile de moda que había en una galería de arte de la ciudad. Viendo los modelos, en tonos muy especiales, con contrastes atrevidos, mezclas de rosas y malvas, recordé de inmediato la escena del museo y comprendí que la carga estética que se respira en Italia, en el diseño, en la moda o en los grandes monumentos, arranca sin duda de esas lecciones magistrales que los niños tienen la suerte de recibir desde muy pequeños en los museos o, simplemente, paseando por las calles. Es cierto que también en España y en otros países se organizan actividades parecidas, pero hay un algo más en esa tierra que produce en sus gentes un peculiar sentido estético.

### Belleza hasta en el metro

Poco después pasé unas horas en Milán con una persona que no conocía esta ciudad. Su marido, un financiero lleno de inquietudes culturales pero que, como tantos en su situación, viven a ritmo de «jet», sin un segundo para disfrutar de esos pequeños placeres de la vida como el que encierra descubrir una ciudad, había prevenido a su mujer con el típico prejuicio de quien ve el mundo desde la óptica de una reunión de negocios: «Os sobran varias horas después de vuestra gestión. Lo único que vale la pena visitar en Milán es la plaza del Duomo y el teatro de La Scala».

Al recordar aquel martes de diciembre en el que exprimimos, segundo a segundo, las seis horas que nos quedaban entre los dos vuelos, recordamos su opinión para morirnos de risa y de pasmo. Puedo asegurar que, pese a la premura del tiempo y a la infinidad de veces que he recorrido Milán de un extremo a otro, aquel viaje a contrarreloj fue uno en los que más he disfrutado y aprendido lo que supone esa carga de arte, cultura y civilización que se respira en cada rincón de esta ciudad y que tanto aportan a la valiosa denominación del «Made in Italy».

Sin duda, mi papel de cicerone y la ilusión por enseñar la capital de la Lombardía, centro y eje de la industria italiana, me aportó un valor añadido al que encierra volver a descubrir un lugar impregnado de belleza, donde impera el más arriesgado diseño de

vanguardia entremezclado con edificios románicos, renacentistas o barrocos. Una vez más recorrí con verdadera admiración esas calles empedradas, con rumor de historia entre sus piedras, donde a la vuelta de cualquier esquina nos sorprenden unos patios de proporciones perfectas, cobijados tras los portones con siglos de nobleza de sangre o de esa otra forma de nobleza, la del trabajo, que otorga a tantos personajes de esta tierra el prestigio envidiable del diseño italiano y que se plasma en las fachadas de las casas, en los edificios públicos o en las tiendas impresionantes, no tanto por lo que venden -que por cierto es bastante extraordinario-, sino por la imaginación, el buen gusto, la modernidad y la fantasía que derrochan en escaparates y en el concepto de tienda muy especial con el que funcionan.

Teníamos una entrevista a mediodía, lo que resultaba perfecto para salir a tomar algo rápido en cualquier sitio, seguir nuestra carrera y no dejar en el tintero nada de lo que queríamos ver. Por suerte aterrizamos, para reponer fuerzas, en el recién inaugurado Espacio Armani, que es mucho más que una tienda, como su nombre indica. Un alarde de sencillez y de buen gusto, inabarcable por la cantidad de detalles, pero que, gracias al juego de líneas y al equilibrio del conjunto, se capta bastante de golpe. Hecho el recorrido de este nuevo cuartel general de uno de los diseñadores insignia de Milán, subimos al tercer piso, donde hay un pequeño restaurante que bien podría llamarse «El Reposo del Guerrero». En pocos minutos, siempre en ese ambiente de serenidad y armonía, nos prepararon una pasta al dente, de la que los italianos son verdaderos maestros.

¿Qué hacer en la hora y media que teníamos para llegar al avión que nos traería a Madrid? Nada mejor, como canta Serrat, que «hacer camino al andar». En este caso fueron las calles peatonales del centro de la ciudad, por las que fuimos empapándonos de cada detalle de genialidad que aparece en todo lo que ronda y rodea el arte en sus distintas manifestaciones. Después de caminar bastante tiempo desembocamos en la plaza del Duomo, la imponente catedral que, sin ninguna duda, hay que ver, mirar y admirar siempre. Faltaban pocas semanas para la Navidad y estaban rematando la iluminación, una serie de abetos enormes que realzaban la belleza de esa fachada perfectamente restaurada. A la luz del tramonto, las miles de pequeñas luces que adornaban estos árboles gigantes daban al conjunto monumental un toque mágico.

Estábamos en plena contemplación de la plaza cuando, de pronto, ¡horror!, las campanas del reloj nos devolvieron a la realidad. Teníamos que salir hacia el aeropuerto

en el acto si no queríamos perder el avión. Un guía encantador nos recomendó, entre gestos muy expresivos, también típicos del lugar, la única forma de conseguirlo: ir en metro y luego en tren hasta Malpensa; por supuesto, nos lanzamos a la aventura.

Lo que nunca me imaginé es que el papel que me iba a devolver la máquina, para poder viajar en un vagón del metro, iba a ser una última clave para comprender ese especialísimo amor al arte en cualquiera de sus manifestaciones que se respira en Italia. «Giuseppe Verdi. L'uomo, l'opera, il mito», decía el billete que nos trasladó al aeropuerto.

### Sentido estético en la moda

Una de las mujeres que más influyó en la estética del siglo xx fue Coco Chanel. La conocí en uno de sus últimos desfiles en la rue Cambon de París, cuando tenía ya muchos años pero seguía con la misma fuerza en la mirada; se agazapaba detrás de una escalera, que aún existe, para no perder detalle de lo que ocurría. Confieso que me pareció tan espectacular ver a ese mito del mundo de la moda, que no recuerdo nada del desfile y sí puedo repetir cada gesto de los que ella hacía, dirigiendo desde su puesto de mando todo lo que ocurría.

Años después, en uno de mis viajes para ver las colecciones en distintas capitales de la moda, bastante aburrida por lo que se había presentado en nombre de lo nuevo, de lo vanguardista y de las tendencias estéticas del momento, me senté a pensar un rato en el hall del hotel Ritz, donde tenía su apartamento esta mujer, y le escribí una carta. No me importa reproducirla, en mi empeño por compartir con ustedes el contraste que existe entre lo que hoy se nos presenta bajo el concepto de moda y lo que inventó un personaje tan genial como Chanel.

Querida Coco:

Estoy un poco cansada de las colecciones. En los últimos rieles he visto lo que se ha presentado en París y Milán, en Madrid, Nueva York y Londres. Estoy al día de todo o casi todo lo que se publica sobre las pasarelas de las capitales de la moda. Y ¡no lo puedo remediar! Frente al pandemónium de lo que veo me vienen a la cabeza tus frases rotundas, sentencias sabias y divertidas, con las que en otro momento crítico para la moda no sólo definías una forma de vestir sino que llegaste mucho más

lejos.

Con tus afirmaciones cargadas de ironía, de agudeza y de sentido común dibujabas, o mejor, anunciabas a la mujer contemporánea. «He instalado la libertad en el cuerpo de las mujeres -declarabas con uno de tus golpes de genio-; aquellas darlas sudaban bajo los corsés, las puntillas, los forros y los rellenos. La mujer era un pretexto para la riqueza y yo acabé con aquello». Desde tu puesto de observación de la rue Cambon, sentada en un peldaño de la escalera, seguías tus creaciones y dabas un golpe de timón decisivo, mientras dejabas caer una retahíla de comentarios eternamente válidos. «La moda tiene que hacer sonreír y no reír; tiene que ser gracia y no imbecilidad», repetías, consciente del choque que suponían tus ideas. En la mitad del siglo xx declaraste la guerra sin cuartel a la elegancia complicada, a los disfraces absurdos, a la extravagancia. Fuiste capaz de simplificar, de acortar, de buscar la armonía y de proclamar a gritos que l'allure de un vestido está en la libertad de movimiento y que una moda que no desciende a la calle, que no recorre el mundo, no es moda.

Y, en efecto, la calle se modernizó gracias al nuevo aire de tus faldas, de tus pantalones, del famoso tailleur, que marcaron una forma inusual no sólo de vestir sino de andar y de moverse. Con mirada inteligente y moderna pensaste en la mujer que conduce, que va en autobús o en metro, que no iba a parar de ir de un lado a otro. Por eso insistías que la moda debe ser práctica. Nada de elementos inútiles. Los botones tienen que abrocharse. Las joyas están para enriquecer una sencillez premeditada. Deben ser falsas.

Corno te decía, me gustaría saber tu opinión sobre lo que está ocurriendo en la moda en las últimas temporadas, que para mí oscilan entre una declaración de guerra a la moda (es decir, la antinioda), la cultura del feísmo en algunos casos o el juego de los extremos violentos que deriva en una cierta postura mental y vital de «¡qué más da lo que se lleva!».

La razón de esta actitud radica, en buena medida, en las propuestas dispares o disparatadas que lanzan algunos diseñadores. Lo de menos es el largo o el corto, los pantalones anchos o estrechos. Lo de más es el desconcierto que llevaría al borde de la locura a quien lo tomara en serio, pasando sin solución de continuidad de la fluidez más sutil, de las transparencias casi mágicas, a las ropas en versión punk; del estilo colegial, ingenuo y natural a los brillos metálicos y a los tejidos barrocos; de la explosión étnica que nos acerca el inundo más exótico, desde las tribus massais a los mercados árabes, pasando por las túnicas griegas, romanas o etruscas, para volver al minimalismo más estricto entre vestigios del neo-hippie y alguna reminiscencia grunge, que acaba en el estilo drunge, mezcla del dandy y el grunge.

¿Por qué estos vaivenes? ¿Por qué es tan extrema y muchas veces absurda la moda? ¿Se acabará imponiendo una corriente de antinioda, de pasar de la moda?

El n'uiporte quoj, tan francés en su origen, ha saltado hasta los grupos vanguardistas de Nueva York, que ahora lo devuelven reciclado en una forma de vestir cómoda, libre y liberada, realista y práctica. Pienso que la tendencia americana conecta con tu espíritu liberal cercano al american way of life, que se impone en la moda con una buena dosis de sentido comercial. «Aquí vence quien vende», comentaba un periodista en las carpas del Bryan Park neoyorquino después de uno de los desfiles. Los italianos y tus paisanos, los franceses, ya han importado a los mejores diseñadores jóvenes americanos. Está muy claro que no quieren perder el tren.

Por otra parte, siguiendo tu filosofía, no es la ropa la que nearca la moda sino el modo de vida que la inspira. Ese estado de ánimo ambiental tiene una fuerza creciente en lo que se lleva. Algo pie dice que las cosas tienen que cambiar. Vivimos horas críticas. Ocurren demasiadas tragedias a nuestro alrededor. Hay que ser austeros y solidarios. No podencos enfrascarnos en algo que tiene copio nota esencial de su existencia lo efimero, que sin ninguna duda es más efinero cada día. Hay otros valores que se imponen, y se oye demasiado el peligroso «yo paso de moda» como excusa a vestirse de mala manera.

Creo que este cambio de impresiones ha sido positivo. Te doy la razón: hay que ser moderna, y lo moderno es ser libre teniendo en cuenta, como explicaste en una ocasión, que una mujer que se pone lo que le sienta bien jamás es ridícula. Y añadías que la creación en moda tiene que mantenerse en los límites de lo ponible: no se puede olvidar que la moda está hecha para embellecer a la mujer. «Uno puede acostumbrarse a la fealdad, jamás a la dejadez».

Disfrazarse es algo encantador. Dejarse disfrazar es muy triste.

La belleza que arranca de lo hondo del ser humano

En cierta ocasión recibí un mensaje de una lectora de aquel Telva que hicimos en Argentina a mediados de los noventa. Son muchas las que me escriben y me cuentan lo que les ocurre en el correr de la vida. Copio a continuación algunas ideas de esta mujer, que tuvo fama de ser una de las más atractivas de su tiempo y que, ya con bastantes años y con una enfermedad seria que va minando su físico, se asombra porque todos a su alrededor siguen admirando su belleza interior. Esto le ha llevado a una serie de reflexiones importantes para que nadie se desanime al descubrirse unas cuantas arrugas

en el rostro, siempre que estén enmarcadas por un rictus sereno y amable, que hablen de los grandes valores que encierra un ser humano cabal. Ella ha observado que las mujeres:

- Tienen, a cualquier edad, fuerzas que asombran a los hombres.
- Cargan niños, penas y cosas pesadas; sin embargo, tienen espacio para la felicidad, el amor y la alegría.
- Sonríen cuando quieren gritar y cantan cuando quieren llorar.
- Esperan una llamada por teléfono avisando de que llegó sano y salvo ese amigo o pariente que salió en el momento de la nevada.
- Tienen cualidades especiales y se ofrecen para las causas buenas.
- Son voluntarias en hospitales, llevan comida a los necesitados.
- Trabajan como niñeras, ejecutivas, abogadas, amas de casa, y solucionan disputas entre niños y también entre vecinos.
- Se enfrentan ante la injusticia; votan por quien creen que hará lo que más beneficie a las familias.
- Hablan y recorren largos caminos para conseguir la mejor escuela para sus niños y la mejor atención para la salud de su familia.
- Escriben a los editores, diputados y al «poder que sea» para lograr beneficios que hagan la vida mejor.
- No aceptan un «no» por respuesta cuando están convencidas de que existe alguna solución.
- Logran que sus niños puedan tener zapatos nuevos.
- Acompañan a algún amigo preocupado al médico.
- Son honradas, fieles y saben perdonar.

- Son inteligentes y conocen su poder; sin embargo, saben usar su lado más suave cuando quieren conseguir algo.
- Quieren lo mejor para su familia, sus amigos y ellas mismas.
- Saben que un abrazo y un beso pueden sanar un corazón roto. Una mujer puede lograr que una tarde romántica sea inolvidable.
- Conducen, vuelan, caminan, corren o usan el e-mail para demostrarte cuánto se preocupan por ti.
- Hacen más que sólo dar la vida; traen alegría y esperanza, comparten ideales y reparten compasión.
- Dan apoyo moral a su familia y amigos. Todo lo que ellas quieren es un abrazo, una sonrisa para que tú puedas hacer lo mismo con otras personas.
- Tienen mucho que decir y mucho para dar.
- La belleza de una mujer no está en la ropa que lleve, la figura que tenga o la manera en que se peine; la belleza de una mujer debe verse en sus ojos, porque ésa es la puerta a su corazón, el lugar donde reside el amor.
- La belleza de una mujer no está en un lunar facial; la verdadera belleza de una mujer se refleja en su alma. Por eso, ¡la belleza de una mujer crece con el pasar de los años!

Como consecuencia de estas ideas, que publiqué en su momento en una revista muy conocida, una amiga mía organizó una reunión en su casa para comentarlas. Sólo dos señores -su marido y un artista- hicieron de moderadores de los comentarios, que surgieron en torno al pensamiento profundo que se resume en una gran afirmación: lo que de verdad tiene fuera es la belleza interior.

Después de un coloquio muy animado llegamos a una conclusión lógica: la belleza es algo externo, relacionado con lo corpóreo o somático, pero posee una vertiente interior más cercana a las actitudes éticas, que se manifiesta en el actuar de cada día. Lo perfecto sería participar de las dos, pero resulta más fácil, quizás, mejorar la belleza corpórea que la espiritual. Lo primero, está claro, depende del físico y, en alguna medida, sobre todo

cuando pasan los años, del dinero; lo segundo, sólo de la voluntad, atraída por la belleza moral. Y ésta, a la larga, es la que conquista de forma permanente, entre otras razones porque no disminuye con el paso del tiempo. Por el contrario, suele ir en aumento y deja, por donde pasa, una estela serena que llama a la confianza y al amor.

-Tiene la moda algo que decir en este mundo?

En cierta ocasión, después de una reunión de trabajo, un inglés me preguntó con su típico sentido del humor: «¿Sabes cómo se define a un alto ejecutivo?». Sin darme tiempo a contestar, él mismo me dio la respuesta: «Es un señor de negocios que cada vez que tiene una cena discute con su mujer, porque, desesperada y medio histérica frente a un armario lleno de ropa, dice, echando la culpa a su marido: "¿Te das cuenta? No tengo nada que ponerme"».

Recordé la anécdota en el despacho de una italiana, experta en tendencias no sólo de moda, sino de la vida en general. Una profesional muy joven, de origen austriaco, que vive en Milán, donde ha montado un gabinete para descubrir, en el mundo de la cultura, del deporte, del medio ambiente o del turismo, las tendencias que, en el futuro, pueden influir en la moda. Trabaja con ella un equipo de sociólogos que, dispersos por distintas ciudades -las más cool del planeta-, captan lo que está en el aire para deducir, a través de lo que ella llama el *mirad style*, lo que de acuerdo a sus pesquisas se plasmará en las tendencias de cada temporada. Para estar al día y contrastar el análisis que hace de la sociedad en la que vivimos, con lo que se presenta como moda, acude a ver las colecciones, dos veces al año, en París, Milán, Londres y Nueva York, puntos de referencia de lo nuevo.

Cuando fui a verla la encontré bastante perpleja del espectáculo que tenía sobre su mesa con fotos y vídeos de las distintas pasarelas internacionales. Me confesó que el panorama le producía una inquietud extraña y cierta desorientación. «¿Hacia dónde va la moda?», se preguntaba, y me preguntaba ante las ideas, extravagantes muchas de ellas o cargadas otras del repetido revival en el que vivimos inmersos hace tiempo, las modas en aquellos modelos que teníamos delante: ¿qué hilo conductor tienen? ¿A qué tipo de persona pretenden vestir los creadores? ¿Cómo es posible que quienes diseñan las colecciones no capten que las mujeres vamos cada día más a nuestro aire? Me explicó que tenía muy claras las líneas, los tonos, los colores, los materiales de lo que se ha

presentado en el mundo. Había clasificado las tendencias, les había dado un nombre, incluso, pero estaba inmersa en un mar de dudas por una cuestión clave: ¿de qué trata la moda realmente?, ¿a quién se dirigen los diseñadores? Al pensar en su propio armario, es decir, al bajar a la realidad a la hora de vestirse, le ocurría lo mismo que a la mujer de aquel consejero delegado: no encontraba nada que ponerse. «Mi armario -decía- es la mejor tienda de rebajas y ofertas. Lo tengo lleno con ropa de temporadas anteriores, piezas que me parecieron imprescindibles al comprarlas y que no fui capaz de ponerme nunca más. Me sentía disfrazada, incómoda, absurda. Al final acabo poniéndome lo de toda la vida, algo fácil de llevar, cómodo, divertido, práctico».

Si esto nos ocurre a profesionales de la moda, ¿qué pensarán y qué harán la inmensa mayoría de clientes?, nos preguntábamos. ¿Llegarán a ser conscientes los grandes genios de la creatividad que la mujer del siglo xxi ya no es, por lo general, una percha dispuesta a que le pongan encima cualquier trapo, por sublime que sea? ¿Cómo hacerles comprender que las mujeres modernas somos personas, con un montón de intereses familiares, profesionales y sociales y una actitud básica, hecha de sentido común y realismo?

Es evidente que para entender lo que está ocurriendo hoy con la moda hay que tener en cuenta ese factor. La mujer, tenga o no tenga capacidad adquisitiva, antes de gastar un capital en algo que se pondrá una vez en su vida, prefiere invertir ese dinero en un cuadro, en viajes, en la educación de sus hijos. Claro que la mujer da importancia a la moda. El vestirse bien o mal es una forma de expresar su forma de ser, su buen o mal gusto, e incluso un estado de ánimo, pero lo que busca una gran mayoría a la hora de elegir qué ponerse, además de que le siente bien y le haga estar atractiva, es una buena relación calidad-precio, opuesta a la mentalidad de la fashion victim de los años ochenta, dominadas por la ostentación y el despilfarro.

Los analistas piensan que se está produciendo una revolución en este sector, donde se han impuesto en los últimos años las cadenas de ropa, en las que hay una muy buena relación calidad-precio. Lo más interesante es que este nivel de moda fácil, asequible, con un buen diseño, parece una buena respuesta a la cuestión inicial: ¿hacia dónde va la moda? Ahí también se debe intentar, como decía la gran Coco Chanel, ser auténtico con uno mismo. No perdamos de vista que lo que nos ponemos es un dato importante que revela parte de nuestra personalidad, y sin duda de nuestro sentido estético.

# 11

## EDUCACIÓN

### Las buenas maneras se ponen de moda

**E**l otro día me encontré, parada en el coche, frente a un grupo de chicas y chicos, entre veinte y veinticinco años, que charlaban en la puerta de un edificio de piedra. Me dio tiempo para preguntarles qué hacían allí a media mañana. Eran alumnos de una universidad muy reconocida y aprovechaban el cuarto de hora de descanso para tomar el aire. Gente con muy buena pinta. Uno comentó que habían tenido un examen bastante duro y que estaban un poco «calientes». Pude seguir su conversación unos minutos y no me parece correcto reproducir aquí algunas de las palabras que, por un motivo más bien banal, soltaban entre sus comentarios. Aparte de las incontables veces que repetían lo de «macho», fuese por queja o desahogo, el «¡no te j...» declinado en todas sus posibilidades, el «serás m...» y otras vulgaridades fueron la música de fondo. A estas alturas del partido pienso que nadie se asusta por ello, pero es chocante que ese síntoma de mala educación como es el hablar mal se dé en la puerta de una institución de élite en la que se preparan los futuros directivos de la vida económica, política o empresarial de nuestro país. Claro que, sin ir más lejos, es el fondo y la forma que escuchamos y vemos en los telediarios cuando nos amenizan con las riñas entre vecinos de un pueblo, los disturbios callejeros y, si nos descuidamos, en el mismísimo Congreso de los Diputados, donde el pobre presidente, con expresión desesperada, trata de imponerse a dos padres de la patria que se enzarzan, de mala manera, sin ese mínimo de educación que se puede esperar de nuestros representantes en el Parlamento.

Nuestras abuelas se morirían hoy de un infarto presenciando uno de estos espectáculos que en su lenguaje antiguo, pero muy gráfico, calificarían de «total carencia de urbanidad». Es evidente que no se trata de volver a la época del rigodón y el minué, pero opino que la forma de tratarnos unos a otros, o mejor, de maltratarnos a base de

groserías y de mala educación, no tiene razón de ser. En buena medida esta epidemia que sufrimos puede ser una consecuencia de la crispación ambiental que nos inunda. Por muy generalizada que esté, pienso que entre todos tendríamos que tratar de superarla, tanto en la forma de hablar como en la de comer, viajar u otros mil detalles que hacen de la convivencia un regalo o un suplicio inaguantable.

Me viene a la cabeza una anécdota realmente insólita que me ocurrió en París hace unos meses. Llegué al aeropuerto de Orly y tomé un taxi para ir al centro de la ciudad. El taxista, francés de pura cepa, me saludó con un simple «bonjour», metió la maleta en el maletero, se sentó al volante con una expresión, entre aburrida y antipática, y, sin pronunciar palabra, sin un solo gesto amable, puso en marcha el coche rumbo a la dirección que le indiqué. Yo miraba el paisaje anodino de la autopista cuando, de pronto, sentí la llamada del teléfono -que procuro tener en modo «vibración» para ahorrar a quienes me rodean las músicas y sonidos que nos brindan estos aparatos- y contesté con el tono de voz normal, más bien bajo, con el que se debe hablar sobre todo en lugares públicos. Aquella llamada era urgente: me esperaban para una entrevista de trabajo, razón de mi viaje, y tenían que darme una serie de datos importantes para dicha reunión. La conversación duró entre dos y tres minutos como máximo. Estaba guardando el aparato en el bolso cuando el taxista, hecho un energúmeno, empezó a dar voces en tal tono que sospeché que le habían dado un golpe o que alguien o algo se le había cruzado en la autopista.

-¿Qué le ha ocurrido? -pregunté, alarmada por su estado de nervios.

El tipo, absolutamente furioso, giró hacia atrás y, con una sola mano en el volante me soltó la bronca del siglo «porque no le había pedido permiso para hablar por teléfono».

Cuando se desahogó, le pregunté varias cosas, con verdadero asombro por lo que acababa de escuchar:

-¿Me está usted diciendo, con esos gritos, que le he molestado por contestar una llamada? ¿No se da cuenta de la diferencia de mi tono de voz con el suyo? ¿Por qué tengo que aguantar semejantes alaridos? ¿Me puede explicar en qué cambia esta conversación por teléfono de la que hubiese tenido con otra persona que hubiese viajado conmigo? ¿Pretende decir que en su taxi exige un silencio sepulcral a los pasajeros?

Como suele ocurrir, su furia aumentaba frente a mis razonamientos, expuestos con

calma y sin subir medio decibelio. Su razón, repetida sin control, es que yo no era quién para hablar por teléfono en su coche sin su consentimiento, que aquello era una violación de derechos, que la gente había perdido la cabeza con la técnica... No solté la carcajada para no empeorar las cosas, pero reconozco que lo absurdo de la situación daba bastante risa. También pensé en bajarme del coche y cortar por lo sano con semejantes impertinencias, pero renuncié a pedirle que me dejara allí mismo, porque hubiese sido una locura quedarme tirada en mitad de la autopista.

Para tener la fiesta en paz y llegar a mi punto de destino, le quise convencer de que, si realmente lo del teléfono le perturbaba hasta ese extremo, tendría que poner un aviso a los posibles clientes con un «prohibido hablar, fumar, comentar, sonreír». ¡Todo inútil!

Como el hombre seguía en sus trece, opté por ponerme seria y rematar la cuestión:

-¿Le importaría callarse, por favor? Comprenda que no tengo por qué soportar semejantes improperios. Se terminó la historia.

Así fue. Una vez en la puerta del hotel, pagué, le dejé una buena propina como recuerdo de su ataque de nervios y me liberé de uno de los millones de chalados sueltos con los que tropezamos en la vida, que descargan su adrenalina abusando de nuestra paciencia con sus furias.

Más de una vez me ha venido a la memoria aquel pequeño percance que no tuvo ninguna importancia, pero que me llevó a pensar que, en este terreno de los teléfonos móviles, no está de más recordar ciertas normas básicas de educación que no vienen de nuestras abuelas (las mías, por descontado, no conocieron estos adelantos), sino del sentido común que no puede desaparecer en el siglo xxi por obra y gracia de las nuevas tecnologías.

Entre el extremo que yo viví por culpa de un trabajador, sin duda cansado o un poco desquiciado por pasar tantas horas al volante, y el dar el cante en cualquier sitio, por culpa del celular, hay un abismo. Tengo que admitir que este invento es fantástico y nos ayuda a salir airoso, o con tranquilidad al menos, de situaciones urgentes. Pero ha llegado el momento de encontrar la fórmula para frenar la «móvilmanía» desatada que nos rodea. No voy a recordar con horror aquellos años en los que para hablar entre Madrid y Móstoles, por poner un ejemplo, echábamos la tarde pidiendo «la conferencia», luchando con la demora, que podía ser de varias horas, con el triste final

de «no se consigue línea». Era imposible tratar de dar un recado, por urgente que fuese. Como último recurso, se optaba por el telegrama, prácticamente sepultado ya.

A Dios gracias, la informática ha cambiado nuestra vida de forma impresionante, para bien, por supuesto. Pero ¡todo tiene un límite!, y ese límite es el de la educación.

Hace años, cuando empezaron a utilizarse los primeros móviles, nos chocaba ver a un ejecutivo que, en mitad de una calle, en la barra de una cafetería o en la cola de un banco contaba sus historias profesionales, en plan de arreglar el mundo, a través del teléfono, haciendo los gestos más inverosímiles y sin importarle nada las caras de guasa y de asombro de quienes le observaban. Lo malo del caso es que esa visión, hace unos años inusual, se ha convertido en el pan nuestro de cada día. Gente que nos brinda conversaciones familiares «a los gritos», como dicen los argentinos; el que nos cuenta la faena que le han hecho en su oficina o el gracioso de turno que pretende contagiarnos su modo de ver la vida, diciendo mil tonterías por segundo, a quienes nada tenemos que ver con él. ¿No podrían dar con los móviles de nueva generación un manual de instrucciones de buena educación, la de toda la vida, para sacar el máximo partido de este gran invento sin molestar y sin ser molestado? Como casi todo en este mundo, la clave está en el sentido común. Claro que no suele ser tan común.

A la búsqueda de una educación básica

He hablado de nuestras abuelas y su empeño por conservar las buenas formas, cuando me encuentro con un libro que me enseñaron como un tesoro en Estados Unidos. Me pareció tan genial que compré uno publicado hace unos años.

Se trata de las reglas de buena educación o civismo que se conservan en la biblioteca de la Universidad de Virginia, cerca del lugar donde nació el primer presidente de Estados Unidos. Muy a final del siglo xix, en una casa de MountVernon, Virginia - concretamente la casa de campo de George Washington en el río Potomac-, apareció un cuaderno escrito a mano y fechado en el año 1745, cuando el que sería primer presidente tenía sólo catorce años y estudiaba en la escuela de su pueblo.

En el prólogo a la edición del año 2003 se explica que George Washington, cuando era un estudiante de poca edad, dio sus primeros pasos hacia la grandeza en que iba a terminar su vida copiando a mano una lista de 110 reglas de civismo, buena educación y

conversación. Estaban basadas en una serie de normas recopiladas en Francia, en el siglo xvi, para educar a la gente de la época.

Ni una sola de aquellas máximas se ha quedado anticuada. Son el mejor código de conducta que, de siglo en siglo, ha recorrido uno y otro continente. Al volver a leerlas he decidido dejar en paz a nuestras abuelas, que bastante lucharon, hasta quedarse roncás repitiendo sin tirar nunca la toalla que «en la mesa y en el juego se conoce al caballero» y otros refranes por el estilo, para centrarme en lo que contiene este documento tan especial.

Sin duda, algunas de estas máximas, básicas y simples, pero absolutamente necesarias, que forjaron el carácter de uno de los personajes claves en la edad moderna nos pueden venir muy bien hoy, cuando en toda Europa navegamos, contra viento y marea, por las terribles olas de la enseñanza enfocada de mala manera, la inmigración, la sociedad del bienestar, la libertad mal entendida o las nuevas tecnologías.

El historiador Richard Brookhiser afirma que en este código de conducta se concentran «las más tempranas y poderosas fuerzas para moldear el carácter y forma de ser del primer presidente de Estados Unidos». La mayor parte de estas reglas se refieren a detalles que marcan las normas a seguir sobre cómo vestir, andar, moverse, comer en público o hablar con todo tipo de personas. No son normas de pura buena educación o etiqueta. Como dijo este historiador, «están orientadas a formar al chico desde un punto de vista externo al mismo tiempo que lo moldean por dentro». Para empezar las copió a mano con una escritura casi perfecta que se conserva en un primer documento.

Voy a seleccionar algunas. No es tarea fácil porque tendríamos mucho que hablar de cada una de las 110 y, sobre todo, deberíamos conseguir ponerlas en práctica hoy en día. Por no ser exhaustiva, he traducido sólo algunas que conviene seguir repitiendo hasta enterarnos de cuestiones muy básicas que se han olvidado; otras porque se han marginado de forma casi absoluta y todas porque, desde hace al menos cuatro siglos, constituyen la base de una convivencia civilizada.

- Toda acción hecha en compañía debería hacerse con un signo de respeto a quienes estén presentes.
- Si toses, estornudas, suspiras o bostezas, no lo hagas fuerte sino en privado; no hables mientras bostezas, sino que trata de poner un pañuelo o la mano sobre la

cara y vuélvete hacia otro lado.

- No te duermas mientras otros hablan, no te sientes si otros están de pie, no hables cuando tienes que estar callado, no sigas andando cuando otros se paran.
- No te quites la ropa delante de otras personas ni salgas de tu cuarto a medio vestir.
- No leas una carta, libros o papeles delante de los demás. Si es necesario hacerlo, debes pedir permiso para salir; nunca te pongas cerca de lo que otros leen o escriben, como si lo quisieras leer, a no ser que ellos te lo pidan, ni des una opinión sobre ello si no te la piden.
- Nunca te alegres de la desgracia ajena, aunque se trate de un enemigo.
- No te rías mucho ni muy alto en ningún espectáculo público.
- Si alguien viene a hablar contigo mientras estás sentado, ponte de pie, aunque sea un inferior a ti.
- Cuando una persona hace todo lo que puede, aunque no tenga éxito, no le digas que lo hizo mal.
- No corras por la calle, ni vayas demasiado despacio, ni con la boca abierta. No vayas moviendo los brazos, ni de puntillas, no golpees el suelo con tus pies como si estuvieses bailando.
- No comas por la calle ni en tu casa fuera de hora.
- No seas inoportuno urgiendo a tus amigos a que te revelen un secreto.
- No seas distante sino amable; el primero en saludar, escuchar y responder a una pregunta. No juegues a ser pensador en una conversación.
- Piensa antes de hablar, no pronuncies de forma imperfecta, ni sueltes las palabras de forma brusca sino en orden y con distinción.
- Nunca hables mal de un ausente. Es una injusticia.
- No bebas ni hables con la boca llena; tampoco hagas que te miren mientras bebes.

- Cuando comas con los tuyos, nunca seas más lento que los demás. Nunca pongas los brazos en la mesa. Sólo la mano.
- Nunca te enfades en la mesa pase lo que pase. Y si tienes alguna razón para enfadarte nunca la demuestres. El buen humor convierte en un festejo un plato de carne.
- Cuando hables de Dios o de sus atributos, hazlo con seriedad y reverencia. Honra y obedece a tus padres, aunque sean pobres.
- Trabaja para mantener encendida en tu pecho la chispa de luz divina que es la conciencia.

Del «¡qué fuerte!» al «¡qué guay!»

Las dos últimas máximas o consejos recogidos en los apuntes del primer presidente americano me han hecho caer en la cuenta, una vez más, de la importancia de educar no sólo en esas buenas maneras externas, tan necesarias para una convivencia normal, sino en tantas virtudes básicas, imprescindibles para sacar el máximo partido a la gente joven. Por suerte, en España llevamos muchos años de paz y, entre los adolescentes de hoy y la generación de quienes hicieron la guerra, existe un espacio enorme. Cuántas veces hemos oído a nuestros padres y abuelos contar cómo se curtieron en épocas duras de escasez, pasando hambre muchas veces, sin una peseta para el menor capricho. En más de una ocasión hemos comentado, con cierta nostalgia, en tertulias familiares «que eran gente de otra raza» por su fortaleza, su espíritu de trabajo, su sobriedad y su capacidad de hacer frente a la vida con un sentido de la responsabilidad muy serio.

¿Qué ha llevado a un cambio tan radical en muchas gentes de este principio de siglo? ¿Cómo es posible que madres con hijos desde los ocho a los dieciocho años tengan que estar esclavizadas «haciendo los deberes con sus niños» todas las tardes, porque si no están con ellos se dedican a ver la tele, con las consecuencias que ello tiene? ¿Y las salidas nocturnas interminables de los jóvenes? ¿Y los caprichos? ¿Y las chuches? ¿Y la locura por las marcas? ¿Qué noción tienen del dinero estos niños del siglo xxi?

El vuelco es total: de no tener nunca una peseta, como he comentado, a lo que contestó un niño de cuatro años a su madre que, por primera vez, se atrevió a decir a su

hijo que no le compraba un avión porque no tenía dinero: «Pues págalo con la tarjeta de crédito», le dijo tan contento...

En los últimos meses, desde que apareció el proyecto de la nueva Ley de Educación, me he reído por no llorar, no con los ataques políticos a favor o en contra, sino escuchando una serie de conversaciones entre los interesados en el tema: padres que están en la lucha de ver si sacan partido a sus hijos, y esos hijos, entre quince y dieciocho años, que están en el ojo del huracán. Unos, los estudiantes, se rebelan ante la idea de que les puede caer encima ese horror «insufrible» de tener que hincar los codos en serio. «¡Qué fuerte!», comentaba un chico a punto de terminar su bachillerato, con aire de intelectual sufridor perseguido por un destino injusto. «¿Por qué hay que demostrar a nadie lo que sabemos?... Ya somos mayores y somos conscientes de lo que queremos sin que vengan a imponernos nada». No tengo que dar explicaciones por el tono y la falta de lógica de cada frase que el protagonista decía, medio derrumbado en un sofá, soportando la dureza de un futuro incierto en el que intuye la terrible amenaza de la exigencia.

Los que le escuchábamos en aquella ocasión, atónitos por su apatía casi total, tratamos -misión imposible- de explicarle la necesidad de emplearse a fondo en lo único importante para un chico de su edad: ponerse a estudiar en serio, ilusionarse por aprender y, por encima de todo, plantearse la obligación de tener una serie de objetivos, básicos para la vida, mucho más atractivos que una simple nota: desde la oportunidad de aprovechar esa edad, en la que la memoria retiene conceptos y datos que nunca se borrarán, hasta huir del espanto de vivir como un cesto o un parásito social, pasando por el argumento, que le repetimos de mil modos, en torno a la importancia de ejercitar la voluntad y empezar cuanto antes a conquistar, o por lo menos vislumbrar, lo que supone invertir en lo que se podría llamar «la cultura del esfuerzo».

Una tarde apareció otro hermano, éste de dieciocho años, y se unió a la conversación que giraba sobre la misma cuestión. Este chico había terminado el colegio pocos meses antes con una media de notable alto, «sin pegar ni golpe», según su madre. Un tipo muy listo, me decía, pero producto típico del tipo de enseñanza que se quiere implantar en España: ¡fuera las pruebas!, ¡se acabaron los estímulos porque, pase lo que pase y hagan lo que hagan, los alumnos son los que a la larga siempre tienen razón! Aquel pánico que teníamos nosotros a su edad de aparecer en casa con un suspenso, o la idea de recibir una bronca o un castigo por parte de los profesores ante una falta de disciplina, pasó a la historia, y con ese sistema, a base del todo vale, en muchos casos se ha ido al traste no

sólo la sana ambición de tener las mejores notas, sino el sentido del deber, la noción de la exigencia e incluso el principio de autoridad. Si el no saber una asignatura no impide a nadie pasar de uno a otro curso hasta llegar a la enseñanza superior, ¿por qué agobiarse? No hace falta ni abrir los libros.

Claro que hay que escuchar a los catedráticos, aterrados por el nivel de quienes llegan a la universidad o a las escuelas especiales. Les resulta muy difícil enfrentarse a esas generaciones de gente floja que, en lugar de tomarse el estudio en serio, han dedicado miles y miles de horas a navegar por Internet, o a subir y bajar de las nubes con el móvil y el botellón, como herramientas que suprimen por arte de magia, todo código no sólo de ortografía, sino de vida medianamente educada y preparada para afrontar el futuro.

Vuelvo al chico de marras de dieciocho años, recién matriculado en una carrera de ingeniería. Estaba destrozado. Se enfrentaba por primera vez a la prueba macabra de los «trimestrales». Ocho asignaturas que le caían como ocho losas pétreas en la cabeza y que tenía que tragarse en una semana. La voz en off de sus padres, jóvenes y normales, se escuchaba como un disco: «Ya es hora de que te enteres de lo que tienes que hacer en la vida. Si hubieses estudiado día a día no tendrías ese agobio y esa amenaza ¿Cómo pretendes aprender nada si jamás has hecho el mínimo esfuerzo?».

Ahí está la clave.

En este tiempo de discusiones en torno a la LOE, que además de las carencias graves en el sistema de la enseñanza, conectan tantas veces con una actitud de blandura equivocada por parte de los padres, he recordado más de una vez el sabio proverbio chino: «Dar a un hijo mil onzas de oro no es comparable a enseñarle un buen oficio». En esta sociedad competitiva y global, o se prepara bien a la gente desde la escuela primaria o el fracaso escolar será el preludio de una vida truncada. Por el contrario, el recuperar lo que supone enfrentarse a un examen y pasar varios días de tensión porque no hay forma de recuperarlo, sería un buen paso que les prepararía, sin duda, para ser líderes en la cultura del esfuerzo, tan necesaria para educar una voluntad sólida.

# 12

## SERENIDAD

### Utopía en un mundo estresado

**E**scuché a un importante profesor de Medicina, ahora más dedicado a la enseñanza en escuelas de negocios, que casi un 80 por ciento de las enfermedades de hoy en día proceden de un tipo de estrés cuyo origen es la desazón y el agobio que nos produce la cantidad de cosas que tenemos entre manos. Ese cúmulo de asuntos pendientes o de imposibles es lo que nos aplasta y nos llena de ansiedad. Lo cierto es que, en un primer momento, me pareció un disparate o una exageración, pero de inmediato sentí cierto miedo, irracional, de llegar a ser, en vista de las estadísticas, una de las víctimas de este mundo acelerado y complejo.

Daba vueltas al tema cuando leí que Epicteto, el filósofo estoico del siglo i d.C., ya le pedía a Dios: «Concededme la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, el valor para cambiar las que sí puedo y la sabiduría para establecer esta diferencia». La consecuencia es, una vez más, que no hay nada nuevo bajo el sol, aunque no sea el mejor de los remedios para enfrentarnos a lo que nos ocurre. Es verdad que, desde aquellos años de la Antigüedad hasta el día de hoy, ha llovido mucho, han pasado millones de hojas del calendario y el sol ha calentado la tierra tras una infinidad de amaneceres. Y, lo mismo que esos hechos naturales se repiten de forma implacable, el hombre salió de las manos del Creador, a su imagen y semejanza, con unos dones y cualidades que las costumbres y el tiempo han limado, mejorado o en tantos casos empeorado. Lo que sí ha variado en este espacio de más de veinte siglos es la actitud con la que cada uno de nosotros nos enfrentamos al hecho de administrar la propia vida, con sus riesgos y sus logros, sus claroscuros y sus días inolvidables, para bien o para mal, y ese largo etcétera donde caben las incidencias del día a día, que hemos elegido con plena libertad, o que se nos presentan con una máscara desconocida.

Enfocando el tema bajo esta misma óptica, Séneca, otro sabio de la antigüedad, dijo que «nuestra vida se extiende mucho para quien sabe administrarla bien», y lo remataba diciendo que «es tarde comenzar cuando hay que abandonar la vida». Pero ¿es posible conseguir ese estado de ánimo? ¿No habré inventado un titular inasequible? ¿Por dónde se llega a esa situación, tantas veces soñada, de reproducir en nuestro interior el panorama de un mar en calma entre el vivir enloquecido en el que estamos inmersos?

Pensando sobre estas cuestiones frente al ordenador, me vino a la cabeza una escena opuesta a nuestra locura diaria que me hizo sonreír y respirar hondo. Pasé a recordarla con el máximo detalle.

Me ocurrió hace un par de años. En un viaje a Perú, organizamos durante un fin de semana largo, una escapada a la ciudad de Cuzco, una maravilla de arte colonial, con sus calles y plazas del siglo xvi, sus iglesias barrocas, literalmente tapizadas con pinturas de una riqueza estética muy especial, que reproducen con trazos y colores únicos escenas de la Sagrada Familia, de arcángeles y santos, con un toque genial que les ha hecho famosas en el mundo. Por cada esquina de la ciudad, nativos de todas las edades, con la indumentaria típica, pletórica de color, ofrecían sus productos artesanos, cargados de arte, desde tapices y mantas a filigranas en plata, o unos marcos estofados con pan de oro.

En este rincón del mundo, a sólo una hora de avión de Lima, se han parado los relojes. Puede sonar a frase hecha y, sin embargo, es así. Parece un sueño no ver a nadie «apurado» por las aceras adoquinadas hace ya varios siglos. Nadie corre. Hay un guardia en un cruce de calles que manda parar al taxi que nos ha recogido en el aeropuerto y habla unos minutos con el conductor. «¿Habrá hecho algo mal?», nos preguntamos con asombro, ya que el cuentakilómetros no pasaba de los 40 por hora. Yo indagué un poco, llena de curiosidad, para que nos explicara de qué habían hablado, y no salía de mi asombro cuando me puse a escuchar su explicación: «No pasó nada, señora. Es que al agente le pareció que yo iba apresurado y quería saber si me ocurría alguna cosa y en qué me podía ayudar para que no tuviese que andar con esas prisas». Sonrió al revivir la escena y al escribirla, pero al día siguiente disfruté de una dosis mucho más concentrada de esa forma de vivir y de ver la vida.

Puedo definir como el colmo de una cura antiestrés la excursión al santuario histórico de Machu Picchu, la provincia perdida de los incas, patrimonio de la humanidad. Explica

una buena guía del lugar que, «desde que fuera revelado al mundo en la segunda década de este siglo, este nombre ha evocado una imagen de ensueño, de ruinas espectaculares envueltas en orquídeas, situada precariamente sobre un peñasco en la cima de un escarpado cañón: remoto, solitario, misterioso». Una imagen mítica, pero que no explica la realidad de lo que supone este conjunto monumental, bastante inexplicable. Hay que contemplarlo para empaparse de una belleza diferente a todo lo que yo había visto hasta entonces.

El descubrimiento de estas ruinas fabulosas empezó en 1911 y aún siguen los expertos estudiando el lugar, porque no se trata de un sitio aislado sino de una provincia incaica entera, abandonada en el bosque hace siglos. Fue una región de asentamientos de élite erigidos en lugares dramáticos, con un elevado porcentaje de arquitectura ceremonial de la máxima calidad, «uno de los mejores ejemplos de trabajo en piedra que jamás había visto», confesó Bingham, su descubridor, cuando en 1911, al desbrozar, con dos indígenas que le acompañaban, el bosque que recubría las ruinas, dio con el Machu Picchu, corazón de ese imperio desconocido, uno de los hallazgos más grandes en la historia de la arqueología.

¿Cómo llegar hoy a ese punto inaccesible en lo más escarpado de la cordillera de los Andes? Existe un servicio de helicópteros para quienes realmente no pueden o no quieren gozar de un día diferente, porque el secreto para sacarle el máximo partido a esta excursión está, pienso yo después de haberlo experimentado, en hacerlo en un tren como juguete, pintado en colores rojos, amarillos y azules que, en unas cuatro horas, atraviesa los Andes, el Valle Sagrado y envuelve a los pasajeros en un mundo que nos traslada al escenario de los más fantásticos cuentos, los que nos hacían felices cuando éramos niños. Cada vagón funciona con una sola unidad, ya que las pendientes hacen imposible una carga más fuerte. Las vías del tren, en paralelo a los riscos y barrancos, son más que primitivas. El sistema único y necesario para llegar al final del camino, es decir, a Machu Picchu, es el de subir y bajar aquellos riscos en zigzag, con el truco de ir cambiando de vía en cada ángulo, después de una operación perfecta: un empleado del ferrocarril desciende del vagón y, a mano, mueve la dirección de la vía para que el convoy cambie su recorrido. Es genial ver la expresión de los japoneses que filman con sus vídeos de última generación cada segundo del trayecto.

Ese trenecillo recorre aldeas a las que llega dando silbidos estridentes, con el fin, como suele ocurrir, de que la gente no cruce la vía. ¡Vano intento! Al escuchar el pitido

nos rodean todos los habitantes del pueblo para vendernos su artesanía, de un colorido espectacular y con un sentido estético muy genuino. Hablan quechua y ese idioma universal de los gestos con el que se ofrece algo por lo que hay que pagar. Sobran los idiomas sofisticados o las más avanzadas técnicas de márketing; ellos saben, con una sabiduría natural pero ancestral, que los viajeros sucumben a sus encantos y acabamos sin remedio con la mochila o el poncho de mil matices distintos a la espalda. Todo sin prisa, sin malas caras, sin mirar al reloj, sin pensar que hay un pelma en el vagón que tarda demasiado en elegir entre tantas sugerencias, muy parecidas pero que no se repiten. Todo en el colmo del pacifismo y de la buena educación, que envuelve una filosofía cultivada en la contemplación milenaria de una naturaleza peculiar y de un ritmo en el que no se mide el tiempo con nuestros parámetros enloquecidos. «¿Ahora no me lo compra? Pues cuando mejor le venga, amiga. Yo la espero. No me olvide».

Tras un paseo inolvidable, ya de vuelta con la belleza de los Andes en la cabeza, después de parar en distintos apeaderos y vivir escenas similares a las narradas, se me ocurre preguntar a un personaje con aspecto de revisor a qué hora llegaríamos a Cuzco. «¿Y usted qué hora tiene?», me preguntó él. Cuando le dije que eran las cinco de la tarde, miró el panorama para situarse y me contestó: «Depende, entre las seis y las seis y media, pero no se sabe nunca». Ante mi perplejidad por semejante respuesta, él mismo me dio una explicación en la línea de su propia lógica: «Comprenda que por el camino puede haber un animal o una persona, o cualquier cosa que nos interrumpa el viaje y hay que esperar. ¿Lo ve?». Miré al punto que me señalaba y, en efecto, en mitad de la vía aparecía un ternero que dormía plácidamente. «¿Se da cuenta? No lo vamos a atropellar ni a despertar. Es mucho más normal esperar a que se mueva». Aquel sistema ancestral, y un razonamiento templado hasta ese calibre, dirigido a un grupo de personas de Oriente y Occidente, de las que por norma general vivimos «de los nervios», nos hizo sonreír y comprender la suerte impagable de pasar un día emborrachados de belleza y sometidos al mejor de los remedios antiestrés.

Hasta tal punto nos quedamos marcados por la experiencia que, al llegar al hotel -una maravilla colonial donde todo invitaba a seguir con ese ritmo sereno que nos había marcado el indígena-, nos instalamos en un patio tranquilo, sin más ruido que las hojas de aquellos árboles exóticos que parecían mecerse cuando soplaba un poco de viento.

En dos minutos organizamos una tertulia internacional inolvidable, dispuestos a mejorar este mundo un tanto perturbado, como si fuésemos observadores de Naciones

Unidas en misión especial de servicio para inyectar una descarga de buenas vibraciones al planeta. ¡Lástima que esas cumbres políticas no se organicen tras una de estas jornadas con reminiscencias de sabiduría perenne y poesía épica!

Apunté en mi diario del viaje el comentario de un empresario, de los que trabajan veinticuatro horas al día, que confesó haber captado a fondo la razón por la que el hombre de hoy, en el mundo civilizado, consume mayor cantidad de medicinas contra la ansiedad que contra la depresión; todo estriba en una terrible carencia de sosiego y de paz interior. A partir de esa reflexión, todos nos lanzamos a hablar del cansancio o surmenage, como se llamaba antes, de la fuerza arrolladora del terrible estrés. Un estudiante de Medicina, aspirante a la especialidad de psiquiatría, se brindó a hacer un diagnóstico de lo que supone esa ausencia de equilibrio en una persona y, como consecuencia, en un hogar, un ambiente profesional o la sociedad. Ya desde muy pequeños, los niños, cuando están inquietos, nerviosos o incluso enfadados, se disculpan con la jaimitada de decir que están estresados. Hace gracia ver cómo imitan a su padre cuando, al volver de trabajar, se lanza en plancha al primer sofá que encuentra y, con aire de mártir al que pueden echar a los leones, dice que tiene tal estrés que no puede con su alma ni, por descontado, echar una mano en la cocina.

No cabe duda, nos comentaba, que la palabra «estrés», que recorre el mundo civilizado al ritmo de la globalización, ha dejado de lado los conceptos clásicos de angustia, ansiedad o agotamiento físico. Y lo hace bañada con un toque de refinamiento que raya el esnobismo, como si se tratara de camuflar los estados de ánimo ambiguos sin dejar mal a nadie. Incluso se llega al extremo opuesto: valorar positivamente el estrés y aceptarlo socialmente. ¿Por qué será que esta palabra lleva consigo un halo que hace mirar con cierta admiración a quienes llegan tarde y con aspecto de víctimas, a casa o a trabajar, contestan de forma brusca o actúan a su aire con la gran excusa de que están estresados?

Recordé la entrevista realizada a un psiquiatra en una clínica especializada en neurología en la que yo me encontraba acompañando a un enfermo. Su explicación fue bastante clara: los síntomas de ese estrés que se presenta con aires de gran clase y que está a punto de dominar a medio mundo son simples y vulgares, al igual que sus remedios; las manifestaciones de los mismos, que se enumeran a continuación, deberían despertar una verdadera alarma social:

- Aumento de la sensibilidad en relación con el calor, el frío, los olores penetrantes y los ruidos, sobre todo las voces chillonas y agudas. (¡Cuando nos parecía que empezábamos a ser insoportables o «chinchés» resulta que estábamos al borde del estrés!)
- Dolor de cabeza y dificultades de coordinación muscular.
- Presencia de ideas fijas, pesimistas, casi obsesivas en relación con uno mismo o con los demás, como por ejemplo momentos de baja autoestima.
- Insomnio, sueño ligero y superficial.
- Espíritu crítico exacerbado.
- Tristeza y malhumor continuo e inexplicable: todo hiere, todo enfada, todo resulta negro; incluso molesta la alegría del prójimo.
- Respuestas bruscas, explosivas e hirientes.
- Ironía despiadada.
- Búsqueda de la soledad; las personas más próximas parecen extrañas, lejanas, indiferentes, y su compañía se hace insoportable.
- Tendencia al egocentrismo y al llanto.
- Pérdida de atención y desinterés por las cosas que siempre han ilusionado; evasión de la realidad.

Al terminar esta lista de posibilidades el profesor dejó claro -¡menos mal!- que no es necesario que todos estos síntomas estén presentes al mismo tiempo y en la misma persona. Acto seguido, expuso el antídoto para este mal, que resumo, con algunas ideas: hay un remedio cuando nos ronda esa sombra que, por estar bastante generalizada, no resulta menos fatídica. La machada de decir con aire de angustia: «Ya descansaré en la otra vida» es dar el paso más seguro para conseguir ser unos desgraciados en ésta. Incluso el Concilio Vaticano II nos brinda una buenísima recomendación al respecto: «Todos los que trabajan deben tener la posibilidad de desarrollar sus cualidades y su personalidad en el trabajo mismo. Pero después [...] tienen un derecho a un tiempo de

reposo y descanso que les permita una vida familiar, cultural, social y religiosa».

A modo de soluciones al alcance de cualquier fortuna, aquel aspirante a sabio nos contó que se trata de:

- Dormir las horas suficientes. Es cierto que en ocasiones hay que recortar las horas de sueño, pero como no somos ni superwoman ni supermán, conviene no abusar. Las deudas del sueño, como las del juego, se acaban pagando; y puede ocurrirnos lo que me decía una amiga mía: «Cuando llevo una semana durmiendo cinco horas lo primero que pienso es que soy una desgraciada y que no me quieren ni mi marido ni mis hijos. Lo siguiente es que empiezo a creer que son ellos los desgraciados, que me tendrían que dejar sola y tranquila un par de días o... de años». Si no se hace un parón de forma drástica, hasta la mejor relación de pareja salta por los aires y muchas veces no tiene marcha atrás.
- Hacer ejercicio con constancia. Hay deportes para todas las edades y todos los bolsillos; si ya no somos capaces de jugar un partido de rugby, podemos dedicarnos al pingpong, hasta que nos llegue el día de sentarnos al aire libre, leer un buen libro y tejer unas chaquetas preciosas para nuestros nietos o biznietos.
- Pasear, leer, ir al cine, conciertos...
- Tener un hobby que no acabe en manía o excentricidad; un medio de distracción: pintar, arreglar el jardín.
- No tomar decisiones de importancia mientras dura el cansancio; ésta es una precaución elemental.

Empeñada en conseguir algún dato técnico actualizado sobre la palabra «estrés» que, según dicen los expertos, se usa desde el siglo pasado para definir el impacto que causa una fuerza exterior sobre un objeto, entré en internet y confieso que me quedé bastante impresionada cuando llegué a una página web que me trasladó, con una música ambiental, a la mejor sala de conciertos del mundo. En la pantalla aparecía el término «estrés» con un juego de colores, formas y tamaños que envolvían el tema en algo aparentemente sugestivo. El encabezamiento decía:

Hoy en día es casi imposible coger un periódico o una revista o escuchar un

programa de TV sin encontrarse o escuchar una referencia al estrés. ¿Por qué toda esta bulla y esta fascinación repentinas? Después de todo, la tensión ronda al hombre desde que Adán y Eva fueron expulsados del jardín del Edén. ¿Será porque hoy hay mucho más estrés? ¿O quizás porque la naturaleza de la tensión contemporánea es diferente y más peligrosa? ¿O será porque la investigación científica nos confirma, de forma creciente, el papel crucial que juega el estrés a la hora de provocar o de agravar diversos desórdenes y acciones que son la causa de efectos múltiples?

La respuesta a todas estas cuestiones es un sonoro «¡sí!». Y nos animan a descubrir por qué el estrés se ha descrito como el principal problema de salud en América, y por qué la tensión en el trabajo es el principal culpable del estrés.

Mientras continúan los acordes, cada vez más armoniosos, aparece un recuadro que nos dice:

La respuesta del cuerpo con el estrés es lo más parecido a un avión listo para el despegue. Virtualmente todos los órganos, el corazón, los vasos sanguíneos, el sistema inmunológico, los pulmones, el aparato digestivo, los órganos sensoriales y el cerebro se modifican para hacer frente al peligro que perciben.

El estrés es una consecuencia inevitable de la vida. Como afirmó Hans Selye -quien acuñó el término tal cual se utiliza actualmente-, «sin la tensión no sería posible la vida». Sin embargo, mientras que la señal de socorro o la angustia mal dirigida puede causar una enfermedad, las buenas tensiones promueven la buena salud. La tensión no es siempre necesariamente dañina. Es posible que ganar una carrera o unas elecciones sea tan agotador como perderlas, pero las respuestas biológicas que producen son muy diversas. La tensión creciente da lugar a una productividad también creciente; sin embargo, el punto que se alcanza es diferente en cada uno de nosotros. Se puede comparar a la fuerza con que se pulsa una cuerda del violín: si es floja, produce un sonido aburrido, quebrado, mientras que demasiada tensión provoca un ruido chillón, molesto o llega a romper la cuerda; únicamente el punto justo consigue crear un tono magnífico. Del mismo modo, nosotros necesitamos dar con el nivel de estrés, adecuado a la necesidad que tenemos de encontrar el nivel apropiado de la tensión, que permite que desarrollemos nuestra capacidad con equilibrio y consigamos una buena armonía a lo largo de la vida.

El cuerpo puede tener en sí mismo su mejor farmacopea. El Instituto Americano del Estrés se ha comprometido a desarrollar un mejor entendimiento de cómo dentro del

enorme potencial que reside en cada uno de nosotros, podemos prevenir la enfermedad; es, más bien, un estado envidiable de salud física y de bienestar emocional, que demuestra que la relación del cuerpo y el alma son inseparables. Hay que luchar siempre por conseguir la meta más alta posible, pero no oponer nunca una resistencia en vano.

Para vivir en paz con el mundo debemos, ante todo, vivir en paz con nosotros mismos; es en nuestro interior donde se encuentra la vida que lleva hacia la serenidad y la armonía. La vida de muchas personas que se sienten infelices podría convertirse en algo mucho más fácil, sereno y atractivo si aprendiesen a afrontar la enfermedad, el paso de los años, las dificultades y las frustraciones con naturalidad, como si fueran y en efecto lo son- cosas y situaciones con las que hay que contar desde que nacemos. Los famosos versos de Jorge Manrique: «Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir», que aprendimos en el colegio y repetíamos sin saber bien lo que decíamos, nos tendrían que dar el verdadero sentido de la vida, si al ir cumpliendo años, hemos ido madurado en el cuerpo y en el alma.

Leí, hace unos años, una novela muy buena de Jean D'Ormesson, Historia de un judío errante, que me impresionó por la fuerza de su argumento. Es el relato de la vida de un hombre condenado a no morir. El autor explica que se trata de un contemporáneo de Jesucristo al que los soldados, cuando llevaban al Señor hacia el Calvario con la cruz a cuestas, desgarrado y hecho un despojo, a punto de sucumbir, le pidieron que ayudara a aquel condenado a superar el último tramo del camino al Gólgota. Él se negó a hacer lo que enseguida aceptó el cirineo, que pasó a la historia como el buen hombre que quitó a Cristo un poco del peso del tormento antes de su muerte. En contraposición, nos describe como una existencia terrible el sufrimiento de un ser humano, hecho para vivir unos años en la tierra y una eternidad en el cielo, que soporta el castigo inaudito de sobrellevar un día y otro, uno y otro siglo, lo que el novelista francés describe como la vida sin rumbo ni final de un judío errante, de un vagabundo condenado a permanecer en la tierra. Se entiende al leerla aquella sentencia de Séneca, que dice:

Quien tema a la muerte, no hará nunca nada por un hombre vivo, pero quien sepa que este hecho estaba pactado en el mismo momento en que fue concebido, vivirá según la ley de la naturaleza, y, a su vez, con la misma fortaleza de espíritu, se mantendrá firme para que ninguna cosa que le suceda sea inesperada.

Todos tenemos la posibilidad de vivir serenamente. Para conseguirlo es preciso

cambiar de actitud mental. La mejor defensa es construir una muralla interior que no se vea atacada por las vicisitudes de la vida. Permanecer, en cierto sentido, desprendidos en relación con el mundo; entrenarse para vivir valerosamente; tener fe en Dios. En una palabra, gozar de estar vivos, de amar, de valorar la propia existencia porque nada sucede sin una razón; sobre todo, dar sentido al hecho de haber nacido, de vivir, de ser únicos e irrepetibles.

En un libro cuyo atractivo título es *Para ser felices*, y su subtítulo *Psicoterapia para todos*, se asegura que, antes o después, a todos nos vendrán esos bajones inevitables. Para hacerles frente el autor nos da una serie de remedios en forma de decálogo. Copio algunos de ellos, que me parece pueden ser de utilidad:

- Aprended a sustituir pensamientos negativos con pensamientos positivos.
- Armonizad vuestro super-ego con el ello, no dejádonos dominar ni por el uno ni por el otro.
- Recordad que sois cada uno, no la realidad externa, sino los artífices de vosotros mismos.
- No trampeéis nunca con vosotros mismos; analizad al final de la jornada lo que os ha ocurrido y, sobre todo, cómo habéis reaccionado ante ello.
- Disciplinad vuestra vida emotiva.
- Gustaos, aceptaos.
- Analizad a diario vuestros comportamientos, vuestras actitudes. ¡No tengáis miedo de vosotros mismos!
- ¡Buscad más lo que une que lo que separa!
- Concentraos en lo que estáis haciendo.

Nuestros vecinos, los franceses, cuando alguien vive con un tono vital formidable, dicen que «se siente a gusto en su piel». Resumen, con esa frase, no sólo una forma física espléndida, sino algo más importante, más rico, mucho más profundo. Se trata de una actitud mental, de un enfoque de la vida. El afortunado que posee ese marchamo de

garantía suele ser un personaje envidiable, optimista, bien humorado, con empuje y ganas de vivir. Y ¿cómo consigue ese tipo genial saltarse a la torera los mil y un obstáculos con que nos topamos de la mañana a la noche? Hace unos años, cuando se empezó a hablar del estrés como de una plaga inevitable, más de uno sonreímos sospechando que se trataba de una combinación de flojera y tontería, envueltas en un término cuasi técnico. Parecía, incluso, una mezcla curiosa de esnobismo e histerismo, hasta que, de pronto, quien más quien menos nos encontramos inmersos en un entorno caótico, sometidos a un ritmo de vida enloquecedor y al borde de caer en la famosa psicosis de este cruce de siglos. ¿La culpa? ¡Vaya usted a averiguarlo!

Hoy se recomienda tomar en serio la cuestión, porque entre los conflictos pequeños o grandes del día a día, los sustos familiares, los atascos que nos rompen los nervios, las huelgas, la declaración de la renta, la visión tantas veces apocalíptica de los informativos, la eterna impresión de no tener un minuto para respirar o la angustia de quien tiene la certeza de que jamás aparecerá un puesto de trabajo a su medida, unos y otros somos candidatos a caer en las redes de ese «asesino silencioso», como algunos llaman al estrés.

Me contaron que en un congreso dedicado al tema, numerosos expertos llegaron a la conclusión de que el estrés no es malo en sí mismo, sino que, incluso, tiene una misión protectora por lo que supone de alarma. Lo que es peligroso es el súper o hiper-estrés; contra este riesgo sí que hay que tomar medidas si pretendemos vivir con un buen tono anímico. Hace años, el doctor Martín Ramírez planteaba la solución con una afirmación inaudita: «La cualidad más importante para combatir el estrés es la generosidad». Guardé sus consejos como oro en paño. Me parecieron llenos de sentido común y al alcance de cualquiera. Para empezar, y como base, explicaba: «Hay que procurar que el organismo funcione bien». Un buen estado general ayuda a combatir el pressing del ambiente, y al revés: cuando estamos débiles, sin defensas, cualquier menudencia se magnifica y nos conduce al desequilibrio. Por eso hace falta una alimentación sana, deporte, horas de sueño suficientes y fomento del autodomínio.

Otra medida fundamental para mantener el equilibrio y huir del estrés es la relajación. Hay que saber desconectar, aprender a cambiar de actividad y dejar de lado los problemas cotidianos a base de un control mental inteligente y serio. ¡Fuerza de voluntad, en definitiva!

Y, como gran remedio, el realismo: debemos funcionar por la vida sabiendo que ni todo el monte es orégano, ni todo lo que nos proponemos nos tiene que salir bien. Con ese supuesto bien asimilado hay que dejarse de lamentos y de torturas mentales que sólo nos llevan a perder el tiempo y a volvernos locos. Afrontar la vida con el viejo eslogan de «a mal tiempo buena cara» es mucho más eficaz que dar vueltas a los problemas y llenarnos de pena por nuestra mala suerte

Igualmente, otra buena medida es escuchar el consejo que nos dan de vez en cuando de reducir tal o cual actividad, de no romper el techo de nuestras posibilidades por intentar alcanzar unos niveles inasequibles. Decía también que otro recurso contra el estrés y el pesimismo estriba en saber aprovechar el tiempo, haciendo en cada momento lo que hay que hacer. Un consejo certero para evitar el caos mental y el vivir en una perpetua carrera contrarreloj, que acaba, sin remisión, desquiciándonos y volviendo medio locos a los que nos soportan. Al final, apoyando su teoría en el famoso endocrinólogo americano Selye, aseguraba que mientras el odio causa estrés, el amor lo elimina. Concluía por ello que la generosidad es la fórmula infalible para cambiar el estrés por el buen humor. Muchas veces el secreto es mínimo: sonreír contra viento y marea, tratar de evitar líos absurdos y afrontar cualquier situación optando siempre por la solución que hará más felices a los demás.

No es un cuento de hadas. Son fórmulas de especialistas que nos darán, si las seguimos, un tono vital que nos ayudará a enfocar la vida desde su ángulo más positivo. Es posible que nos haga sentirnos a gusto con nosotros mismos.

Como muy bien decía el prólogo anónimo del libro *De la vida serena*, «lo peligroso de las balas no es el trozo de plomo del que están fabricadas, sino su velocidad. Lo malo de nuestra civilización, continuaba, no es la técnica, ni siquiera la masificación, sino su prisa, su trepidación o, con otras palabras, la pérdida del sentido de la contemplación, de aquella actividad del espíritu que es el fin mismo de un ser espiritual». Algo que necesita de forma urgente el hombre de este tercer milenio.

# 13

## DIGNIDAD, SEÑORÍO Y TEMPLANZA

### Pilares del verdadero liderazgo

**M**e ocurrió en Sevilla, en el hotel Alfonso XIII. La víspera habíamos hecho en uno de sus salones una presentación de un número especial de la revista Telva. Cuando fui a firmar la cuenta, uno de los que me estaba atendiendo, al ver mi apellido, me preguntó con una expresión de cariño enorme y con ese señorío que tienen tantos andaluces, vengan de donde vengan:

-Señora, ¿usted tiene algo que ver con el señor «Ochí» de Bilbao?

Hice rápidamente la traducción del sevillano al irlandés y comprendí por quién me preguntaba:

-¿Habla usted de don José O'Shea? Sí, soy hija suya.

Le cambió la cara y con la máxima expresión de admiración me dijo:

-Pues, mire, tengo que decirle que su padre era un señó, pero con todos mis respetos, la Feria la vivía como un gitano.

Se me hizo un nudo en la garganta y le di las gracias por esa descripción que sólo en su tierra son capaces de hacer con tanta agudeza. En efecto, así era mi padre y así le recuerdan tantas personas.

Él mismo presumía de que no había dejado de ir, desde los dieciocho años, hasta que alcanzó cierta edad en que no era recomendable asistir, a esa maravilla, única en el

mundo -que, por cierto, inventó un vasco-español, un miembro de la familia Ibarra-, a la que muchos del norte acudíamos puntualmente en el mes de abril.

Ahora bien, en efecto, entre feria y feria su vida era de un señorío, de una honradez y de una exigencia en todo lo que hacía, empezando por su responsabilidad en el trabajo, que rayaba en los máximos. De puntualidad británica, a las nueve de la mañana estaba sentado en el coche para irse a Baracaldo, donde tenía su despacho en una fábrica que él había puesto en marcha, cercana a los Altos Hornos, y regresaba a comer a casa, en familia, a las dos en punto, como un reloj, para volver a salir a las tres y media. Daba lo mismo la lluvia, el sol, el invierno o el verano. Luego, eso sí, cuando llegaba por las tardes y los fines de semana, que muchas veces se reducían a la mitad del sábado y al domingo, nuestra casa estaba abierta de par en par para sus amigos, que más de una vez se mezclaban con los de sus hijas mayores.

Seguiría hablando horas de un hombre que, por ejemplo, en plena guerra civil, al salir de la cárcel de Bilbao, donde estuvo encerrado por pertenecer al bando nacional, cuando entraron las tropas de Franco y lo liberaron, hizo, en un tiempo récord, un curso de alférez provisional para ingenieros y se fue al frente del Ebro, uno de los más duros, según cuentan, para, como él siempre nos decía, «luchar por Dios y por España», que junto a su familia eran sus grandes pasiones.

Todos lo pasábamos en grande con él y, pese a los años transcurridos desde aquellas ferias de Sevilla o las corridas de Bilbao y de San Fermín, con todo lo que llevaba de festejos, son muchas las personas que me siguen hablando de Pepe -así le llamábamos hijos y nietos- con palabras de enorme admiración por esa mezcla de señorío y de saber vivir que le distinguió.

¡Qué amplitud de miras y qué sentido de libertad nos inculcó! Nunca olvidaré una de sus frases célebres, en plena Semana Grande de Bilbao, cuando cenábamos por la noche en el Club Marítimo del Abra en grupos de diferente edades y, a cierta hora, los mayores se marchaban a casa, antes que los hijos. La despedida de mi padre jamás era: «Niña, a ver si vienes pronto», sino que una y otra vez me decía: «No vuelvas muy tarde, que tenemos que llegar al primer toro de la corrida de mañana y sabes que no espero. Hay que ser puntuales para todo». Nos moríamos de risa con su buen humor y a mí, entre broma y broma, me metió a fuego la idea de que ser puntual no es la manía de estar preparado para salir cinco minutos antes del tiempo previsto, sino un detalle de buena

educación y de atención hacia los demás. Cuando alguien me toma el pelo porque encuentran exagerada mi puntualidad, me entran muchas ganas de recordarle que lo heredado no es robado.

Iba a cumplir ochenta años. Fumaba, como casi todos en aquella época (la época llamada de «la oprobiosa», en la que aún no se había prohibido el tabaco), y tenía una ronquera muy sospechosa que iba en aumento. No había forma de convencerle de que se hiciese una revisión para ver qué se lo producía. Todos sospechábamos que aquello no era nada bueno, pero él pasaba olímpicamente de nosotras. Cuando no tuvo más remedio que ir al médico, ya era tarde y tuvieron que operarle de la laringe y la tráquea, con consecuencias bastante traumáticas. Sus hijos estábamos enfadados, como es lógico, por haberse mantenido en una postura tan cerrada hasta llegar a un extremo irreversible. Se lo comenté a un doctor, muy amigo suyo:

-¿Por qué ha aguantado tanto? ¿Cómo es posible que tú no le convencieras hace un par de años para que se mirase la garganta y siguiera un tratamiento preventivo?

Este médico, neurólogo prestigioso, trataba entonces a mi madre de un inicio de Alzheimer. Por eso eran tan amigos. Hablaban mucho después de cada consulta en la clínica de la Universidad de Navarra. Muy serio, me dijo casi las mismas palabras que aquel conserje del hotel Alfonso XIII:

-Tu padre es un señor de los que ya no quedan muchos. Era muy consciente de que tenía algo malo y, cuando más de una vez le sugerí que se lo vieran, que tenía que ocuparse de su salud, me contestó con una firmeza que no admitía réplicas: «No voy a ocuparme de mi garganta en este momento, cuando mi mujer me necesita más que en toda nuestra vida. No pienso ir al médico, que me operará sin duda, hasta que ya no pueda resistir más...».

Ocurrió como él había previsto, pero gracias a Dios y a un especialista fabuloso vivió unos cuantos años más. Falleció pocos meses después que mi madre, consiguiendo lo que siempre le había comentado en broma a su mujer, a lo largo de sus cincuenta y ocho años de matrimonio: «No pienso darte el disgusto de dejarte viuda».

Por supuesto, y es una suerte enorme poder decirlo, he conocido a otros muchos señores de ese calibre a lo largo de mi vida. En aquella generación, quizás porque sufrieron la durísima etapa de la guerra, sabían compaginar las convicciones más sólidas,

la fe más arraigada y el sentido del compromiso en su matrimonio -«hasta que la muerte nos separe»-, con una vida no sólo normal y corriente, sino divertida, animada, llena de amigos de todas las edades (amigos de sus hijos, de las novias y novios de cada uno) y, al mismo tiempo, con un respeto infinito hacia las decisiones que cada cual iba tomando en la vida. ¿Se le puede llamar «liberal» a una persona así? ¿Se le colocaría hoy el cartel de conservador o «facha»? Es muy posible que sí. Y no dudo que más de uno contestaría con orgullo que él conservaba como un tesoro todo lo que podía hacer más feliz a los que le rodeaban, en esta vida y en la otra, en la que mi padre, sin dudarlo, siempre creyó a pies juntillas. Lo que está claro es que el señorío no depende de la clase social, sino de la nobleza de alma.

### Señorío en versión femenina

Digo y repito que he tenido la enorme suerte de conocer a muchas personas con categoría moral, personal, familiar y profesional. Mientras escribo caigo en la cuenta de que el femenino de «señorío» sería «señoría», aplicado, al menos en España, a los parlamentarios a quienes el presidente de las Cortes interpela con este nombre, sean hombres o mujeres. Me hace cierta gracia por ese latiguillo de «niñas y niños» jueces o juezas con el que recargamos nuestro lenguaje.

Pues bien, tengo una amiga noruega con un señorío que le aflora por todos los poros. Janne Haaland de Matlary es lo más parecido a una valquiria escandinava, salida de una de sus leyendas mitológicas. Muy rubia, alta y de piel clara, bronceada por la nieve, que está a diez minutos de la puerta de su casa, y por la brisa del mar del Norte, que baña las orillas de Oslo, ciudad en la que vive, Janne tiene una expresión que en pocos segundos pasa de la rigidez más firme a la sonrisa más expresiva y cariñosa. Está casada con un médico húngaro, Arpad Matlary, y tiene cuatro hijos, de doce a siete años cuando yo la conocí, mezcla perfecta de dos culturas y una forma de vida poco usual para nosotros. Estudian en el Liceo Francés, practican todo tipo de deportes y, desde pequeños, saben preparar una cena o colaborar en todo lo que haga falta en una casa.

La trayectoria de esta mujer es impresionante: estudios, cursos recibidos e impartidos por medio mundo, másters, publicaciones, idiomas (habla, además de noruego y sueco, inglés, alemán, francés, y entiende y se maneja en húngaro, italiano y español), trabajos destacados en la empresa privada, en la universidad y en el gobierno... De las ocho

páginas de su currículum, hay cuatro líneas destacadas en negrita, que llaman la atención en una mujer de esta valía: «Maternity leave», es decir, «baja por maternidad», seguido del nombre del hijo o hija, su fecha de nacimiento y el tiempo en que se dedicó única y exclusivamente a él o ella. «Es un derecho elemental. Sin hijos, o con hijos abandonados, la sociedad se destroza. Para mí esas fechas son lo más valioso de mi vida», suele decir tanto en público como en privado.

Pasé unos días en su casa y también hemos coincidido muchas veces en Madrid, Barcelona, Roma, Estocolmo y hasta en Beijing. Puedo incluso presumir de haber trabajado con ella, ya que le traduje del inglés al español un libro, *El amor escondido*, en el que cuenta con la fuerza de la propia vida una parte muy importante de su biografía, que es el proceso de su conversión al catolicismo desde el agnosticismo más radical. Después de todos estos años de amistad, puedo hablar del «señorío de su señoría».

Esta intelectual, que pasó de la política activa a la universidad y a trabajar en la empresa privada, ha escrito y habla en muchos foros sobre un nuevo feminismo que ella promueve: el de las madres rebeldes, que parten de una idea, políticamente incorrecta, que se resume en que la mayor parte de las mujeres son madres o les gustaría serlo, y que la sociedad tiene una obligación seria y urgente de conseguir la conciliación entre el trabajo y la familia (algo que, en momentos preelectorales, esgrimen todos los políticos del signo que sean, pero que en la práctica suele ser la mayor de las utopías). En uno de sus libros describe su postura con fuerza y argumentos difíciles de rebatir:

He luchado durante más de diez años para hacer compatibles maternidad y trabajo profesional, sintiendo que me sublevaba al ver que el embarazo y el periodo de lactancia se consideraban interrupciones en la carrera y al comprobar que nuestras modernas sociedades occidentales ignoran, casi por completo, el enorme trabajo que supone la maternidad y su importancia para todos.

Se descubre hasta qué punto es consecuente cuando describe un breve diálogo con un colega:

-Tengo cinco hijos, pero mi mujer no trabaja -me dijo, a modo de explicación.

-¿De verdad no trabaja? -le respondí-. Entonces, ¿qué hace todo el día en casa con los niños?

Se sonrojó y se disculpó. Espero que haya comprendido la lección.

Su máximo argumento en esta batalla que sostiene lo explica con mucha claridad:

He sido siempre una mujer trabajadora, interesada ante todo por mi propio quehacer. Pero cuando me convertí en madre me di cuenta de que ésa era, en un sentido muy profundo, la esencia de la mujer.

Esta tesis la mantiene junto a otra fundamental: el hombre y la mujer, iguales en esencia, somos distintos. Para Janne, uno de los errores del feminismo fue acuñar la idea de que la mujer es como una fotocopia del varón y olvidarse de la mujer real; en consecuencia, hay que recuperar la identidad de la mujer y remachar con convicción que sólo será fuerte si desarrolla sus propias cualidades. Con la fuerza que da la experiencia, mantiene que ser madre supone tal dedicación que debería puntuar de algún modo en el currículo profesional; se trata de una etapa que desarrolla cualidades muy solicitadas en la vida laboral. Defiende que hay que aprender a presentar los valores laborales que encierran el matrimonio y la familia vividos con normalidad. «¿Qué directivo del futuro desea empleados sin otra experiencia de relaciones humanas que la de un matrimonio fracasado? La madurez que deben adquirir los padres es una riqueza importante para un hombre de negocios consciente de sus acciones. Los jóvenes agresivos, cazadores monomaniacos de beneficios, no son el capital humano que desea una buena empresa. Es necesario demostrar, y que se valore, que el trabajo de la maternidad garantiza a la mujer competencias que se muestran útiles en diversas situaciones profesionales: saber gestionar muchas cosas simultáneamente, ser práctica y versátil, constante, paciente y determinada. La familia es una pequeña empresa, hay que gestionarla y dirigirla».

También con su experiencia como punto de partida, la señora Matlary afirma que la presencia de la mujer en los centros de decisión internacionales es hoy más necesaria que nunca:

La mejor cura contra la presunción, que puede destruir la personalidad de un político, consiste en ir a casa y ponerse a lavar el suelo de la cocina, con los niños en la sala de estar que gritan porque quieren comer, que les hagamos caso o que vayamos a jugar con ellos. Las tareas cotidianas de la paternidad o de la maternidad nos hacen humildes y nos recuerdan que somos insignificantes. Por esta razón considero que las mujeres somos potencialmente mejores que los hombres: nos hemos acostumbrado a poner paz y a solucionar conflictos en nuestra experiencia diaria con los hijos (por no hablar de los maridos) y somos incapaces de fijar la atención sobre nosotras mismas durante demasiado tiempo.

## El señorío del trabajo

Hace un par de años, tuve la suerte de descubrir en un curso especializado de cosmética y fragancia organizado en el ISEM -Instituto Superior de Empresa y Moda- lo que hay detrás de un nombre lleno de éxito en la cosmética de lujo, Natura Bissé, que en un tiempo relativamente corto ha tenido un desarrollo espectacular en buena parte del mundo occidental. Poco antes me habían presentado a Ricardo Fisas, un empresario catalán, fundador y presidente de esta marca, que me contó algunos datos de la aventura que él mismo había puesto en marcha. Le invité, sin pensarlo dos veces, a que diera una clase para explicar no sólo su logro profesional sino, por encima de todo, su historia.

Nunca olvidaré aquella lección verdaderamente magistral. Este hombre, con setenta años recién cumplidos, un apasionamiento propio de los dieciocho y una madurez forjada en el trabajo, contó el punto de arranque de lo que hoy es un crack en este mundo competitivo y superpoblado de la cosmética.

Empezó con una serie de explicaciones técnicas, sin duda valiosas para los especialistas en la materia:

Hace veinticinco años trabajaba como ejecutivo en una empresa en que se hidrolizaban proteínas de la elastina y el colágeno, y en donde logramos partir las cadenas proteicas en aminoácidos libres del colágeno y de la elastina sin que éstos se destruyeran. Un día me di cuenta que las manos de los obreros que trabajaban eran muy suaves y finas y esto resultó ser debido al contacto con los aminoácidos naturales libres, resultado de la hidrolización. Inmediatamente se intuyó que aquellos aminoácidos por vía tópica podrían ser un principio activo muy eficaz, y se iniciaron test a nivel clínico y hospitalario. La mitad de la cara con y la otra sin. Los resultados fueron sorprendentes.

Hasta aquí todos escuchábamos a un experto que hablaba del desarrollo de un proceso, con el valor añadido de trascender lo inmediato para sacar conclusiones importantes. «También Fleming descubrió la penicilina donde muchos otros, a su alrededor, sólo veían unos hongos», pensé al escucharle. Lo genial de su exposición fue la segunda parte, cuando puso sobre la mesa un aspecto humano que arrancó en los oyentes un aplauso de varios minutos. Meses más tarde, presentó en la Universidad de Harvard su experiencia como un caso empresarial insólito, y la clase entera, en pie, le dedicó una ovación que él mismo recuerda muy emocionado:

Este test -cuenta- coincidió con años de recesión en España. Se cerraban fábricas y se regularizaban puestos de trabajo. El día en que cumplía cincuenta años me encontré en la calle. Mujer, cuatro hijos y una perspectiva muy negra. En 1979, con esa edad era muy difícil encontrar trabajo estable. La decisión fue clara: como Escarlata en Lo que el viento se llevó, juré no trabajar nunca para terceros sino montar mi propia empresa y, de acuerdo con mi esposa, decidí comercializar productos cosméticos con estos principios activos. Inmediatamente puse manos a la obra. En junio de 1979 firmé el acuerdo de constitución de Natura Bissé en la que participaban, como ejecutivos y a la vez como accionistas, un gran equipo formado por científicos cosméticos, doctores en dermatología, expertos en marketing, finanzas, producción... Fueron años difíciles pero la calidad de los productos, el buen marketing y el señorío de la acción comercial hicieron el milagro.

La belleza, dice Schopenhauer, es una carta abierta de recomendación que nos gana el corazón anticipadamente. Estoy de acuerdo con el filósofo, aunque pienso que existe una relación mutua entre la belleza del rostro y la del corazón, que se compenetran y proyectan sus atractivos la una en la otra, de forma incontestable. Es el tipo de belleza que arranca de lo más hondo del ser humano y se nos cuele por cualquier rendija del alma, hasta darle una buena sacudida. Es el caso de esta historia real de una persona que, en el peor momento de su vida profesional, se echó al ruedo con la máxima dignidad y afrontó lo que parecía insuperable, hasta ganar la apuesta.

En un libro sobre liderazgo del fundador y presidente del IPADE, la mejor escuela de negocios de México, Carlos Llano, experto en el tema, explica que son muchos los estudios que al hablar de liderazgo incluyen entre sus propiedades el respeto, que se puede homologar a la honra: el hombre respetado es, en cierto modo, el hombre honrado.

Por su parte, James Hunter, en su libro La paradoja, expone la lista de cualidades de quien es apto para ejercer el liderazgo:

Es honrado, digno de confianza, ejemplar, pendiente de los demás, comprometido, atento, exige responsabilidad a sus hombres, anima a la gente, posee una actitud positiva y entusiasta, aprecia a las personas y las trata con respeto.

Insiste una y otra vez en que sólo puede mantener un liderazgo eficaz quien trata a las personas siempre como si fueran importantes, o mejor, hay que añadir que sólo consigue esa categoría de líder quien trata a los demás con respeto porque son importantes y dignos de su confianza. No se puede olvidar que Maquiavelo también afirma en su

tratado sobre las cualidades de El Príncipe que no es necesario que las posea, sino que basta con parecer que las tiene. Sin embargo, incluye en la lista otras muy necesarias, como la lealtad, la clemencia, la religiosidad y la caridad, no como un barniz externo en el que se asoma el cinismo y que, antes o después, lleva al fracaso, sino como algo forjado en la lucha por ser una persona íntegra.

Es muy elocuente lo que se recoge en ese mismo tratado al ampliar el campo del liderazgo más allá del mundo de los negocios. No se puede dejar de lado lo que exige el compromiso político, que no se puede reducir al hecho, importante sin ninguna duda, de ganar unas elecciones. Ocurre lo contrario. Es a partir de ese momento crucial en el que se da a conocer al triunfador de las urnas cuando se tiene que poner en marcha la dinámica del liderazgo.

Vaclav Havel, poeta, pensador y hábil político en una situación casi extrema, tras haber pasado un tiempo en la cárcel presentó en su libro *La política: el arte de lo imposible*, a partir de su propia visión y de su experiencia, un elenco de cualidades necesarias para sacar adelante un proyecto importante, que arrancan de «un elemental sentido de justicia, la habilidad para ver las cosas que otros hacen, un sentido de responsabilidad trascendental, una sabiduría arquetípica, buen gusto, ánimo, compasión y fe en la importancia de las medidas particulares que no aspiran a ser universales sino una llave técnica y objetiva...».

Son muchos los pensadores que piensan que las cualidades del verdadero líder coinciden con los valores y las virtudes básicas de la vida humana. A la hora de explicar cuáles son esos valores, se observan notables coincidencias entre la cultura greco-judeo-cristiana y las que nos puedan parecer más opuestas o lejanas, como la islámica, la budista, la sintoísta o la confucionista. En todas ellas hay una base común de valores que, desarrollados de forma integral, dan lugar a una personalidad madura, sólida y atractiva.

Vuelvo a decir que, gracias a mis años de periodismo activo, he entrevistado a una serie de hombres y mujeres destacados, de las condiciones sociales más variadas, así como de distintas ideologías y religiones. En un libro que publiqué hace años con el título de *La Mujer, ¿ha encontrado su identidad?* recopilé algunas de esas entrevistas: Golda Meier, cuando fue primera ministra de Israel, Margaret Thatcher, la reina Sofía de España, la madre Teresa de Calcuta, Josemaría Escrivá, Jérôme Lejuncune, Victor Frankl o

Arturo Rubinstein, por citar a unos pocos conocidos en todo el mundo. A ellos podría sumar las que realicé a una mujer de Oxford, premio Nobel de Química, de la que casi nadie conoce su nombre, a nuestra irrepetible Lola Flores, pasando por el gran diseñador Givenchy, José María Pemán, Julián Marías y un largo etcétera de personas extraordinarias que han dejado una huella, bien en su ámbito familiar, bien a escala global. Lo que recuerdo como un rasgo destacable en todos ellos es su sencillez, unida a una energía indiscutible; su inteligencia, unida a muchas horas de trabajo; la fortaleza de sus convicciones; la humildad para saber escuchar a quienes les rodean valorando las opiniones contrarias; su constancia e integridad; su gran sentido de la responsabilidad, tanto personal como histórica, en el caso de los personajes públicos...

No puedo dejar de relacionar con el señorío algo que ocurre hoy y pone en peligro ese valor tan positivo: el consumismo ciego. De la pluma certera y crítica de Tom Wolfe, padre del nuevo periodismo americano, surgió el retrato robot de gentes de distintas partes del mundo que sufren las consecuencias de una peligrosa epidemia difundida, de forma aguda, en la sociedad occidental: se trata de la fiebre del dinero, que convierte a los afectados en una especie de «nuevos ricos», protagonistas, hace unos años, de películas y series de televisión que nos hacían morir de risa.

El virus de marras tiene unos síntomas muy fáciles de detectar: un afán desorbitado de hacer millones que lleva a quienes lo tienen a no hablar de otro tema de la noche a la mañana y de la mañana a la noche; la tendencia al exhibicionismo y a la ostentación: «Si se consiguen esos millones y nadie se entera, ¿para que me sirven?», piensan los susodichos, mientras gastan y gastan a lo loco haciendo verdaderos alardes de... mal gusto muchas veces. Para ellos la clave no está tanto en tener sino en «fardar» a costa de lo que sea. La obsesión por el look y por la imagen también es sintomática. ¡Que se note, por lo que llevo encima, que no me paro en barras a la hora de gastar!, así tengo el último diseño, del último diseñador, con todos los accesorios de la cabeza a los pies, también de superúltima. Es un claro culto al éxito personal, pero -¡tremendo pero!- de cara a un reconocimiento social por lo que tengo, sin dejar constancia de lo que soy. Es el pobre triunfo del aparentar sobre el ser.

No es cuestión de rasgarse las vestiduras de forma hipócrita, porque a la hora de la verdad ese virus nos ha dejado un ramalazo y, quien más quien menos, a todos nos gusta presumir de lo que hacemos, de lo que tenemos, y tampoco nos importa demasiado que se enteren de nuestras gracias el mayor número de personas. No hay duda de que sería

mucho más coherente y más sano vivir de acuerdo con las propias posibilidades económicas y plantearse la vida con un sentido realista. Sin embargo, como le ocurrió al desdichado Ulises, los cantos de sirena que suenan desde aquellos años ochenta del siglo xx -y que han dejado un eco en este arranque del xxi- son muy tentadores, y el español medio se «empeña», en el doble sentido de la palabra, por conseguir un tren de vida por encima de su cuenta corriente. Su gran meta está en rascar algún puesto en el ránking de la consideración social, soñando con parecerse algún día a esos «amos del universo» que describe Tom Wolfe, todopoderosos, multimillonarios, aunque absolutamente vacíos de los valores humanos más elementales.

Si Descartes levantara la cabeza y pudiese hablar, cambiaría su viejo aforismo de «pienso luego existo» por el de «consumo luego existo». Las cigarras han ganado la partida a las hormigas y hay mucha gente que no piensa tanto en ganar más dinero como en trabajar menos y gastar lo más posible en la propia satisfacción. A cualquier persona con sentido crítico y la cabeza encima de los hombros, esta pasión por tener y por figurar le provoca un poco de risa y una cierta pena. Porque esa actitud, en definitiva, encierra, para empezar, que demasiada gente se ha instalado de por vida en la adolescencia, etapa en la que la aprobación de los demás resulta de una importancia brutal. Y, para remate, se llega a ser víctima de lo que se persigue, por lo que más de uno termina su periplo siendo un consumidor consumido por el culto al dinero y a la ostentación.

Termino con un pensamiento que me suscitó Richard Capen, aquel embajador de Estados Unidos en Madrid, que en una crónica recogida en su libro ya citado hace un perfecto elogio a la autenticidad, dejando claro que «sin esa actitud bien arraigada en nosotros, somos falsos y pretenciosos, almas perdidas que van por la vida sin saber hacia dónde. Se tienen pocos amigos porque no sabemos ganarnos su confianza. Las familias se rompen porque no se asientan sobre una roca firme que apoya y refuerza el amor y la fidelidad. No somos eficaces en el trabajo porque nos falta sentido del compromiso».

Acaba -me lo imagino- con una cierta sorna ante lo que hoy nos rodea, animando a quien se vea reflejado en esa forma tan negativa a que se decida a arriesgar lo que haga falta hasta conseguir una vida auténtica, con un planteamiento inteligente, sincero y serio de «quiénes somos y quiénes queremos llegar a ser».

# 14

## FAMILIA

### Un valor seguro

**D**ebemos hablar y actuar a favor de la familia, tanto en público como en privado. Buscar sustitutos viables, cuando no haya más remedio, pero apoyar a la familia y ponerla en primer lugar. Después de todo, es el primer y mejor ministerio de sanidad, educación y bienestar.

Cuando la familia funciona, generalmente, los hijos también funcionan.

Acababa de leer estas ideas en Acepresa -un boletín de noticias con muy buen criterio-, cuando me avisaron de que había muerto una mujer, madre de doce hijos, abuela de treinta y siete nietos, tras una enfermedad dura que había vivido con entereza y señorío, como el resto de sus setenta y pocos años. ¡Qué garbo, qué carácter, qué personalidad tenía! Nunca consiguió ganarme un partido de tenis y se había empeñado en machacarme en alguna ocasión, pero como a mí me fastidia mucho perder y más con alguien de su potencia, nunca encontré el momento de jugarle el honor. Ella se daba perfecta cuenta y me lo restregaba, riéndose a carcajadas: «Lo que te pasa es que no te atreves. Crees que porque soy mayor vas a darme una paliza...» Así era en todo y hasta el final. Cuando alguien le decía cómo podía aguantar a todos sus hijos explicaba que no los había tenido todos a la vez. Se dedicaba a lo importante: que todos a su alrededor estuviesen a gusto, que se empaparan de lo fundamental, de lo que está bien y lo que está mal, de la raíz más profunda de la libertad, de la responsabilidad, de la honradez; de lo que supone creer en Dios y ser consecuente; de cómo ser personas fuertes para la vida y ganársela «con el sudor de su frente» y no del de enfrente.

Tengo que decir, en honor a la verdad, que alguna vez se pasaba en su forma espartana de imponer los criterios. Por ejemplo, un día llegó una de sus hijas del colegio

quejándose porque le dolía la nariz. «Creo que me la han roto de un pelotazo en el recreo». La pobre niña tuvo bastante mala suerte: aquella misma semana otros dos hermanos se habían roto algo, no recuerdo el qué, pero la consecuencia fue que tuvo que oír una rotunda frase de su madre: «En esta casa nadie más se rompe nada. Estoy harta de historias». Claro que, cuando al cabo de dos horas la niña tenía el ojo morado y la nariz mirando hacia el oeste, salió a urgencias con ella como el rayo y puso todos los medios para solucionar el desastre. Una vez más se comprobó que todo tiene remedio, menos la muerte.

Cuando le llegó su turno, allí estaban, rodeándola, cada uno de los doce hijos con sus maridos y sus mujeres. Serenos y agotados, porque habían pasado a su lado el último mes, sin hacer turnos, más bien peleándose por ver quién cuidaba más tiempo y mejor a aquella madre única. Los nietos se alternaron durante la noche anterior al entierro para velarla sin dejarla sola ni un minuto. Cuando un montón de amigos estábamos acompañándoles aquella tarde, llegó un sacerdote conocido de la familia y rezó un responso que enriqueció con unas reflexiones sobre la vida y la muerte; más de uno se emocionó y a todos nos hizo pensar mucho. Quien más quien menos, en esos momentos tan tristes, por más que se tenga una visión que trasciende lo inmediato, sentía algo parecido a la envidia que llamamos «sana», por el espectáculo de esta familia y por lo que contaban de su mujer, su madre, su suegra o su abuela, daba igual. Era muy impresionante el cariño que se respiraba en aquella casa.

Cuando supo que le quedaban dos meses de vida fue ella, como a lo largo de su vida, la que organizó todo lo que quería que se hiciera. Tenía una paz formidable por la seguridad de que «la muerte no es el final», como cantan en ese himno castrense que tanto nos remueve al escucharlo. Era muy consciente de que Dios le esperaba y que pronto volverían a estar juntos «allá arriba», pero quería irse absolutamente tranquila y ofreció todo lo que iba sufriendo, que fue mucho, por la Iglesia y para que toda esa estupenda prole que dejaba en la tierra fuesen siempre buenos cristianos. Realmente, en el ataúd, tenía una expresión serena, el mejor exponente de quien, en frase de san Pablo, «ha ganado la batalla».

El sacerdote comentó que más de uno le había dicho: «¡Qué suerte morir así. Yo me apunto». ¡Por supuesto que cualquiera se apunta a un final feliz! Pero, como dejó bien claro en aquella breve homilía, si alguien quiere que le toque la lotería, lo primero que tiene que hacer es comprar papeletas; y si alguien quiere llegar con esa tranquilidad

interior a su última hora, tiene que haber vivido con esa misma vida interior, con esa generosidad, con ese sentido del deber volcado en el día a día de su existencia, corriente y vulgar en apariencia, y poniendo millones de veces buena cara al mal tiempo que a todo el mundo le fastidia.

La historia es preciosa, pero suena a un imposible si nos fijamos en las estadísticas de tantas familias rotas, de matrimonios que no funcionan. Los hijos no pueden educarse solos.

Urie Bronfenbrenner, psicólogo de la Universidad de Cornell, dice que «para desarrollarse, un niño necesita la dedicación sacrificada e irracional de uno o más adultos que le cuiden y compartan su vida con él. Tiene que haber alguien que esté loco por el chico». Y según afirma Luis Rojas Marcos en Antídoto de la nostalgia, «el problema es que cuando las madres se encalan a las afueras del hogar, como les ocurre a los padres, el entorno familiar a menudo se transforma en una selva inhóspita y agotadora donde continuamente acechan niños malhumorados, adolescentes insociables, abuelos quejumbrosos y parejas resentidas».

### Lo conservador y lo revolucionario

En pleno cruce de milenios, poco antes de recibir el año 2000, pasé un fin de semana largo en Londres. Tenía entre manos un trabajo y, además de entrevistar a una serie de personas del British Council, tuve tiempo de dar un paseo por la zona monumental de las Casas del Parlamento. Pasé frente al número 10 de Downing Street, residencia del primer ministro británico. Hacía un día de otoño precioso, nada normal en esta ciudad. Por la mañana había leído un artículo en The Times en el que se comentaba que el matrimonio Blair, con el anuncio de la llegada de su cuarto hijo para el siguiente mes de mayo, había hecho añicos un montón de esquemas; entre otros, comentaba el articulista, el de la edad: Cherie tenía entonces cuarenta y cinco años y Tony uno más, edades más bien chocantes para maternidades y paternidades en los tiempos que corren.

Se trataba, además, del primer recién nacido en el mítico número 10 de Downing Street, ilustre mansión de la que, en unos meses, saldría una nanny con el no menos ilustre bebé para pasearlo por los parques más cercanos a la residencia oficial de su padre. Más de una vez, se cruzaría con todo tipo de personajes de los que entran y salen cada día para despachar con el primer ministro; incluso tendría que posar para la prensa

con presidentes de gobierno o jefes de Estado en visita oficial a su país.

Guardo todavía una foto, publicada aquellos días en otro periódico, de los padres con sus tres hijos, en la que todos aparecen con una sonrisa de oreja a oreja. El promotor del nuevo laborismo, de la tercera vía, el político quizás más admirado por su aire renovador, ha declarado en varias ocasiones que es un apasionado defensor de su familia y que la intensidad e importancia de su trabajo sólo tiene el inconveniente de quitarle el tiempo que él quisiera dedicarles. De cualquier forma, en su agenda siempre hay un hueco para ellos. Cuando sus hijos vuelven del colegio les reserva un rato, entre despacho y despacho, para comentar lo que les ha ocurrido ese día. Para él, la vida de los suyos tiene tanta importancia como las incidencias del Parlamento, de su Partido, de la Unión Europea o de las Naciones Unidas. El secreto de su enorme atractivo y de su éxito estriba, en buena parte, en ese equilibrio: Blair se ocupa de cada uno de los problemas que se le presentan, tanto en el círculo doméstico como en el nacional e internacional, con toda la intensidad posible y con ese aire campechano y tranquilo que irradia cuando aparece en público.

El pie de foto con el que se comentaba la noticia acababa diciendo que «nada es más conservador y a la vez más revolucionario que una familia numerosa».

Entre la vorágine de sucesos apocalípticos con que los medios nos bombardean cada día, este comentario me ha sonado a música celestial. ¡Ya está bien de predicciones terroríficas para este siglo xxi! ¡No es de recibo seguir con el catastrofismo respecto al efecto 2000 -ya fuera de contexto- o en torno «al ciudadano seis mil millones» del planeta, como si fuese un peligroso intruso en nuestro mundo! No se puede silenciar - como se hace- que existe la capacidad de producir alimentos y reservas para muchos más habitantes de la tierra, siempre que se haga una justa distribución del trabajo y de la riqueza.

El niño de los Blair me lleva a otro tema crucial que, en España, se agudiza en cada etapa previa a unas elecciones. En las campañas, la mujer es utilizada de inmediato como argumento para ganar un puñado de votos. Todos los partidos se lanzan a la conquista del electorado femenino, ofreciéndole el oro y el moro. Si nos fiásemos, parecería que se iban a poner en marcha, por fin, esas soluciones lógicas, por las que tantas y tantas mujeres están luchando desde hace años, para compaginar algo tan necesario y fundamental como «maternidad y trabajo», en base a políticas fiscales que ayuden a las

familias numerosas, a la creación de guarderías en los lugares de trabajo, horarios flexibles o las medias jornadas; temas todos ellos que quizás están legislados pero que no se cumplen, o que si se aceptan es a cambio de relegar a quienes lo consiguen a unos puestos de trabajo sin responsabilidad ni aliciente, hasta que acaban en la calle... y sin un euro de indemnización.

El presidente del Gobierno español pide un día y otro la creación de puestos de trabajo para las mujeres: «Nos la jugamos en la incorporación de la mujer al mundo laboral, porque el paro femenino duplica al masculino», se comentó en uno de los mítines. ¡Claro que se la juegan! Pero, como dice Victoria Prego, «dedicarse a la política o a la empresa privada puede resultar una decisión dramática para nosotras» en una sociedad en la que no existen fórmulas eficaces para conseguir, en la práctica, que tanto el hombre como la mujer hagan compatible un trabajo de máxima responsabilidad con una vida familiar y privada.

Nos queda una fórmula pendiente: exigir que se cumplan las leyes y que no nos mareen con promesas y con cuotas. Si es verdad que el siglo xxi será femenino o no será, la mujer que quiera ser mujer de verdad tiene que conseguir anunciar que espera un hijo con la misma cara de felicidad que la mujer del primer ministro británico, sin verse obligada a esconder esa ilusión por miedo a perder su trabajo. Ojalá que nadie olvide el ya citado pie de foto: «Nada es más conservador y a la vez más revolucionario que una familia numerosa»... en el nuevo milenio.

Nuestra casa, el mejor refugio

¿Cómo conseguirlo en este mundo de locos, donde todos salimos a mil por hora al amanecer y llegamos a casa por la noche sin ganas de nada, medio derrotados? Frente a este panorama desolador pero real, hay que inventar, o mejor, volver a descubrir un remedio mucho más eficaz que todas las pastillas relajantes o esas recetas mágicas para conseguir conciliar el sueño. Hay quien asegura que un plátano con lechuga es la fórmula perfecta. ¡Vamos a probarla! Pero además quiero pensar que lo que convierte las paredes de nuestra casa en hogar es el hecho de conseguir un ambiente acogedor, sereno, cómodo, atractivo, animado, con elementos que transforman lo más negro de la vida en algo que hace reír o, por lo menos, sonreír. Un hogar que reclamamos con verdadera necesidad porque vivimos demasiado deprisa y pasamos fuera demasiadas horas, un

tanto apesadumbrados por mil cosas nada graves, pero bastante pesadas. El tráfico y las calles siempre en obras nos pone los nervios a flor de piel; las cuentas no nos salen a fin de mes y muchas veces tampoco al principio; las noticias de los periódicos nos aplastan; los niños son niños y se ponen pesadísimos... Y además de las cosas nuestras de cada día, que ya por sí solas nos desbordan, hay que atender a una cuñada que está en el hospital, a la mujer de un primo, a la madre de una amiga, a un compañero de oficina que está hecho un cenizo y necesita alguien con quien hablar... Y todo llega con un sello de urgencia o con un SMS que se repite. Algunas semanas terminamos al borde del «¡No puedo más!». Unas de funeral en funeral. Otras de clínica en clínica, otras de bronca en bronca. Otras convertidas en paño de lágrimas de parientes y amigos, tratando, como don Quijote, de «deshacer entuertos» a cual más complicado.

El final del cuento es que aterrizamos en la puerta de nuestra casa, derrengados, con verdadera necesidad de reponer fuerzas, de respirar hondo y recargar pilas para la siguiente batalla que nos espera a la vuelta de cualquier esquina. ¡Qué importante es ser conscientes de que la película se repite y que cada miembro de la familia que vive con nosotros tiene un papel bastante parecido en el reparto! ¿Será una utopía pretender que todos encuentren un rincón acogedor para descansar, para charlar un rato después de cenar o para rematar ese trabajo urgente, ese repaso antes de un examen, que sólo se consigue en un ambiente de calma? La respuesta positiva es fácil de formular, y no tan fácil de poner en práctica. Lo que sí vale la pena es intentarlo.

Hay mil detalles que no tienen por qué costarnos un ojo de la cara: unas flores, un disco de música clásica o de vanguardia, la mesa especial para ese hijo que estudia Arquitectura, un rincón convertido en leonera para que jueguen los pequeños sin tener que reñirles porque se cargan las tapicerías recién cambiadas... Es cuestión de hacer un alarde de imaginación cuando se han agotado los euros. Al mismo tiempo, hay que saber educar a chicos y a grandes para que colaboren en ese empeño, para que todo esté limpio, cada cosa en su sitio, y que nadie escurra el bulto a la hora de dar una mano de pintura a un armario. Y lo de verdad importante: crear un ambiente simpático para que cada uno en la casa sea de verdad acogedor y reciba al que llega con un cariñoso y sincero «Llevo esperándote todo el día». Nada es comparable a una palabra cariñosa o a una pregunta clave que nos hace pensar que a quien convive con nosotros le interesa la historia de nuestra vida.

## La familia en la brecha

Pasé tres días en Roma, en un Congreso Internacional de la Familia, para presentar una ponencia sobre la influencia de los medios en la sociedad, arrancando, por supuesto, de la familia como célula básica. Era a mediados de los noventa, cuando empezaban a plantearse de forma agresiva políticas y movimientos con aire progre que ponían en solfa las teorías tradicionales. Parecía que todo lo normal, en este terreno, estaba destinado a morir.

Mi primera sorpresa fue encontrarme con un auditorio de casi mil personas. Tenía frente a mí a un grupo de madres y padres de más de treinta países de los cinco continentes, empeñados en defender a cualquier precio -que en estos casos suele consistir en horas de trabajo y de esfuerzo- algo vital para todos ellos: los derechos de la familia y de la vida.

En pocas horas pude comprobar que en el mundo entero, pese a lo que se ve y se oye en las noticias, impera el sentido común, hecho vida en miles de padres de familia, responsables, conscientes de la importancia de lo que está en juego en el momento actual detrás de todo ese maremoto que avanza implacable. Por eso se reúnen, para poner de nuevo en primer plano y con letras de oro algo elemental, e insisten en repetir, para que nadie se engañe y lo confunda: «La familia es la célula primordial de la sociedad y el futuro del mundo pasa por ella».

En varias sesiones de trabajo se sacaron conclusiones defendiendo temas muy básicos, como esa afirmación de que «la familia es el lugar privilegiado para la transmisión de valores y de la cultura. Contra la invasión de ideologías equivocadas, materialistas, hay que reafirmar la primacía de la persona, de la ética sobre la técnica, del espíritu sobre la materia».

Estas tesis las defendían pensadores de la categoría de Russel Kirk, uno de los filósofos conservadores americanos más influyentes en el final del siglo xx. Autor de treinta y dos libros, doctor honoris causa por doce universidades europeas y americanas, que repetía aquellas ideas sin la menor muestra de cansancio.

Recuerdo un panel en el que compartía el estrado con el escritor francés Hervé Pascua, con Patrick de Laubier, director del Departamento de Sociología de la Universidad de Ginebra, y con el profesor Pouchepadass, de origen hindú, que trabajaba

entonces en una dirección general de la Unesco y que ha sido director del Centro Nacional de Investigación Científica en París. Aquellos cuatro primeros espadas animaban a la audiencia con datos en la mano, y con su experiencia en países tan diversos, a conseguir una sociedad en la que la familia se respete con todas sus consecuencias: desde exigir un ordenamiento jurídico que reafirme el respeto absoluto a la vida desde su concepción y a lo largo de todo su desarrollo, hasta dejar constancia de que el derecho y la responsabilidad de la educación de los hijos recaen de forma primera y fundamental en los padres. En una de las ponencias se recordó a mi admirado psicólogo vienés:

«¿Cuál es el sentido de mi vida, doctor?», le preguntó un paciente al doctor Victor Frankl. A lo que éste contestó: «Dudo que haya ningún médico que pueda contestar a esta pregunta en términos generales, ya que el sentido de la vida difiere de un hombre a otro, de un día a otro, de una hora a otra hora. Así pues, lo que importa no es el sentido de la vida en términos generales, sino el significado concreto de la vida de cada individuo en un momento dado. No deberíamos buscar un sentido abstracto a la vida, pues cada uno tiene en ella su propia misión que cumplir; cada uno debe llevar a cabo un cometido concreto. Por tanto, ni puede ser reemplazado en la función, ni su vida puede repetirse; su tarea es única, como su oportunidad para instrumentarla. Toda situación vital representa un reto para el hombre».

¿Cómo acertar en ese empeño por educar a cada hijo?, es la pregunta del millón que todos nos planteamos. Me gustaría poder preguntárselo a un sabio de su categoría, pero como por desgracia ya no puedo visitarlo en su casa de Viena, trataré de responder con otras fuentes seguras, que fluyen de la experiencia y del buen hacer. Voy a clasificarlas como...

### Claves de un buen gobierno

El mundo está revuelto y cada mañana nos topamos con los titulares de periódicos que nos bombardean con una serie de noticias que, por desgracia, suelen ser malas. Más de una vez he pensado que el gobierno familiar tiene muchas cosas en común con el resto de los gobiernos, europeos, autonómicos o nacionales, y que nos puede venir bien reflexionar un poco sobre el desastre que supone una pésima actuación para escarmentar en cabeza ajena.

Porque no cabe la menor duda de que la comunidad familiar también necesita de unas mínimas normas de buen gobierno, dirigidas a mantener el orden y a defender el bien común en ese entorno que, en principio, suele ser mucho más pacífico y entrañable que el de un parlamento, pero que, inmerso en los avatares del siglo xxi, sufre en más de una ocasión crisis y situaciones de indisciplina, enfrentamientos y locuras, bastante parecidas, por desgracia, a las que atraviesan algunos foros públicos.

Frente a ese panorama, se me ocurre que la buena marcha de la familia pide a gritos, como en los medios políticos, sentido común, visión de la jugada, honradez y un sinfín de valores y actitudes necesarias para casi todos los que tenemos que sacar adelante en la vida un cometido que, de una u otra forma, tiene, entre otros objetivos, el de crear un ambiente cordial, seguro, donde quienes integran ese clan puedan vivir y convivir.

Cuando discurría sobre esta realidad, me ha llegado desde la Universidad de Navarra un boletín muy útil -Perspectivas- que, de vez en cuando, nos envían a los antiguos alumnos, para mantenernos al día de lo que ocurre en el mundo de los medios. Uno de los artículos está dedicado, precisamente, al manejo de las empresas de comunicación, con veinticinco consejos para quienes navegamos por estos mares.

Mientras lo hojeara, me venían a la cabeza distintas escenas de padres que, tanto en mitad del curso, y mucho más en plenas vacaciones, con sus hijos en casa, no paran de comentar los eternos problemas de los horarios imposibles («Todos lo hacen» es la razón suprema para no atender a razones), de continuos enfrentamientos generacionales («No hay quien les entienda, hablan otro idioma», repiten muchos a punto de tirar la toalla), de enfados monumentales por las típicas idioteces que, de puro cansancio, se convierten en montañas, o la lucha por que las niñas o los niños no salgan a la calle desarrapados, mal vestidos, con los vaqueros deshilachados y rotos que han costado una fortuna, y esa pinta indefinible que a unas y a otros les hace parecer lo que no son.

«¡No hay quien pueda con esta gente!», se repite con un tono derrotista. Este cambio de milenio puede ser el decisivo para arremangarse y poner en marcha una estrategia inteligente con el fin de superar con optimismo esa idea, bastante real aunque no irremediable, de lo difícil que es educar bien a los hijos.

Con la ilusión de aportar unas cuantas ideas he recogido algunas propuestas de las que acababa de leer en aquel folleto dirigido a quienes están, o estarán, al frente de equipos de comunicación. Me parecían llenas de sentido común, experiencia y buen

humor, condiciones indispensables para afrontar, una vez más, los imprevistos y vicisitudes de una organización familiar.

- Diviértete mucho en tu trabajo de dirección. Ríete con frecuencia; empéñate en pasarlo muy bien, tú y tus colaboradores (léase mujer, marido, hijos o suegra).
- Hazte con un equipo genial. No emprendas ninguna otra tarea antes de conseguir ese objetivo. (Proyectos en común y compenetración entre marido y mujer para marcarse objetivos).
- No exijas que confíen en ti o que estén unidos a ti: la confianza te la ganas con tus actos. Antes de tomar una decisión plantéate: ¿«mi gente» va a confiar en mí si actúo así? No hagas nada que no puedas explicar, que no parezca razonable, que genere desconcierto o desánimo a tu alrededor.
- Comparte la información con «los de abajo»; permite que tengan visión de conjunto; da razones convincentes; no invoques el principio de autoridad, o tu experiencia, o tus años para que te hagan caso. La edad te da algunos derechos, pero no garantiza que tus opiniones sean infalibles.
- Celebra los éxitos, aunque sean pequeños: unas cocacolas y unos pinchos de tortilla, o unas simples chuches (según la edad), no desequilibran el presupuesto. Da poca importancia a los fracasos: analízalos sólo para aprender y mejorar.
- Plantéate si te estás haciendo cargo de los problemas y proyectos de los de abajo. Hay un sistema infalible: pregúntaselo.
- Recuerda que eres un buen directivo si propones metas valiosas y atractivas que generan entusiasmo en tu gente.
- Gobierna con serenidad y de modo amable: las broncas, y menos si son a gritos, no constituyen modos de gobierno aceptables en el siglo xxi. (Por cierto, tampoco lo eran en el xx).
- Favorece los cauces informales de comunicación: encuentros fuera del lugar habitual de trabajo, comidas, etc. Las reuniones formales sirven para tomar decisiones, pero no son útiles para poner en común ideas, explorar nuevas iniciativas, compartir proyectos o generar enfoques creativos, porque existen

demasiadas normas y un estricto sentido de la jerarquía.

- Selecciona para compartir tus proyectos a personas optimistas, divertidas, con buen humor, sonrientes, flexibles, tolerantes, comprensivas y «normales». (Aplicalo a tus amigos y a los de tus hijos). Presta atención a esta última cualidad porque empieza a ser poco frecuente. Hay otros requisitos profesionales muy valiosos, pero los anteriores son básicos, tanto para tu salud física como para el futuro de tu compañía. Es decir, tu familia.

Si alguien tiene algo que añadir o que objetar se admiten todo tipo de sugerencias, que recogeré para las próximas ediciones de este libro. Mi correo electrónico es

Y termino con un consejo de Aristóteles que parece indicado para el tema:  
«Cualquiera puede enfadarse, eso es algo muy sencillo. Pero enfadarse con la persona adecuada, en el grado exacto, en el momento oportuno, con el propósito justo y del modo correcto, eso, no resulta tan sencillo».

## RELIGIOSIDAD

### Su sentido más audaz: «Dios es Amor»

**H**ay una frase en las primeras páginas del Catecismo de la Iglesia católica que suena a desafío: «El hombre es capaz de Dios». Todo un reto; un programa insospechado que, pensándolo bien, nos tendría que llenar de valor y de seguridad. Es una osadía de tal calibre, un salto mortal tan arriesgado que, si se asimila a fondo la vida de ese hombre «capaz de lo inalcanzable», tendría que llevarle a pisar muy fuerte en la vida. No digo que debería ponerse en jarras, en actitud agresiva contra quien no acepta esa premisa. Pero sí tiene la obligación de plantear, con el mayor respeto, con una paciencia inagotable, y con una chispa de humor a quienes le miran con recelo por sus creencias: «Pero ¿usted quién se cree que soy yo? ¿Un cualquiera? ¿Un desgraciado que no tiene donde caerse muerto? ¿Un ratón de biblioteca o de sacristía que huele a rancio?».

¡Frente a los prejuicios y clichés de un laicismo trasnochado y muy extendido, de quienes piensan que un creyente es un ciudadano de segunda y tratan de convertirle en un pobre hombre a quien no se le debe ninguna consideración, aparece esa nueva dimensión! El hombre que ha sido capaz de ir a la luna, que ha descubierto infinidad de fórmulas complejísticas con su inteligencia, que lucha contra la enfermedad con descubrimientos portentosos, consigue dar esos pasos por una razón incuestionable: «El hombre es un ser creado a imagen y semejanza de Dios (Gen. 1), creador del cielo y la tierra, y todo lo que ha existido, existe y existirá». Para colmo, esa distancia infinita entre un ser creado y su creador hace al hombre, dotado de inteligencia y voluntad, capaz de Dios. ¿Cómo es posible?

La respuesta viene en el apartado 27 de ese libro, que recomiendo como el mejor manual de consulta para averiguar con exactitud quiénes somos, de dónde venimos y

adónde vamos. ¡No nos dejemos engañar por fanatismos anticlericales, por modas absurdas envueltas en fuegos de artificio y, menos aún, por los graciosos de turno que en ambientes mediocres, pretender destacar, y a veces lo consiguen, a base de meterse con la religión, con cualquier religión! Lo hacen por pura ignorancia, dejándose llevar por la corriente con una total falta de personalidad, o por no tener la valentía y el coraje de meterse hasta el fondo del propio corazón, y llegar a ese santuario de la conciencia donde sólo entramos cada uno de nosotros, y en la que Dios preside la existencia de cada ser humano. ¡Claro que nos la podemos cargar de mala manera, hecho que ocurre con frecuencia y que lleva a una triste sustitución de la noble esencia de personas por la de seres irracionales, incapaces de pensar, que sólo se mueven por instintos! «La Religión - escribió Escrivá de Balaguer en su libro Amigos de Dios- es la mayor rebeldía del hombre que no quiere vivir como una bestia».

Algo muy importante en relación con esa verdad es su consecuencia: Dios no sólo nos ha creado, sino que nos mantiene en el ser en cada instante de nuestra vida. Si nos dejase un solo minuto de su mano, desapareceríamos. ¡Todos tenemos casos de personas que han muerto, a cualquier edad, sin previo aviso, en el día, hora y minuto previstos por Dios desde toda la eternidad! Una hora, imposible de retrasar, por más medios ordinarios y extraordinarios que se pongan recorriendo el mundo (por ejemplo, de hospital en hospital, si alguien tiene esa posibilidad económica). Y hacen bien en llegar al límite de lo imposible por salvar a una persona. Hay que poner todos los remedios a nuestro alcance para tratar de curar la enfermedad. Pero, cuando suena la hora definitiva, lo único que nos queda es aceptar que fue Dios quien nos trajo a este mundo, y es Él quien nos lleva al definitivo, para el que fuimos creados. ¡Qué importante resulta, enfocado desde esta óptica, preparar ese momento, la hora más crucial de la existencia de toda persona, creyente o no!

El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios, para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar. Por eso, la razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor.

Explica muy bien el catecismo que, «de múltiples maneras, en su historia, y hasta el

día de hoy, los hombres han expresado su búsqueda de Dios por medio de sus creencias y sus comportamientos religiosos. A pesar de las ambigüedades que pueden entrañar, estas formas de expresión son tan universales que se puede llamar al hombre "un ser religioso". Como dejó dicho san Pablo, un hombre que, antes de su conversión, se dedicó a perseguir cristianos, "en Él vivimos, nos movemos y existimos"». (Hechos 17, 26-27). También san Agustín resumió en pocas palabras nuestra dependencia de Dios cuando escribió la frase que mejor describe la situación interior de un alma desazonada y sin rumbo: «Nos hiciste Señor para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa enTi» (Confesiones 1.1.1).

Con estas ideas básicas en la cabeza me he puesto a recordar algunos de mis encuentros con personas que han experimentado en sus vidas el choque de una conversión repentina o gradual. Por distintos que sean unos de otros, estos testimonios tienen como hilo conductor la fuerza de lo sobrenatural, que transmiten como una necesidad apremiante. Uno de los más impresionantes fue el testimonio que me transmitió André Frossard, autor de Dios existe. Yo me lo encontré, un libro que nos engancha ya desde el título. En un año se vendieron doscientos cincuenta mil ejemplares.

Cuando lo conocí, me recibió mirando al reloj. Tenía poco tiempo y el tráfico de París me había hecho una jugada terrible: llegué con unos minutos de retraso a su oficina y me lancé directamente a saber por qué lo había escrito. No lo dudó:

-Me cansé de oír que Dios ha muerto. Quise dejar constancia de la verdad inmovible que yo me había encontrado. Soñaba con convencer a muchos de esa evidencia: Dios existe.

-¿Cómo se explica el éxito en el ambiente materialista y paganizado que nos rodea?

Como pensando en voz alta, me dio la razón:

-Vivimos una época muy difícil y confusa. Hay un cambio en las ideologías, en la estructura de la humanidad, a escala personal y social. Las viejas filosofías no se admiten. Han sido desbancadas por otras que la mayoría de las veces no hacen feliz a la gente, que vive en estado permanente de «contestación» y de incertidumbre. Lo más triste del caso es que no saben por qué dudan de sus principios.

Volvió a relatarme su conversión, reviviendo aquel momento:

-A las cinco y diez de la tarde entré en aquella capilla del Barrio Latino para recoger a un amigo mío. Salí a las cinco y cuarto en compañía de una amistad que no pertenecía a la tierra. Entré allí escéptico, ateo y de extrema izquierda, más aún que escéptico, y más aún que ateo, indiferente y preocupado por cosas bien distintas de un Dios del que no me ocupaba ni para negarlo. Me parecía un ser pasado a la cuenta de pérdidas y ganancias de la inquietud y de la ignorancia humanas. Salí unos minutos más tarde, «católico, apostólico y romano», transformado y lleno por la fuerza de una alegría inexplicable. Al entrar tenía veinte años; al marcharme era un niño dispuesto a recibir el bautismo, que miraba en torno a sí, con los ojos desorbitados, ese cielo habitado, esa ciudad que no se sabía suspendida en los aires, esos seres a pleno sol que parecían caminar en la oscuridad, sin ver el inmenso desgarrón que acababa de hacerse en el todo del mundo. Mis sentimientos, mis paisajes interiores, las construcciones intelectuales en las que me había repantigado, ya no existían; mis propias costumbres habían desaparecido y mis gustos estaban cambiados.

Pese a su falta de tiempo inicial, se embolsó en la conversación y en los recuerdos, a los que se unen una serie de reflexiones, que no están recogidas en sus libros y que vale la pena volcar en estas páginas. Es decisivo que un tipo de su categoría asegure, con una convicción profunda: «Para mí no existe más que una historia: la de la salvación de todos los hombres, a los que Dios persigue con constancia con un solo fin: llenarles de felicidad». A la hora de dar un consejo a quien no ha encontrado a Dios explica que «Dios sigue uno por uno a los hombres, pero no coarta su libertad. Busca una pausa para hacer oír su voz en el fondo de esas almas que viven aturcidas por mil ruidos. Mi consejo para quienes, con sinceridad, quieren oír a Dios es liberarse por dentro. Si los que aspiran a la verdad tuviesen el espíritu libre, se convertirían todos».

Otra de sus afirmaciones es que «todos los hombres tienen una tendencia innata hacia lo divino. Si no buscan a Dios, se destruyen, porque al rebelarse contra su propio fin caen en la negación más absoluta. La única libertad está en ir a Dios como consecuencia de nuestra condición de criaturas suyas. Es lo que nos hace felices. La otra libertad, la que consiste en la búsqueda egoísta del placer o la ruptura irracional con todo tipo de orden, es falsa. Es una caricatura que nos hace sonreír, comparable con el adolescente "rebelde" que se siente reprimido y furioso porque no le dejan entrar en un autobús que está lleno. Resulta cómico ver que pretende incluso liarse a patadas con el abominable enemigo y sólo consigue en su pataleo fastidiarse un tobillo».

Termina enlazando con el punto de partida: «Encontré a Dios a los veinte años y desde ese instante mi vida es distinta. Antes decidía yo sin contar con nada ni con nadie. Ahora es Dios el protagonista. El único sentido de mi vida está en vivir para algo».

Desde París a Milán, un recorrido paralelo

«Leonardo Mondadori, el hombre más poderoso de la prensa italiana, se convierte del ateísmo al catolicismo». La noticia recorrió y sacudió al mundo. Después de un acercamiento a la Iglesia a partir del año 1992, este magnate de la prensa dio muestras de una religiosidad auténtica, sin concesiones, propia de quien descubre la verdad y la sigue con un sentido del compromiso que arranca de un convencimiento pleno, lo más ajeno a la mediocridad.

¿Qué puede llevar a un hombre con una trayectoria vital complicada y compleja, por no decir frívola, divorciado dos veces, con tres hijos de diferentes relaciones, con fama de ser un gran vividor, a adoptar el catolicismo como guía de su existencia hasta sus últimas consecuencias? Eran preguntas que surgían cuando salía el tema entre personas que le conocían.

Yo tuve esa oportunidad. Hace años pasé una mañana en el imperio Mondadori, por un tema de trabajo. Después de varias horas de reunión con un director general y otras personas de su equipo, me presentaron a este personaje, que tanto iba a dar que hablar, recién nombrado presidente de la empresa fundada por su abuelo. Un hombre joven, típico italiano con muy buena pinta, simpático, con una bien ganada fama de playboy y una visión espectacular para el negocio familiar que había recibido. Con dos palabras dejaba claro que sabía lo que tenía entre manos.

Tiempo después, en un viaje a Milán que hice en los primeros meses del año 2002, encontré en una librería una obra titulada *Conversione*. Una storia personale, con su fotografía en la contraportada. Lo compré con enorme curiosidad y lo leí de un tirón en el viaje de vuelta a Madrid. Se relata casi con crudeza su extraordinaria experiencia religiosa: de ateo sin remedio a creyente que ha decidido no sólo practicar la religión sino vivirla hasta sus últimas consecuencias.

Como se puede suponer, su testimonio público de fe católica revolucionó el ambiente laico de la cultura italiana. Otro converso, Vittorio Messori, fue su interlocutor en un

libro-entrevista que muy pronto se convirtió en un best-seller dentro y fuera de Italia. No es frecuente, en este mundo paganizado, en una Europa que suprime de la Constitución toda referencia a sus raíces cristianas, que una figura de ese calibre hable en público de cuestiones espirituales. Menos aún que cuente su conversión, explicando con todo lujo de detalles un largo proceso que le llevó a redescubrir, mediante la fe, los sacramentos, la oración, la dirección espiritual. Todo ello a los cincuenta y cinco años y después de muchas peripecias personales a lo largo de su vida.

El cambio empezó en 1992. Su empresa decidió publicar Camino en el año de la beatificación de su autor, Josemaría Escrivá de Balaguer. Con este motivo entró en contacto con algunos miembros del Opus Dei y, poco a poco, se produjo su conversión. Diez años después pensó que valía la pena dar a conocer a otros ese itinerario suyo personal. Al principio pensaba hacerlo mediante un ensayo que diera respuesta a las objeciones más frecuentes que las personas de su ambiente suelen poner a la fe, pero cuando envió el borrador del libro, para pedirle su parecer a Messori, éste le sugirió que era mejor que contara su experiencia y él se ofreció a escucharle el tiempo que hiciera falta y a escribirla. «Como dice Evagrio Pontico -un monje del siglo iv-, a una teoría se le puede contraponer otra teoría, pero ¿quién puede contradecir a una vida?». Y así surgió el libro, con la fuerza de la experiencia vivida, que cala en profundo con determinados temas. Llama la atención cuando Mondadori habla del divorcio y de su vida de divorciado, y subraya sin empacho la sabiduría de la doctrina de la Iglesia sobre el matrimonio, «y lo hago -confiesa- basándome en lo que he padecido y he hecho padecer». El motivo por el que ha querido hacer públicos esos aspectos de su intimidad, a pesar de los comentarios sarcásticos que tal vez pudiese suscitar, es la convicción, apoyada en su propia experiencia, de que en el Evangelio se encuentran las verdaderas «instrucciones de uso» para el hombre. «Habré logrado mi objetivo sólo con que uno de los lectores encuentre en las páginas del libro un poco de luz.»

A raíz de la publicación del libro, Michelle Brambila le entrevistó para el Corriere della Sera:

-¿Por qué ha decidido hacer pública esta experiencia suya? Habrá un día, un encuentro, un rostro, un lugar, en fin, un hecho del que todo haya comenzado. ¿O no?

-Sí, recuerdo un desayuno con Pippo Corigliano, responsable de relaciones públicas del Opus Dei. Hablo de 1992, y yo, en aquella época, no me interesaba lo más mínimo

por la religión, ni mucho menos por la Iglesia. Pero sentía que mi vida estaba, ¿cómo decir?, llena de errores. Llevaba ya a mi espalda dos divorcios, tres hijos de mujeres distintas... Corigliano me impactó mucho. Decidí encontrarme con él otras veces. Empecé a pedirle algún consejo. Fue muy discreto. Me dijo: «Si estás abierto a estas cosas, te propongo que vayas a hablar con un sacerdote que conozco».

-¿Y acudió a él?

-Naturalmente. Un sacerdote excepcional. Me trató con un gran respeto. Empecé a fiarme de él, a seguir sus sugerencias. Y, poco a poco, siguiendo lo que me decía, me di cuenta de que encontraba las respuestas que buscaba. Fui presa de un gran entusiasmo, quería cambiar mi vida de golpe. Y él, con gran realismo, me frenaba: «No tengas prisa - me decía-, Dios no te pide imposibles, procede con calma». No he dejado nunca a este sacerdote, que es en este momento mi director espiritual.

-¿Qué le ha convencido de que el cristianismo es verdadero?

-La constatación de que el Evangelio es realmente el libro de instrucciones para el uso del hombre; que Jesucristo es de verdad la respuesta a todos nuestros interrogantes; que sólo quien sigue a Cristo se realiza plenamente. Ésta ha sido la primera prueba que he hallado. A ella se le añadió después otra prueba más: la oración. He experimentado que, cuando se pide algo a Dios con sinceridad y con intención recta, siempre se es atendido.

-Hoy son muchos los que vuelven a la religión escogiendo un camino personal, una especie de relación privada con Dios. Usted, en cambio, ha escogido la mediación de la Iglesia. ¿Por qué?

-Es una cuestión sobre la que nunca he tenido dudas. La Iglesia ha quedado como el último baluarte contra las locuras de nuestro tiempo. Sé que paso por ser una persona un poco extravagante cuando, por ejemplo, hablo de castidad prematrimonial. Pero ¿acaso darse por entero a sí mismo por primera vez sólo después de la boda no es un cemento extraordinario para un matrimonio? ¿Es que la lógica de hoy, por la cual todo está permitido en este campo, ha hecho a los hombres más felices? También aquí la realidad, la vida, me ha demostrado que quien sigue la ortodoxia católica, presente desde hace dos mil años, no es defraudado.

La fuerza de una fe recuperada y hecha vida le lleva a confesar, en uno de los primeros párrafos del libro, que:

La vida para algunos es sombría, gris para otros. Para mí es radiante. Hay muchos elementos que contribuyen a la luminosidad de mi existencia actual; pero antes de nada hay que decir que una mañana de hace cuatro años descubrí, de golpe, que tenía un tumor en la tiroides, además de un carcinoma en el páncreas y en el hígado, por lo que desde entonces tenía que someterme diariamente a un tratamiento con interferón. Por otra parte, desempeñé mi trabajo en medio de mucha tensión y, como es natural, de alguna que otra desilusión. [...] Y, sin embargo, disfruté de una vida cristiana gozosa. Y es esta visión de la fe la que, a pesar de todo, vuelve mi existencia radiante.

Volví a verlo, años después, en un ambiente radicalmente distinto al día en que nos presentaron en su magnífico edificio diseñado en las afueras de Milán por el arquitecto brasileño Oscar Niemayer. Estábamos en la plaza de San Pedro, en la ceremonia de canonización del fundador del Opus Dei, el 6 de octubre de 2002. Era su agradecimiento a una fe recuperada gracias al hecho, que calificaba de providencial, de haberse interesado por ese clásico de la espiritualidad del siglo xx, Camino, que le puso en contacto con la verdad. Habían pasado sólo once años desde que le conocí. Era otra persona. Enfermo, seguía con el mismo empaque de quien es dueño de un imperio, pero algo en su forma de moverse y de actuar explicaba que su vida había cambiado de rumbo y había sellado la paz con lo único que vale la pena para un hombre: saber que ese Dios al que buscó y con el que se identificó era también un padre que le reservaba un lugar en la otra vida. Poco después, murió víctima de aquella enfermedad, pero, por suerte, dejando un testimonio auténtico de que vale la pena salir del error y vivir de acuerdo con la verdad en cualquier época de la vida.

Hay muchos casos, más frecuentes cada día aunque no salgan en los periódicos, de gente joven que también ha hecho este recorrido desde el vacío hacia Dios. Cuando arrancaba el año 2006, un domingo en la misa de las siete y media de la tarde, en una parroquia de los alrededores de Madrid, asistimos a una ceremonia inaudita. Entraban al templo varios chicos jóvenes, de alrededor de treinta años, vestidos, como el resto de la gente de su edad, con sus vaqueros y sus jerséis. Detrás, abriendo una especie de cortejo con varios sacerdotes, una mujer, morena, de ojos rasgados muy negros y brillantes de emoción. Vestida de blanco, se colocó en la primera fila, rodeada por su familia y sus amigos. El sacerdote, un vicario del obispo, empezó el ritual con unas palabras de

bienvenida y de explicación: «Hoy, cuando parece que el mundo huye de Dios, sobre todo los jóvenes, esta mujer de treinta y dos años, ingeniero de Telecomunicaciones, con un puesto importante en una multinacional, hija de un egipcio musulmán, ya fallecido, y una española católica, ha pedido ser recibida en la Iglesia católica. Después de una búsqueda interior de la verdad, y de unos meses de recibir formación y de estudiar para poder hacer con libertad total su profesión de fe, hoy va a recibir tres Sacramentos: el Bautismo, la Primera Comunión y la Confirmación». El ritual duró más de una hora, pero a nadie le pareció largo. La sonrisa de esta mujer era el mejor exponente de la grandeza de esa realidad que vivíamos: en efecto, el hombre es capaz de Dios, ese Dios que busca a todo hombre para hacerle feliz. Es más, sólo Dios hace absolutamente feliz al ser humano.

Dejo la palabra a los jóvenes

El mes de abril de 2005 marcará un antes y un después en la historia de la humanidad. Con la muerte de Juan Pablo II se dio una manifestación mundial de adhesión al jefe espiritual de la Iglesia católica, que había dado al mundo, a lo largo de sus veintiséis años de Pontificado, algo muy necesario para todo ser humano: la fe en Dios, la esperanza y el amor. Los jóvenes, que le habían seguido a los cinco continentes en las inolvidables jornadas Mundiales de la juventud, se lanzaron a Roma para decirle un último adiós y darle las gracias por su vida. Guardo la carta de Joaquín del Pino Calvo Sotelo, uno de esos cuatro millones de personas que salieron hacia Roma con el único fin de rezar ante sus restos mortales. Es otro testimonio de enorme valor que refleja el sentir de todo ese gran número de gente que quiere dejar claro que creer en Dios es, en su lenguaje, «muy fuerte». Ésta es su carta, publicada en ABC:

Lo hemos visto. Millones de personas han peregrinado a Roma para despedirse de Juan Pablo II. Para la mayoría ha supuesto un gran esfuerzo físico y en muchos casos un sacrificio económico. ¿Qué mueve a estas personas a soportar el frío de la noche, el sol que quema la piel durante el día, el cansancio, la ausencia de sueño, quizá el hambre, quizá la sed, el estar horas y horas de pie sin poder apenas moverse y sin saber cuánto falta para el final? ¿Qué mueve a estas personas, que soportan con alegría estas penurias, que no causan ni un solo incidente, que peregrinan en un ambiente de paz? Yo estuve allí el miércoles 6 de abril. Desde las 9.30 de la mañana hasta las 12 en punto de la noche en que llegué a los pies del Papa, compartí con toda esa gente catorce horas y media de espera que, al contrario de lo que pueda parecer,

no se hicieron largas, pues la voluntad estaba decidida y el ánimo claro. (...)

Tras doce horas, ya estás en la plaza y la música de los altavoces, música de esperanza, te llena de emoción. Los grandes focos hacen traspasar su luz a través del agua de las fuentes como si llegara de lo más Alto. Observas cómo la gente reza el Rosario solo, en silencio, o en grupo. Contemplas sus rostros que transmiten, sobre el cansancio, recogimiento, emoción, alegría por estar cerca de la meta. Es gente joven y gente mayor, hombres, mujeres y niños también. (...)

Nos acercamos a la basílica. Estancos tan apretujados que casi no podemos mover los brazos. Por ello, avanzamos como un todo, quizá reflejando la unidad que representamos al tener un objetivo común. La emoción personal alcanza su máximo al llegar al umbral de la basílica. Sobre la cabeza, el balcón donde hace casi veintiséis años y medio oímos el Habemus Papam y vimos a Juan Pablo II por primera vez. Miras atrás y ves la inmensidad de la plaza de San Pedro y la masa de gente que se pierde a lo largo de la vía della Conciliazione. Sientes que has superado un reto, que has sido capaz. Cuando miras el reloj, te preguntas cómo ha sido posible. A pesar de las horas transcurridas, no tienes prisa. No sabes que tardarás aún una hora en recorrer el interior de la basílica. Un padre despierta a su hijo de dos años para que viva el momento.

Finalmente, a la medianoche exacta, ya no hay nada ni nadie que te separe del Papa. Solos él y tú. Solos entre la multitud. La rudeza del policía vaticano, que te empuja sin contemplaciones y que contrasta con la exquisita paciencia de los funcionarios, sólo consigue que te concentres más en el momento. Al contemplar al Papa allí, inmóvil en su catafalco, es cuando realmente te das cuenta de que ya no volverás a verle en este mundo y es cuando percibes, con una intensidad mayor, el cariño y la admiración que sientes por él. Te das cuenta de lo mucho que ha hecho, de su sacrificio, de su esfuerzo. Ha conseguido que sientas un sano orgullo de ser católico, que no te avergüences de tu fe, que no puedes tener miedo a manifestarla. Sientes la tristeza de la separación. Quieres acompañarle en esos momentos y rezarle, darle las gracias y pedirle. No quieres marcharte. Le miras, le absorbes con la mirada, como deseando grabar ese momento para siempre en tu retina. Te apartas a una esquina desde donde puedes verle y rezarle sin molestar a nadie.

Consigo permanecer en el interior de la basílica más de hora y media. Me considero un afortunado. Tras la definitiva despedida, que no quieres que llegue, recorro las naves laterales de la basílica hacia la salida. Los peregrinos están por doquier. Unos rezando de rodillas, como un grupo de jóvenes sacerdotes o copio un chico joven con pendiente en la oreja que comenzó la cola a mi lado. (...)

Salgo a la plaza. Son ya casi las dos de la madrugada. Una noche fresca pero despejada y tranquila. Sopla una suave brisa. Como un bocadillo sentado en una silla, que inesperadamente encuentro, mientras contemplo la majestuosa fachada de San Pedro. Después, recorro en sentido contrario la vía della Conciliazione. Han cerrado las puertas de la basílica hasta las 5 de la mañana. Muchos peregrinos aprovechan para dormir esas tres horas en sacos o cubiertos con imantas, unos al lado de otros, en los soportales o bajo el estrellado cielo. Otros sobrellevan la espera sentados sobre el pavimento. Unos comen, otros dormitan, unos rezan, otros hablan, muchos meditan. Me siento con la misión cumplida. Me siento afortunado.

A punto de terminar de escribir estas páginas, leo en la columna de Juan Manuel de Prada, también en ABC, un título que me asombra en un escritor de sus convicciones: «Reírse de Dios». Lo leo de un tirón para empaparme de esa prosa exquisita con la que trata cualquier tema, y enseguida veo el meollo de la cuestión. Habla de «la polvareda mediática provocada por la publicación de las caricaturas de Mahoma en un periódico danés». Lo ve como una ocasión formidable para comprobar, una vez más, la debilidad de Occidente, su incapacidad para defender los valores que pomposamente proclama y una oportunidad para «desenmascarar la cobardía de ciertos valentones que no tienen rebozo en hacer escarnio de la religión... siempre que la religión escarnecida sea la cristiana».

¡Qué razón tiene este escritor, también muy joven pero que respeta y defiende como pocos esos valores que tenemos que rescatar, no a golpe de amenazas, y menos de violencia, pero sí haciendo oír nuestra voz y exigiendo respeto por nuestras creencias y justicia cuando se atropellan de forma repugnante!

Recuerdo algo que viví en mi último año al frente de la revista Telva. En un desfile de alta costura de Chanel, Claudia Schiffer pasó un traje de noche, precioso, muy discreto, que tenía como adorno unos bordados en el cuerpo. Dos días después, recibí una carta del presidente de la sociedad de esta firma, pidiéndome el gran favor de que no publicara esa fotografía y que la destruyera. Me decía que aquellos signos bordados eran la reproducción de unos ideogramas del Corán y que la comunidad islámica de París le había comunicado que, si salía una sola reproducción de aquel vestido, acabaría en los tribunales. Tanto Karl Lagerfeld como la top model estuvieron con guardaespaldas un tiempo, ya que, si aparecía una sola fotografía del modelo, sufrirían las consecuencias de «su falta de respeto hacia la religión musulmana». Por supuesto, sólo quienes conociesen la lengua árabe, podían tener la menor idea de lo que eran aquellos signos.

Sin embargo, ¿qué forma tan gratuita de utilizar cruces, rosarios y otros símbolos sagrados del cristianismo hemos tenido que tragarnos en ese mismo contexto de la alta moda! ¿Cuándo seremos capaces de hacer respetar nuestras convicciones, sin necesidad de recurrir a ninguna amenaza, con la misma fuerza con que defienden su derecho a ser respetados otros creyentes?

Un intelectual de la máxima categoría, Joseph Ratzinger, hoy Benedicto XVI, en una serie de conferencias sobre lo que significa creer, después de una serie de razonamientos perfectamente argumentados, muy apoyados en la doctrina de san Pablo, explica así lo que ocurre:

El hombre opone resistencia a la verdad, porque le exigiría una sumisión que se expresa en el hecho de «tributar a Dios la alabanza y las gracias que se merece» (Rom. 1,21). Para Pablo, la decadencia moral de la sociedad no es más que la consecuencia lógica y el fiel reflejo de esta perversión radical. Cuando el hombre sitúa su egoísmo, su orgullo y su propia satisfacción por encima de una reivindicación de la verdad, todo termina necesariamente trastocado. Lo que adora ya no es ese único Dios al que se debe adoración: [...] la norma es lo que va contra la naturaleza y el hombre vive contra la verdad e incluso contra la naturaleza. Su creatividad ya no está al servicio del bien, sino que se convierte en una genialidad y en un refinamiento del mal. Los vínculos entre hombre y mujer, entre padres e hijos, se rompen, de modo que las fuentes mismas de la vida se ven destruidas. Ya no reina la vida sino la muerte, y así se crea una civilización de la muerte (Rom. 1, 21-23). De esa manera, Pablo traza una descripción de la decadencia que a nosotros, los lectores modernos, nos deja estupefactos por su actualidad.

No sigo transcribiendo lo que el actual Pontífice ha explicado. Hay que leer despacio su tesis, expuesta en muchos libros, con la seguridad que trasmite a cualquier ser humano quien ha escrito su primera encíclica con el título de Dios es Amor.

1 Recogido en el periódico El Mundo el 27 de diciembre de 2005.

# Índice

Agradecimientos	7
Introducción. Una apuesta por el ser humano	8
1. Coherencia. Lo extraordinario de ser «normal»	16
2. Honradez. Ser personas de una pieza	28
3. Generosidad y magnanimidad. Aliadas inseparables de un alma grande	37
4. Humildad. Fortaleza de los débiles	47
5. Fidelidad. La solidez de un compromiso	58
6. Compasión y comprensión. Misericordia en el día a día	68
7. Coraje y valentía. Grandes apoyos para llegar a buen puerto	81
8. Sentido común. ¿El menos común de todos los sentidos?	94
9. Buen humor y alegría. Necesidades en la vida corriente	105
10. Armonía y equilibrio. Claves para lograr el sentido estético	116
11. Educación. Las buenas maneras se ponen de moda	128
12. Serenidad. Utopía en un mundo estresado	137
13. Dignidad, señorío y templanza. Pilares del verdadero liderazgo	149
14. Familia. Un valor seguro	160
15. Religiosidad. Su sentido más audaz: «Dios es Amor»	171
Recojo, por ejemplo, unos párrafos muy significativos de un gran escritor, Francisco Umbral, del que	183